I HAVE NO WORDS

SANTIAGO DE OSSORNO

I HAVE NO WORDS
Oh My God!

Madrid / Atlanta / Aledo

© *Santiago de Ossorno*
http://ossorno.es/
Versión: 6 de mayo de 2023

Dedico este libro con todo cariño a nuestra querida hija Beatriz, artista, imaginativa, persona optimista, divertida, deportista, trabajadora, siempre decidida y muy valiente que un buen día decidió viajar a los Estados Unidos para instalarse allí y repoblarlos, con el deseo de que siempre le vaya bien por aquellas lejanas tierras y consiga la felicidad.

Hago extensiva la dedicatoria a David Farley, William Joseph, Jacob Kemper, Peter Stanley, Virginia Grace y a la pequeña Lucy Ellen, la última llegada a este valle de lágrimas, que son su fuerza motriz.

Y también a Clarko (su primer perro), a Moses (su perro actual), póstumamente a Cósmico (su gato) y a Waffles (el nuevo gato) que supieron aceptarnos en sus vidas, con algún que otro mordisquito que otro, dicho sea de paso.

PRÓLOGO 7
PREPARANDO LA VISITA 15
LA LLEGADA 17
EL IDIOMA 22
EL DINERO 27
ATLANTA 30
EN EL HOSPITAL 33
IT'S A BOY/GIRL! 36
SWEET TEA 38
SCHOOL CARPOOL LINE 41
GARBAGE DISPOSAL UNIT 45
FRONTYARD / BACKYARD 48
LA COMPRA SEMANAL 51
LA COMIDA 56
EL SÓTANO 61
LA SEGURIDAD 64
LOS SEGUROS 66
LA POLICÍA 69
LA BARBACOA 71
A DORMIR SE HA DICHO 73
LA PROPINA / GRATUITY / TIP 75
HORARIOS 77
A CONDUCIR SE HA DICHO 79
BROWNIE, THE POLICE MAN 82
TRAIN FOOD 84
WOODS ANIMAL HOSPITAL 86
NI FRÍO NI CALOR 90
DISRITMIA CIRCADIANA 93
NICE TO MEET YOU! 96
TRANSPORTE 98
LA TELEVISIÓN 100

GO, GO, GO...!.....102
LOS BICHOS.....104
ESTA NOCHE HAY UNA... 107
BLUEGRASS 110
ENGAGEMENT.....112
JUST MARRIED! 114
PATATA..... 116
HIPPOHOPP..... 118
DEPORTES 120
GOODWILL 123
VENTA DE GARAJE..... 125
TORNADOS 126
LEY SECA.....128
HOTELES Y MOTELES 130
SACAR LA BASURA..... 132
COMPRAS ON LINE.....134
BOB KEEGAN IN MEMORIAM 136
TRÁFICO.....139
MÁS REGLAS DE TRÁFICO.....142
CORN MAZE.....144
LAS PESTAÑAS 146
LOS PUNTOS CARDINALES..... 147
ECHAR «GASOLINE» 149
SISTEMA IMPERIAL VS DECIMAL 153
APROXIMACIÓN.....156
THE SWEET HOLE 159
BYE HALLOWEEN!.....162
LOS BUZONES.....166
THE DOLL'S HEAD TRAIL LOOP 169
BOTANICAL GARDEN 171
DON'T MESS WITH TEXAS..... 172

ALEDO 174
LAS MASCARILLAS 178
AN AMERICAN EXPERIENCE 182
ALEDO JOE 184
MÍSTER COFFEE 186
ATROPELLA QUE ALGO QUEDA 188
EL SECUESTRO 190
TEAM RANCH 192
HONKY TONK 194
HOCO 196
TORMENTAS 199
ÁRBOLES DE NAVIDAD 201
FORT WORTH 203
VIAJE A DALLAS 206
AUSTIN 208
HALLOWEEN 211
BEARCATS 213
¿TENGO O NO TENGO PALABRAS? 215
SOBRE EL AUTOR 217

PRÓLOGO

Por distintas razones —profesionales, familiares e incluso deportivas— hace unos años empezamos a viajar con cierta frecuencia al país del tío Sam, un señor con barba y sombrero de copa adornado con la bandera norteamericana, que te apunta con el dedo diciéndote que te necesitan pero no para qué, a quien solo conocíamos por referencias; los viajes fueron siendo cada vez más frecuentes, así que llegó un momento en el que tocaba escribir algo sobre los Estados Unidos (de América, lo aclaro porque habiendo otros estados unidos en el mundo debo concretar), una tarea que se presume titánica y compleja dada su enorme extensión territorial, la gran variedad de formas de vivir y entender la vida, cada cual como le parece mejor, gracias a sus más de trescientos treinta millones de habitantes de tantas razas, creencias y procedencias geográficas como uno sea capaz de imaginar, y la indudable influencia que su cultura ejerce sobre medio mundo (la otra mitad no comulga con su influencia y prefieren seguir ideas opuestas).

Que alguien decida escribir un libro podría considerarse una excentricidad inútil habiendo tantos publicados, pero en mi caso particular lo considero una terapia imprescindible para luchar contra el inevitable olvido; una vez tomada la decisión de ponerse a escribir, habrá quién se plantee la narración de forma sencilla y natural, primero escribirá sin preocuparse demasiado sobre lo que se le vaya ocurriendo y, cuando tenga terminada una primera versión del texto, dedicará lo que le quede de energía creativa a encontrar un título sugerente y lo más impactante posible para redondear el trabajo y llamar la atención de

posibles lectores porque la captación de estos últimos requiere un ímprobo trabajo que un título mal elegido por las prisas no puede echar por tierra.

Pero yo sigo un esquema diferente, primero le doy miles de vueltas a la cabeza hasta encontrar el ansiado título que refleje en pocas palabras la idea que pretendo transmitir y, una vez encontrado, me siento libre de presión y me dejo llevar por las musas —cuando aparecen, porque no siempre están ahí esperando pacientemente a que cojas un bolígrafo o te pongas al teclado— para que el relato fluya con la necesaria independencia literaria sin pensar en las consecuencias ni el éxito editorial.

A priori puede parecer sencillo, pero dar con un título apropiado requiere un gran esfuerzo de concreción que lleva su tiempo y a veces es posible que no aparezca nunca; no vale cualquier frase más o menos imaginativa o graciosa, hay que pensarlo bien, madurarlo, darle vueltas y más vueltas, y trabajarlo a conciencia porque, probablemente, el título elegido sea la primera razón —puede que tal vez la única— que impulse a alguien a querer abrir el tuyo para leerlo, sobre todo cuando no eres autor de postín con una gran editorial detrás encargándose del márquetin.

La verdad, no sé por qué me preocupan tanto estas cosas porque ni mucho menos me gano las lentejas (aunque ya puestos las prefiera con algo de chicha) escribiendo libros, pero me ha dado por hacerlo como podría haberme dado por cualquier otra cosa; escribir me entretiene y de alguna manera completa mi vida contemplativa actual, porque la jubilación deja mucho tiempo libre y en algo hay que ocupar las horas muertas para no aburrirse como una ostra ni tener que matar moscas con el rabo.

Como en todo lo que tenga que ver con escribir, la inspiración no depende de tener mayor o menor conocimiento sobre un tema, aunque cuanto más se domine mejor, pero sí de paciencia e insistencia; hay que mantenerse alerta y en buena disposición anímica porque llegará enseguida o tardará mil años, pero cuando llegue es mejor que te pille esperándola, preparado para darle una cálida bienvenida.

En mi caso tuve suerte porque llegó antes de lo que esperaba, bien es cierto que me pilló despistado, de pie y con el portátil guardado en la mochila, pero la idea cuajó al momento en mi cabeza; antes de que se me olvidase, por si acaso y porque la memoria va teniendo sus lagunas naturales, siempre procuro llevar encima papel y bolígrafo para anotar lo que se me vaya ocurriendo y eso fue lo primero que hice en cuanto pude sentarme en aquel avión.

Ocurrió en Barajas, ahora Aeropuerto Adolfo Suárez, durante el lento proceso de embarque en uno de nuestros viajes; entrando en el avión de Delta Airlines, una sonriente azafata me dio la bienvenida en la puerta con el preceptivo «Welcome aboard!», como no esperaba un saludo tan inglés me quedé paralizado, mirándola en silencio, sin palabras y sin atinar a darle ni siquiera las gracias aunque solo fuera por educación porque, justo en ese momento, tuve una revelación trascendental para mi nuevo proyecto y la cabeza ya no estaba para nada más: este libro se titularía «I have no words!». De la ensoñación en que me encontraba me sacó Lola, que venía detrás, con un leve empujón, sin darme tiempo para agradecer a la azafata su colaboración, «Vamos, sigue andando que se forma tapón».

El subtítulo «Oh, my God!» que lo complementa lo decidí posteriormente, estando sentado en aquella incómoda y

estrecha butaca de tortura y con el cinturón de seguridad abrochado, probablemente llegase hasta mí por inspiración divina, como no podía ser de otra forma metiendo a dios en la frase.

¿Por qué lo tuve tan claro? Razonándolo ahora supongo que se debió a que, por efecto de la sorpresa, no atiné a responder a la bienvenida de la azafata y, no encontrando las palabras para hacerlo en su idioma, tuve que darle las gracias por señas; en realidad sí que tengo palabras, al menos para responder con un simple «Thank you!», lo que pasó es que no me puse a buscarlas por la alegría que sentí al encenderse una bombilla (led) en mi cabeza.

Así que uno de los problemas más importantes a resolver quedó resuelto a las primeras de cambio, sin esperarlo y según entraba en un avión; en adelante podría dedicarme en cuerpo y alma a escribir mis impresiones del viaje sin tener que preocuparme de nada más.

Lo básico para facilitar nuestras muchas estancias en Estados Unidos (de América como he dicho) lo hemos ido aprendiendo poco a poco durante los años sucesivos, lo que en verdad nos ha faltado desde el primer día, y probablemente nos faltará siempre, es hablar con cierta soltura el idioma inglés; aceptamos sin complejo ni preocupación que a algunas moderneces hemos llegado tarde, debido en parte a la deficiente educación lingüística recibida durante el bachillerato y a las pocas oportunidades de aprenderla y practicarla posteriormente en buenas condiciones, sobre todo en mi caso porque en el colegio estudié francés, según razonaba el profesorado de entonces «aprender inglés equivalía a perder el tiempo porque no nos serviría para nada en el futuro». Unos visionarios.

La verdad es que tuve buenos profesores en general, pero el francés era la única opción en lengua extranjera en casi todos los colegios por no tener profesorado adecuado para enseñar otras, la pobre visión de futuro que tuvo el Ministerio de Educación de entonces nos hubiera evitado muchos problemas de incomunicación y venido de perlas en la actualidad.

Aprender un nuevo idioma a una edad en que la prioridad es trabajar para sacar adelante a tu familia agrava el problema, pero no sirve de nada lamentarse ni tampoco es una buena manera de afrontar los problemas; como dijo Rafael Guerra, el torero del ingenio, «lo que no puede ser, no puede ser y además es imposible», pero tampoco es una dificultad sin solución porque con poco que sepas y algo de determinación es posible encontrar formas de entenderse con el prójimo en el mundo anglosajón.

En cuanto a mis libros, no creo que sea necesario aclarar que los escribo sin otra pretensión que no sea compartir experiencias con mi entorno social, procurando que los valientes que se atrevan a leerlos pasen un buen rato entretenidos con su lectura y no los tiren a una hoguera; pero conste que para hacerlo he tenido que mover el trasero, no me he documentado viendo «Madrileños por el Mundo», aunque reconozco que a veces he tenido que consultar información en internet intentando contrastar las curiosidades que me iba encontrando, ya que no siempre puedo interpretar mis propias notas porque, al tomarlas sobre la marcha, a veces me parecen jeroglíficas.

He tenido la suerte de visitar varios estados, cada uno de ellos con sus particularidades: California, Florida, Nueva York, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Tennessee,

Illinois y recientemente la inabarcable Texas, casi vez y media la extensión de España; no son muchos, pero tampoco pocos, es una muestra suficiente que me permite hacerme un idea de lo que se cuece por allí; por vivencias familiares voy a centrarme en Georgia, el estado del melocotón, «The Peach State, y por la mismarazón también tendré que atreverme a escribir sobre Texas, el estado de la estrella solitaria.

La sonoridad castiza del melocotonero, «pich tri», me recuerda a la famosa canción de la revista musical «Las leandras», ambientada en Madrid. «Pichi, es el chulo que castiga…», perdón por la tontería pero no consigo evitar tararearla al escuchar «peach tree» y como en la ciudad de Atlanta es una palabra omnipresente, me paso el santo día recordando mentalmente a Sarita Montiel y Lina Morgan.

Pichi, es el chulo que castiga
del Portillo a la Arganzuela,
y es que no hay una chicuela
que no quiera ser amiga
de un seguro servidor…

Quisiera advertir a posibles lectores que no esperen conocer este grande, diverso, interesante y en bastantes ocasiones contradictorio país, gracias a su lectura, me he limitado a reflejar lo primero que me venía a la cabeza en cada situación; eso sí, para disfrutar y aprovechar de la visita aconsejo quitarse primero la boina, admitir que «ca uno es ca uno» (otra conocida frase de Guerrita), aparcar los prejuicios que puedan tener sobre los norteamericanos (son muchos y seguramente no los conocerán a todos) y dejarse llevar por la imaginación o por tu propia experiencia si es

que ya lo has visitado o tienes previsto hacerlo pronto y por eso me estás leyendo ahora.

Algunos tópicos son tan reales como la vida misma, pero el contacto cercano con la gente de a pie los matizará; ni todos los españoles somos toreros que nos pasamos el día comiendo paella valenciana y durmiendo siestas de pijama y orinal, ni todos los norteamericanos se pasan la vida mascando chicle, comiendo hamburguesas con queso ni practicando tiro olímpico en la vía pública, contra las iglesias o los institutos, aunque a veces lo parezca porque es lo que nos llega.

Como afirmo en otros libros publicados por mí sobre la temática viajera, si tienes ocasión de visitarlo no te lo pienses tanto, estoy convencido de que encontrarás algo que te guste, incluso que te encante, salvo que viajar al extranjero constituya un suplicio insoportable para ti.

Siempre que sea posible intenta salirte de los circuitos turísticos preparados para turistas, que tampoco pasa nada si te sientes a gusto en ellos; comprobarás que, en su gran mayoría, la gente con la que contactes son personas amables y siempre dispuestas a ayudarte si lo necesitas; solo así podrás comprender mejor su peculiar modo de vida, que hoy en día no es tan diferente del nuestro.

Admito que podría estar equivocado, pero soy de los que piensan que dentro de cada español —o de muchos de nosotros— vive un norteamericano en potencia, aunque de puertas para fuera nos guste aparentar lo contrario por falta de perspectiva y querer parecer modernos.

En definitiva, hay que venir con buena disposición, con la mente abierta a aceptar y tolerar lo que nos vayamos encontrando sin juzgar hasta conocer, procurando entender

y aprender, es la actitud positiva más recomendable para conseguir que tu viaje sea inolvidable.

El próximo mes de diciembre (de 2021) vamos a pasarlo en Aledo (Texas), el nuevo estado de residencia de nuestra familia norteamericana, por lo que seguramente volveré de allí con ganas de ampliar mi punto de vista sobre los Estados Unidos (insisto, de América).

Se cuenta que el gran torero Rafael «el Gallo», cuando le presentaron al filósofo y ensayista José Ortega y Gasset y le aclararon que era filósofo, exclamó «hay gente pa tó»; si yo tuviera que explicarlo en lengua inglesa, simplemente diría... I have no words! Oh my God!

PREPARANDO LA VISITA

Antes de hacer las maletas no te olvides obtener la ESTA (*Electronic System for Travel Authorization*), aparte de ser un pronombre demostrativo es un visado electrónico de clase turista válido durante dos años, para estancias que no pueden superar los 90 días, y se puede solicitar por internet en la página web del *Department of Homeland Security*.

Si la gestionas por tu cuenta te costará unos pocos dólares (hace tres o cuatro años costaba siete dólares, luego subió a catorce y la última han sido veintitantos), también hay intermediarios que lo pueden hacer por ti si no controlas el procedimiento aunque te cobrarán lo que les parezca, normalmente demasiado. Hay que tenerla en vigor, es válida para dos años, porque sin ESTA no habrá OTRA, los de la aduana te devolverán a casa sin contemplaciones en el primer vuelo que salga.

La vigencia del pasaporte tiene que abarcar al menos seis meses a partir de la fecha del último día que vayas a estar en los Estados Unidos, si la regla no se cumple también pueden negarte la entrada.

Otro trámite aconsejable, en nuestro caso imprescindible, es obtener el permiso internacional de conducir que expide Tráfico por una módica cantidad (10,51 euros no hace ni una semana) y de tan solo un año de vigencia; en algunos estados resulta obligatorio tenerlo y en otros no pero, si piensas conducir en algún momento durante el viaje, no te arriesgues y llévalo contigo (junto con tu permiso de conducir nacional en vigor), en EE. UU. las infracciones de

tráfico se las toman muy en serio porque se tratan penalmente. Mejor no jugársela si no quieres meterte en problemas judiciales.

Contrata un buen seguro de viaje que te cubra una posible atención médica, más allá de la pérdida de equipajes que probablemente el billete de avión ya incluya en su precio. Entre nuestros dos países no existe convenio médico y la atención sanitaria es cara; algo tan sencillo para nosotros como pueda ser un análisis de sangre, una radiografía o acudir a consulta por un catarro, puede salirte por un ojo de la cara, o ambos si el problema de salud fuera grave.

De modo que compra con antelación tu billete de avión para buscar el mejor precio posible, revisa que el pasaporte esté en vigor, gestiona la ESTA, consigue el permiso internacional de conducir y contrata un buen seguro de viaje (o comprueba si estás cubierto y no lo sabes porque es probable que tu tarjeta de crédito ya incluya alguna protección), pero no viajes a la aventura confiando en tu suerte.

Obviamente el precio dependerá de los riesgos que asegures y de la duración de la estancia, nosotros contratamos uno básico que por unos cincuenta euros por barba cubre lo que nos pueda pasar, incluida la repatriación que *Oh my God!* no lo quiera.

Este capítulo puede parecerle obvio y superfluo a las personas acostumbradas a viajar por el mundo, pero he creído necesario incluirlo porque no es el caso de todos mis potenciales lectores y no quiero que el día que se decidan a cruzar el charco me digan ¡podías haberlo dicho!

LA LLEGADA

Para no llevarte sorpresas de última hora hay que asumir cuanto antes que pasar la aduana local no es un simple trámite administrativo entre ambos países, hay que cumplir unas reglas estrictas y los oficiales de policía encargados se toman muy en serio su trabajo.

En general, aquí todo el mundo se toma muy en serio su trabajo sea cual sea este; aunque te pueda parecer que es el último mono, cada trabajador siente que es parte importante de la cadena productiva y actúa en consecuencia, es una característica laboral muy arraigada en la población; cualquier trabajo importa para que funcione el engranaje del conjunto y hay que realizarlo a conciencia.

He tenido que actualizar por completo este capítulo porque en cada viaje notamos que van implantando novedades y mejoras técnicas para agilizar el trámite aduanero, siempre y cuando tengas todos los documentos en regla.

A medida que sigan informatizando el procedimiento iremos perdiendo una buena parte de nuestra inexistente intimidad, estamos más que fichados por gobiernos y agencias de investigación, pero al menos no nos harán perder el tiempo en una cola de manera innecesaria.

En el último viaje el trámite fue rápido como nunca, validamos el pasaporte en máquinas que en pocos minutos lo mismo te sacan una foto que te toman las huellas dactilares y a continuación te presentas, con carita de cordero degollado, ante un agente de la CBP repasando mentalmente qué podrá salir mal esta vez; el agente es un ser circunspecto vestido de uniforme y armado hasta los dientes que,

si todo está en orden, te dará la bienvenida al país estampando un sello en tu pasaporte con la fecha de entrada y el tiempo máximo permitido de estancia.

¡Ah no! Así era antes porque incluso esto ha cambiado, en el último viaje ni siquiera lo han sellado con la ilusión que me hace repasar las páginas para ver los sellos y recordar los países que haya visitado y las fechas. Este año ha habido novedades importantes porque, debido a la pandemia por la COVID-19, aparte del certificado europeo que demuestre que hemos sido vacunados contra el coronavirus SARS-CoV-2, hemos tenido que aportar una prueba de antígenos realizada en los tres días previos al viaje; sin estos documentos no nos hubieran dejado tan ni siquiera subir al avión en España.

La aduana a la hora de embarcar de vuelta a España también tiene trámites pero son menos pesados, de hecho ni siquiera tuvimos que descalzarnos ni sacar los aparatos electrónicos de la mochila, las monedas del bolsillo del pantalón, quitarnos el reloj ni nada por el estilo, en fin, un avance respecto a años anteriores que se agradece.

En España la aduana no se queda atrás, la llegada a Madrid fue un visto y no visto, resuelves el papeleo previo en un kiosco informatizado que también te hace una foto y registra la huella del índice derecho; cuando acabas pasas por delante de una garita policial cuyo ocupante parecerá estar distraído aunque puede ser una impresión equivocada, ni te mirará a la cara salvo que le salte una alarma en pantalla.

A este paso, si siguen innovando en el proceso aduanero, llegará un momento en que solo tendremos que bajar del avión, recoger el equipaje y llamar un taxi.

En todo caso, conviene perder el miedo escénico cuanto antes –quien lo tenga porque alguno lo tendrá— y sin duda el aeropuerto es un buen bautismo de fuego que servirá para probar tu supuesto dominio del inglés y desatascar los oídos, aunque lo duro todavía esté por llegar.

Recuerdo ahora a alguien —no diré que vive en Japón porque no quiero revelar su identidad— que en uno de sus primeros viajes quiso experimentar su nivel sin ayuda y pidió un sándwich de jamón (*ham*) aunque, por defecto en la pronunciación, le sirvieron un emparedado de mermelada de no-sé-qué (no-sé-qué *jam*), intragable mejunje de aspecto poco grato y peor sabor que acabó su corta e hipercalórica vida en el cubo de basura más cercano.

Pase lo que pase en la aduana el viaje es largo y en cuanto aterrizas intentas cuadrar cuatro ideas antes de seguir adelante, «vamos a ver, has madrugado, llevas muchas horas metido en un avión… ¿y todavía son las tres de la tarde?»; estás de enhorabuena, acabas de conocer a tu primera amiga local: la diferencia horaria, aquí llamada *jet lag* porque les gusta más, ellos son así de directos, y nosotros disritmia circadiana porque nos gusta complicar los conceptos, somos algo enrevesados.

Gracias a ella no sabrás si toca desayunar, comer o cenar, porque en el avión te han ido sirviendo varias comidas para confundirte y el descoloque de tus biorritmos no te abandonará en los siguientes días, es como un perro de raza peligrosa que tras morder a su presa en una pierna se le encaja la mandíbula y para conseguir que la suelte hay que avisar a los bomberos.

Volvamos brevemente a los trámites aduaneros, ciertas cosas no van a cambiar nunca, ojito con lo que metes en la

maleta porque no todo está permitido y tendrás que declararlo previamente si no quieres tener problemas en caso de que te pillen en un renuncio; no se me olvidará el día en que un perro policía de raza *basset hound* especializado en fruta olisqueó la manzana *golden* que todavía llevaba Lola en el bolso y al recoger las maletas se lanzó a por ella (a por la manzana) como si no hubiera probado fruta en un mes.

Gracias a su potente y fino olfato de sabueso policial fuimos invitados a pasar una revisión adicional, a fondo y completa, del equipaje a maleta descubierta en plena temporada navideña; llevábamos turrón, polvorones, mazapanes, cola cao, maicena... como mal menor pensamos que nos lo requisarían todo pero no, el problema estaba en la manzana, ni que fuera la del pecado original.

También puede ocurrir que el hierático agente de la Oficina de Aduanas y Protección Fronteriza no se fíe de tu cara y decida que pases una segunda comprobación de identidad; meterá todos tus documentos en una bolsa de color (cada color implica una revisión concreta) y llamará a un compañero artillado que te escoltará sin perderte de vista hasta una dependencia anexa en la que tendrás que esperar sentado sin decir ni pío (no pierdas el autocontrol porque no tiene nada contra ti, solo está haciendo su trabajo) hasta que superes la prueba del algodón.

No es infrecuente, al principio a Lola le pasaba en cada viaje porque en la lista de personas más buscadas de la policía había una colombiana llamada María Gómez y pensaban que podría ser ella; menudos cabreos se pillaba hasta que la dejaban seguir su camino.

—¡Que soy de Guadix y abuela, leches!—protestaba inútilmente cada vez que la confundían con la otra.

Se repetía tanto la situación que hicimos unas gestiones aduaneras hasta que finalmente el Departamento correspondiente le asignó un «código de desagravio», una especie de salvoconducto que le ha venido de perlas porque desde el día que se lo concedieron no han vuelto a confundirla con la delincuente colombiana.

Poco más puedo añadir sobre los trámites de llegada, con algo de suerte habrás pasado a la primera todas las pruebas de acceso y ¡por fin! se abrirán para ti las (enormes) puertas de los Estados Unidos (de América porque hay otros).

I have no (more) words!

EL IDIOMA

To be or not to be!, puede ser que recuerdes la frase más conocida de «La tragedia de Hamlet»; pues bien, puedo afirmar y afirmo, sin temor a equivocarme, que si es lo único que sabes del idioma inglés no te comerás una rosca; para poder relacionarte con los naturales del país vas a tener que poner más de tu parte.

Como yo no he estudiado inglés en condiciones —lo intenté en el trabajo hace mil quinientos años, pero no durante el tiempo suficiente— llevo aprendidas y sujetas con alfileres una lista corta de frases comodín para salir airoso casi de cualquier apuro que se me presente.

—*Sorry my English, I don't speak it very well...!* —le sueltas a bote pronto y sin venir a cuento al primero que se te ponga por delante.

—*Where are you from?* —te responderá a la gallega el interfecto porque, al no entender tu perfecta dicción, le interesará conocer con precisión de qué país has salido para ponerse en situación y ver si puede serte útil.

—*From Spain!* —le responderás orgulloso, esbozando tu mejor media sonrisa, como dudando que se pueda ser de otro sitio, pero no pronuncies «espain» porque creerá que te duele algo y te recomendará que vayas al médico.

—Buenas días —añadirá encantado tu interlocutor—, mí hablo algo poquito de espanol. Una vez viajé a Barselona...
—Nuevamente estás de enhorabuena porque acabas de conocer a tu segundo amigo local en tiempo récord y eso que acabas de aterrizar tan solo hace un rato.

Con suerte quizá se haya abierto una puerta donde un momento antes ni siquiera había una ventana; resulta que hay mucha gente hablando español por el mundo y a algunos de ellos te los puedes encontrar en Atlanta, aunque según parece en Texas hay muchos más. Ojito con lo que dices en voz alta porque puedes meter la pata hasta el fondo.

Lo ideal sería preparar el viaje estudiando inglés unos meses antes, algo tendrás que hacer para no fiarlo todo a la suerte o a tu capacidad innata para hacer amigos por señas porque no siempre funciona. En este punto es cuando debería decir «consejos vendo que para mí no tengo».

De tanto viajar le vamos cogiendo el tranquillo al idioma y, en consecuencia, pensamos equivocadamente que no necesitamos mejorar; una solución intermedia consiste en formar tándem lingüístico con alguien de tu entorno.

Por ejemplo, yo no tengo problemas en hablar (mal) inglés inventado pero me cuesta (un mundo) entenderlo, justo lo contrario le pasa a Lola que lo entiende (mejor que yo) pero no se lanza a hablar (ni bien ni mal), así que ambos dos *together* formamos un buen equipo que a nuestros posibles interlocutores divierte, quizá les recordemos a los actores de la película «No me chilles que no te veo».

Aunque a veces ni por esas, el acento sureño es cerrado (a mí en concreto me da igual como sea porque tengo un oído enfrente del otro), tiene localismos específicos de cada lugar y cuesta entenderlo, en tal caso no tendrás más remedio que usar el comodín salvador «*I have no words!*» para salir del paso lo mejor que puedas.

No es que el inglés en sí sea difícil, alguna dificultad tendrá cuando hay quien no lo habla, lo difícil es que algunos lo aprendamos a estas alturas de la vida, aunque actuando

en pareja vayamos tirando; cuando tengas que ir tú solo a hacer un recado quizá te sientas perdido y entonces pensarás para tus adentros... «*Oh my God!*».

A algunas personas todavía les sorprende nuestra deficiencia lingüística y nos sermonean gratuitamente «pues teniendo cinco nietos americanos ya podríais hablar un inglés fluido»; te lo sueltan así a bote pronto sin pensar en lo precipitado y poco analítico de su conclusión, puede que ignoren que también tenemos dos nietas japonesas y que algún día podríamos tener nietos italianos... no pretenderán que tengamos el don de lenguas o la formación elitista de Doña Leonor de Borbón, a la sazón princesa de Asturias, que con catorce años recién cumplidos, ahora dieciséis o los que tenga, según alardea su círculo palaciego, habla español, inglés, euskera, gallego, catalán, árabe y chino, lo mismo se me ha olvidado nombrar alguno, pero es indudable que la princesa es políglota y promete.

Hay que reconocer que disfrutar de glosolalia sin duda es muy meritorio, incluso para quién tenga la posibilidad de aprendizaje, bien porque se centre en el estudio de las lenguas o por ser heredera al trono, pero no está al alcance de cualquiera y no hay que avergonzarse por hablar solo una lengua de las más de siete mil que se hablan en el mundo, si cuando era el momento de hacerlo no tuviste la oportunidad de aprender otras.

A pesar de todo, con el castellano (un idioma culto, completo y de los más hablados del mundo), una pizquita de inglés, hablando despacio, intentando pronunciar bien entonando con musicalidad sajona las cuatro o cinco palabras que sepas y echándole un poco de arte torero, podrás salir del paso sin grandes contratiempos; comprarás en

tiendas, echarás gasolina, pedirás la cuenta, dejarás propinas, participarás en actos familiares, hablarás con el vecino… al final todo consiste en ponerse a hablar asumiendo con valentía y sin timidez el (alto) riesgo de equivocarte.

Para mantener conversaciones más sesudas, comprometidas, políticas o mercantiles, es mejor cerrar la boquita para que no entren moscas o soltar en español lo que tengas que decir para que también ellos sientan la presión de ser monolingües y sufran tus mismos inconvenientes.

En cualquier caso hay que rendirse a la evidencia, por mucho que te esfuerces, por buena memoria que tengas y por muy bien que creas entonar, en cuanto abras la boca para decir lo que sea se van a dar cuenta de que eres extranjero; y no solo por lo que puedas decir, tu aspecto, tu ropa, tus gestos, tus modales o tu forma de ser te delatarán antes de que puedas decir ni mú.

Recuerdo un día de crudo y frío invierno georgiano en el que los niños no tenían colegio y los llevamos de excursión a Stone Mountain, la mayor roca de granito del mundo; al parar el coche ante la garita de entrada para pagar el acceso, me explicó la taquillera que no funcionaban el teleférico ni las atracciones, me tendría que haber callado y hacer como que la entendía pero, confiado en mis posibilidades, contesté:

—No se preocupe *milady*, deme un tique de aparcamiento porque pensamos subir andando a la cumbre.

Animado porque me entendió a la primera, le pregunté si el cierre era debido al viento… al instante la mujer puso mala cara y —viendo el coche repleto de niños— estuvo en un tris de llamar al sheriff del condado porque pronuncié mal la palabra y dije «güain» (vino) en lugar de «güind»

(viento) y debió acordarse de la canción de Stevie Wonder «sí bebes, no conduzcas, *don´t drive drunk*», menos mal que William me echó un capote y pude reaccionar justo unos segundos antes de que apretase el botón rojo nuclear.

Oh my God!, nos salvamos por los pelos de acabar encerrados en la *county jail*.

EL DINERO

Aunque se diga que el dinero no da la felicidad (puede decirlo quien lo tenga en cantidad, el resto solamente podemos ponerlo en duda) la pasta es un aspecto muy importante del viaje, sin ella no irás muy lejos; hablarás mejor o peor el idioma, llevarás mejor o peor el *jet lag*, pero procura no venir justo de fondos porque, para bien o para mal, acabas de poner los pies (y la cartera) en el país líder universal del capitalismo y el consumismo.

Oye, que no digo yo que el dinero sea bueno ni malo, eso allá cada cual con sus valores éticos y morales, pero la oferta disponible es tan amplia y saben metértela tan bien por los ojos que a la hora de la verdad, no nos pongamos estupendos, todos acabaremos comprando algo, quién esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Aparte de la tarjeta de crédito procura llevar algo de *money* o «cash» que dicen los autóctonos, con una cantidad testimonial será suficiente, lo más probable es que al final te sobre y vuelvas a España con casi todo lo que hayas llevado en la cartera, a la hora de pagar resulta poco habitual hacerlo en metálico, aunque siempre haya excepciones.

Los billetes de uno, cinco, diez o veinte dólares son los de uso corriente; si los billetes se utilizan poco, las monedas o «niquels» ni te cuento, procura gastarlas todas antes de volver a casa porque no te servirán para nada salvo que quieras empezar la colección de monedas de veinticinco centavos (*quarters*); hay una diferente por cada estado y la verdad es que entretiene lo suyo ir comprobando una por una si la tienes repetida o no.

Yo la tengo casi completa, pero se me olvida repasar la lista de un año para otro; para tenerla bien ordenada compramos un mapa troquelado de los Estados Unidos (insisto, de Norteamérica) dónde se puede encajar cada moneda en su hueco/estado correspondiente, recuerda que son cincuenta y que te llevará algo de tiempo completarla. Es como volver a las colecciones de cromos de nuestra infancia.

Lo más práctico y común a la hora de pagar es utilizar la tarjeta de crédito, sin una no llegarás muy lejos; vas a utilizarla mucho más de lo que piensas y a todas horas, porque podrás pagar prácticamente cualquier cosa, incluso en compras inferiores a un dólar; recuerdo la vez que Beatriz pagó dos fotocopias con tarjeta y es que en este país nadie está interesado en perder una posible venta porque tú no lleves suelto.

«Swipe the card!» que dicen ellos, es decir que pases la tarjeta por el TPV; luego, dependiendo del importe tendrás que poner el PIN o firmar, pero acabarás haciendo la competencia en rapidez para desenfundar al famoso Billy el Niño, el más rápido del Este (sé que lo peliculero sería decir del Oeste, pero eso depende del estado en el que estés); si no controlas el gasto, cuando vuelvas del viaje y consultes el extracto bancario de la tarjeta solo podrás decir… *Oh my God!* pero probablemente ya será tarde.

La evolución del cambio dólar-euro ha sido bastante negativa para nosotros últimamente, si ambas monedas cotizasen a la par no tendrías que estar convirtiendo mentalmente los precios a euros como hacíamos antes, un problema menos a la hora de comprar; hace dos días compré

dólares en el banco y el cambio ha sido de 0,91 centavos de dólar por cada euro, se ha dado la vuelta a la tortilla.

En algunos comercios puedes pagar directamente en euros y he comprobado en el extracto bancario que puede resultar beneficioso porque te ahorras la comisión de cambio del banco, aunque puede que te la haya aplicado el comercio camuflada en el precio sin que seas consciente, pero ojos que no ven...

En los primeros viajes compensaba comprar ciertos artículos porque el cambio siempre era favorable, de hecho los familiares y amigos nos encargaban traerles cosas y volvíamos con las maletas llenas de pedidos, a punto del exceso de peso; también nosotros caíamos en las garras insaciables del consumo, «está todo tan barato al cambio que no puedo dejarlo ahí»... solo eran excusas para explicar el arrebato consumista. Eso ha pasado a mejor vida.

En fin, de economía tampoco quiero hablar demasiado porque cada cual sabrá lo que puede hacer, el dinero con el que cuenta y en qué se lo quiere gastar, pero aviso que las tentaciones son abundantes y apetitosas, están a la vuelta de cualquier esquina y resulta bastante difícil resistirse a ellas.

ATLANTA

Hablar de ella es casi una obligación en este libro porque es la ciudad en la que más tiempo hemos pasado y en la que viven, o vivían porque recientemente se han mudado a Brookhaven que aunque sea limítrofe es otra ciudad. De nuevo tengo que modificar este punto, porque en mayo pasado (2021) se trasladaron a Aledo, Texas, cuatro estados y 832,4 millas hacia al oeste.

Una de las cosas que más me gustan de Atlanta es que a lo largo del tiempo haya ido cambiando de nombre, diríase que es una ciudad heterónima de sí misma, lo que demuestra su voluntad de adaptación a la evolución, una capacidad de renovación permanente que refleja a la perfección el carácter norteamericano, no se aferran al pasado y, aunque lo tengan en cuenta, siempre miran hacia delante.

Según Wikipedia «La historia de Atlanta se remonta a 1836, cuando Georgia decidió construir un ferrocarril hacia el medio oeste de los EE.UU. y se eligió una ubicación para ser el término de la línea. La estaca (realmente un marcador ferroviario de piedra) que marca la fundación de "Terminus" (literalmente significa fin de línea) se hundió en el suelo en 1837 (llamada Zero Mile Post)».

Siguiendo con Wikipedia «En 1842, cuando se construyó un depósito de ladrillos de dos pisos, los lugareños pidieron que el asentamiento de Terminus se llamara Lumpkin, en honor al gobernador Wilson Lumpkin . El gobernador les pidió que lo nombraran en honor a su pequeña hija (Martha Atalantica Lumpkin) y Terminus acabó convirtiéndose en Marthasville».

Curiosamente el transporte público actual de la ciudad, metro y autobuses, se llama Marta y aunque sea el acrónimo de la Metropolitan Atlanta Rapid Transit Authority pienso que sus autores se han retorcido las meninges hasta componer un homenaje a la hija pequeña de Lumpkin.

«En 1845, el ingeniero jefe del ferrocarril de Georgia sugirió que Marthasville fuera renombrada "Atlantica-Pacifica", que se acortó rápidamente a "Atlanta". Wilson Lumpkin parece que apoyó el cambio porque el segundo nombre de Martha era Atalanta».

Nadie puede saber si volverá a cambiar de nombre más veces y como se llamaría en ese hipotético futuro, pero si fuera el caso la rebautizarían sin más y seguirían adelante sin preocuparse demasiado por lo anterior.

Buscando información sobre sus sucesivos nombres leo que Atlanta está hermanada con Torrejón de Ardoz desde 1996, supongo que se deberá a la anterior existencia en esta población madrileña de una base aérea militar norteamericana durante muchos años, pero no deja de ser curioso que la ciudad elegida en España esté a menos de media hora de casa.

En otro orden de cosas, Atlanta es una ciudad moderna, bulliciosa y en constante crecimiento que sigue un esquema parecido al de otras grandes ciudades norteamericanas, un centro económico llamado Down Town con enormes rascacielos para el mundo de los negocios y el resto de la ciudad repartida entre los condados de Fulton y Dekalb.

La ciudad, llamada la joya o la perla del sur o la ciudad en un bosque, por la enorme cantidad de árboles que tiene, está rodeada de una gran área metropolitana que eleva la

población por encima de los cinco millones de habitantes y es la sede de grandes compañías internacionales como Coca-Cola, Delta Airlines, AT&T o CNN.

Podría estar hablando sin parar de la ciudad y sus atractivos pero no quiero aburrir, en internet hay información de sobra aunque yo recomendaría visitarla, estoy convencido de que sorprendería a cuantos lo hicieran.

EN EL HOSPITAL

Solemos viajar a EE.UU. por motivos familiares, pero también he estado un par de veces por trabajo en San Francisco y en Miami —aunque hace tantos años que me retiraron del mundo laboral que no me acuerdo— y otras dos para correr los maratones de Nueva York y Chicago en la época en que me dio por ahí.

Por supuesto estuvimos en la boda de Beatriz y David y en los nacimientos de los cinco nietos, la última hace tan poco tiempo que todavía seguimos afectados por la disritmia circadiana (desde entonces estuvimos casi tres años en blanco como consecuencia de la pandemia).

Para no salirme demasiado del tema del capítulo voy a referirme a los nacimientos, porque cada uno tuvo su particularidad; William fue el primero en nacer y coincidió con las Navidades, el mismo dia de nacer el pediatra de guardia decidió ingresarlo en la UVI de neonatos porque no tenía el reflejo de succión y allí lo mantuvieron, lleno de cables, hasta el uno de enero, cuando por fin pudimos llevarlo a su *Home, sweet Home!*

Aquella nochevieja la celebramos en los pasillos del hospital y por la diferencia horaria cambiamos de año a las seis de la tarde; repartimos vasitos de plástico con doce uvas en cada uno a la familia presente y, ante la curiosidad general, las fuimos tomando al ritmo de las campanadas del reloj de la Puerta del Sol que David tenía oportunamente grabadas en el móvil.

A la hora de volver a casa comprueban que en el coche estén instalados y funcionen todos los elementos de segu-

ridad y retención infantiles a que obligue la legislación vigente, si nos los tienes o presentan algún defecto serio no te permitirán llevarte al bebé hasta que lo soluciones.

Los sucesivos nacimientos siguieron el mismo protocolo porque todos los nietos han venido al mundo en el mismo Piedmont Hospital de Atlanta y las reglas no han cambiado o no lo hemos notado, salvo que parecen estar cada vez mejor organizados.

Cuando llegan de visita, antes de permitir a los hermanos mayores conocer al recién nacido, les toman la temperatura con un termómetro de tira plástica (el plástico es omnipresente en la vida cotidiana); si tienen aunque solo sea unas décimas de fiebre no podrán pasar a verlo por precaución; al hermano menor le ponen una pegatina que indica que ahora es el nuevo *Big Brother*/*Sister*, algo que les hace mucha ilusión porque les otorga importancia quitándosela al recién llegado, total, como no se entera…

Me llama la atención —lo mismo también se hace en nuestra tierra, pero cuando nacieron los nuestros su vigilancia la ejercíamos con cien ojos la familia directa— que a los recién nacidos les colocan una pulsera de control electrónico en el tobillo al estilo de los presos con pase pernocta, que activa una alarma si se atraviesa la zona de seguridad que rodea la planta de nacimientos; lo avisan claro (para quienes lo entiendan) en un cartel: «No newborns beyond this line!».

Para amenizar la espera, y saciar en lo posible el hambre y la sed, en el hospital hay un par de comedores y máquinas de venta de productos alimenticios de todo tipo; así que los días de estancia, cuando no estés ejerciendo de abuelo, pasarás más tiempo subiendo y bajando en ascen-

sor o por las escaleras para ir a por algo de picoteo que en la habitación acompañando a la parturienta.

La oferta de comida es buena sin estridencias, típica, variada, rica y asequible en precios, lo peor es tener que estar todo el santo día encerrado entre las cuatro paredes del hospital si la estancia se alarga más de lo previsto.

Por lo demás, el protocolo hospitalario no difiere mucho del nuestro, numeroso personal médico y de enfermería entrando y saliendo a cualquier hora de la habitación haciendo tanto ruido como elefantes en una cacharrería, encendiendo las luces, salgan ustedes, entren ustedes..., la clásica pesadez necesaria para el buen orden y gobierno del hospital que se soporta con resignación y paciencia esperando que los manden pronto a casa.

Eso sí, antes de darte el alta hospitalaria te presentarán la factura correspondiente que suele ser bastante elevada, por no decir elevadísima, y que incluye hasta la toma de ibuprofenos, por todo se cobra, nada se salva; si tienes un buen seguro médico que cubra el gasto no pasará nada, pero de lo contrario es posible que tengas que dejar al bebé en prenda hasta que consigas financiación.

La atención médica universal y gratuita es un lujo inalcanzable para aquellos norteamericanos que no dispongan de un buen seguro médico asistencial; no pueden imaginarse la suerte que tenemos nosotros disponiendo de la Seguridad Social como opción.

IT'S A BOY/GIRL!

Los norteamericanos no son partidarios de molestar al prójimo, al suyo se entiende, ni siquiera en ocasiones especiales, así que no es costumbre ni está bien visto que los amigos y vecinos acudan en masa, sin avisar y a cualquier hora del día o la noche de visita al hospital para dar la enhorabuena a los felices padres cuando acaba de nacer un nuevo miembro de la estirpe; en compensación por el detalle, cuando vuelven a casa, la afortunada familia engancha un globo relleno de helio en el buzón de correo de su vivienda para que todo el vecindario y los que por allí acierten a pasar sepan que ha llegado al barrio un nuevo vecino.

Atado al buzón de correo quedará el globo hasta que la pérdida interna de gas por el paso del tiempo impida que siga flotando airoso y a merced del viento; si es rosa significará que ha nacido una niña y un niño si es de color azul.

En cuestión de colores desconozco todas las opciones cromáticas posibles en función de la filiación sexual del nasciturus, pero de momento parece ser una opción binaria; a saber qué color elegirían en caso de tener las diferentes opciones que ya tenemos en España.

Algún voluntario de la familia o allegado a ella se encargará de comprar lo necesario en la tienda más cercana, siempre habrá una en los alrededores que venda este tipo de productos, globos con forma de animales, tarjetas, muñecos, ropa, caramelos, etc. La oferta es amplia y variada.

El marketing está presente en sus vidas desde el primer minuto de su existencia y así se van haciendo poco a poco al entorno consumista que les espera en el futuro.

Gracias a Twitter, Facebook, WhatsApp, Instagram, etc. y estando tan extendido su uso entre la población, poner globos en un buzón de correo de los de toda la vida podría parecernos un sistema de información algo anticuado, máxime teniendo en cuenta que hoy en día se sabe el sexo del futurible casi desde la fecundación del óvulo; quieras que no, el proceso completo del nacimiento (*labor & delivery* como lo llaman ellos) se habrá ido comunicando en las diferentes redes sociales; sin embargo, mantienen la vieja costumbre de los globos porque así lo dispone la tradición y a los norteamericanos (en general) les gustan sus tradiciones y son capaces de compaginarlas con las modernas.

Cuando tras la salida del hospital llega el nuevo inquilino a casa es cuando el resto de la familia y los vecinos de mayor confianza se acercarán, previo acuerdo horario de la cita, para felicitar a los padres, conocer al recién nacido y preguntar cómo se llama, porque su nombre no es un secreto a voces, solo se sabrá a partir del nacimiento.

Tampoco durará mucho la visita (lo justo para no molestar) ni lo harán con las manos vacías, ya que suelen llevar comida preparada para alimentar a un regimiento y que los padres no tengan que perder su escaso y valioso tiempo atendiendo la intendencia hogareña y puedan dedicarse en cuerpo y alma a cuidar al flamante nuevo contribuyente.

En cuanto a nacimientos esta es la experiencia que nosotros hemos tenido, cinco veces parece una muestra significativa; aunque seguramente habrá diferencias en la forma de celebrarlo según la ciudad o el estado donde se produzca el acontecimiento, parece ser una norma extendida.

SWEET TEA

Con permiso de la compañía Coca-Cola —cuya sede central museo incluido está en Atlanta—, que mira la de años que llevará *cocacolizando* al mundo entero, la bebida más tradicional en los estados sureños es el té dulce helado.

No me atrevo a negar que la Coca-Cola sea la chispa de la vida ni todo lo que la publicidad quiera decir al respecto, pero a la hora de la verdad, para soportar el calor húmedo de estos estados, la peña prefiere un té frío.

En alguna parte he leído que no está claro si lo inventaron (el té dulce, no la fórmula de la Coca-Cola que sabemos se inventó en la localidad de Ayelo de Malferit en la provincia de Valencia y agentes de la compañía viajaron hasta allí y compraron los derechos) en Georgia o en Carolina del Sur; aunque sean estados limítrofes en este país no funciona igual nuestro monárquico y anticuado concepto igualitario (adelantado más de quinientos años al movimiento feminista) del «tanto monta, monta tanto», si lo inventaron en Georgia, ni Carolina del Sur ni ningún otro estado puede afirmar lo mismo. Y viceversa.

Imagínate a los gallegos diciendo que la paella valenciana es la comida típica de Padrón, a los alicantinos fardando de su cocidito madrileño, a los maños sacando pecho con su gazpacho andaluz, ¿y qué decir del mojo picón mallorquín, las ensaimadas de Cuenca, la fabada manchega o la sidra extremeña?, podría poner más ejemplos absurdos pero tenemos tantos que no acabaría nunca, creo que ninguna de estas afirmaciones podrían sostenerse sin que alguien se cabrease y se liase la mundial, porque los españo-

les somos pelín picajosos, pues casi lo mismo les ocurre a ellos con el *sweet tea*.

La receta es simple: un té negro cargadito con buena cantidad de azúcar y unas hojas de menta. Lo pones a enfriar varias horas en la nevera y lo sirves con cubitos de hielo (aquí no se andan por las ramas y los llaman rocas) en cantidades industriales; si quieres darle el toque definitivo, aunque sea malo para el medio ambiente, sírvelo con una pajita (*straw*), total, solo se consumen quinientos millones de ellas al día y me parecen pocas para lo que hemos visto, en todo el mundo son mil millones al día, uno de los objetos que más contribuyen a la contaminación de los mares.

Aprovecho para pedirte que siempre que puedas bebas a morro cualquier refrescante bebida y te unas a la campaña «Be Straw Free» que aboga por las pajitas de bambú, claro que acabaríamos también con el bambú y se extinguirían los osos panda..., mejor bebamos siempre a morro.

Aunque parezca una receta facilona todavía no la he preparado en casa; siendo esta bebida una pasión sureña, prefiero llegar al establecimiento y pedir «sweet tea, please!», frase que todo el mundo entiende a la primera a pesar de mi deficiente dicción y me ayuda a elevar dos puntos mi maltrecha moral políglota.

No creo que te pidan el DNI, porque no lleva nada de alcohol, pero con esta gente nunca se sabe; una vez fuimos a una céntrica cafetería del *downtown* atlanteño, que ellos consideran la quintaesencia modernista y avanzada de los *downtones* norteamericanos, me pedí un auténtico sándwich Club, es mi preferido y lo preparan de cine, y ocurrió lo que cuento a continuación:

—¿Qué le sirvo para beber? —me preguntó solicita la joven camarera, tras pensarlo un segundo y por salirme, aunque solo fuera por una vez de mi aburrido y habitual guion analcohólico, respondí «una cerveza, plis», la rubia natural (creo) me miró con detenimiento antes de pedirme el carné de identidad porque no podía servir alcohol a menores de veintiún años.

Hay que aclarar que estábamos celebrando el nacimiento de William, nuestro primer nieto, o sea que uno ya tenía una edad provecta y próxima a un estado decadentemente valetudinario, pero no se discute si la camarera tenía muchas o pocas luces porque no era el caso, se trataba de cumplir con las estrictas leyes antialcohólicas del condado; si el manual del establecimiento dice que antes de servirle alcohol a un cliente, primero tienes que comprobar su edad, no se discute su idoneidad, se le pide el carné de identidad, se comprueba su edad y punto pelota.

Personalmente no opino, no me parece bien ni mal, quizá puede parecer excesivo o fuera de lugar, pero el manual tendría que conceder un poco de manga ancha al empleado en casos tan evidentes como el mío, claro que quién soy yo para juzgar las leyes locales por una simple caña, la próxima vez pediré un té dulce y me quito de líos.

Lo cual no evitó el cachondeo generalizado entre los comensales en cuanto la camarera se retiró para encargar la comanda, hay cosas que solo se entienden si has nacido en Colorado o Wisconsin, por decir dos estados cualesquiera porque, diga el estado que diga, es probable que allí apliquen la misma ley.

Oh my god, I have no words!

SCHOOL CARPOOL LINE

Si nuestro viaje ha coincidido con algún período escolar, que suele ser lo normal, me habrá tocado ser abuelo chofer a tiempo completo, pues una de las actividades diarias para el soporte familiar más necesarias y que con más gusto realizo es encargarme del transporte colegial de los nietos.

La función no se limita a conducir hasta el colegio y volver a casa sin más preocupaciones, incluye ayudarlos a levantarse, asearse, desayunar, vestirse, revisar mochilas, que lleven un *snack*, que no se olviden el *lunch*, rellenar las botellas de agua... y, cuando falte media hora para la entrada en el colegio, ordenar a la tropa que dejen todo lo que estén haciendo, se calcen y suban al coche; a veces cuesta un par de avisos extra, pero no muchos más porque son obedientes y disciplinados.

Conduzco con prudencia, tanto callejeando como por la I-85 Norte, respetando siempre la velocidad máxima permitida (debo ser el único conductor de la ciudad que lo hace) sin meterme en problemas como se supone debe hacer un abuelo serio y formal; en veinticinco minutos llegamos al destino y me sitúo el último de una larga fila de coches que esperan en ordenado turno para descargar a la chavalería en la puerta del colegio, en esto consiste realmente el *carpooling*.

Lentamente vamos avanzando hasta la puerta de entrada donde el profesorado recibe a pie de coche al alumnado, una vez que paro el motor abren ellos mismos las puertas, si los niños no saben quitarse el cinturón de seguridad los

ayudan, recogen sus mochilas y saludan con el acostumbrado «Good morning!» antes de darme vía libre «Have a good day!», o sea que me pire, que ahueque el ala, que hay mucha cola esperando.

Si se les olvidase algo en el coche, el proceso para solucionarlo es sencillo, sales de allí, aparcas lo más cerca que puedas, buscas el objeto perdido y vuelves a ponerte en la cola porque los demás no tienen culpa de los errores ajenos y también tienen cosas que hacer como todo hijo de vecino; cuando llegas de nuevo a la puerta le entregas el objeto al profesor que se acerque y le pides que por favor lo lleve a la clase del niño, le das las gracias y te despides; nada de parar, salir del coche, pedir disculpas al siguiente en la cola con la mano, abrir el maletero, revolver el contenido y ponerte a dar instrucciones al profesor.

Para recogerlos el proceso es parecido, treinta minutos antes de la hora me preparo, subo al coche y en veinticinco minutos me sitúo el último de la fila de coches que ya estarán esperando su turno para recoger a la infantería, es la «school carpool line» segundo acto en estado puro.

Una vez situado en la cola muestro por la ventanilla un cartel con el apellido familiar escrito en letras grandes, la profesora encargada debe tener vista de águila porque desde su alejada posición domina la entrada de coches al recinto sin moverse del sitio, aunque yo creo que es capaz de reconocer a cada familia según el coche que vea acercarse; entonces avisa por radio a sus compañeros para que los niños correspondientes, que estarán esperando sentados en el suelo del pasillo, se preparen y vayan colocándose en el lugar de recogida.

Llego hasta ese punto, pongo el coche en punto muerto porque si no las puertas no se abren, ayudan a los críos a subir al coche y nos despiden sonrientes moviendo las manos con el acostumbrado «Bye, have a good day!» dándome vía libre para que me quite de en medio cuanto antes y no moleste al siguiente, «Go, go, go!».

Antes de incorporarnos al tráfico vial tengo que aparcar, contarlos para ver si me falta alguno y comprobar que lleven los cinturones de seguridad bien abrochados; a continuación, enfilo para casa por la I-85 Sur mientras les pregunto «Hola chicos, ¿qué tal os ha ido hoy en el cole?» y ellos me responden con bien, mal, regular o gruñido, según les haya ido, suponiendo que tengan ganas de contestar, que no siempre tienen, como es natural, tras pasar toda la mañana en el colegio; de todas formas yo los fuerzo a decirme algo esgrimiendo que soy su abuelo, no un taxista. A veces funciona y me cuentan algo. Otras no.

Si llegas a la recogida con retraso corres el riesgo de que la fila de coches sea una cola del copón, por lo que he terminado aprendiendo los trucos básicos del oficio de abuelo conductor para saber las mejores horas de entrega y recogida (acertar o errar es cuestión de minutos) y que la espera no se convierta en una tortura para ellos (ni para mí) y que no se salgan de madre (ni del coche).

Esta vez he transportado a diario a los cuatro mayores y, como en la franja de ocho a nueve de la mañana cada uno tiene un horario diferente de entrada en función de su edad y actividad especial del día (tutoría, violín, voluntariado, coro, campanas...), la única solución era irnos al parque infantil para hacer tiempo, ellos a jugar con sus compañeros y yo a confraternizar con los familiares pre-

sentes, normalmente padres y/o abuelos; gracias a estos momentos de inmersión en la vida diaria, mi nivel de inglés iba subiendo como la espuma, de modo que no hay mal que por bien no venga.

Mencionaré dos de mis preferidos, como son el padre de Eleonor, de quién no recuerdo el nombre y era cocinero en un conocido club de golf de Brookhaven, hablaba algo de español y siempre saludaba con «buenos días» para a continuación seguir en la lengua de Shakespeare. La otra era Donna, la abuela de un niño bastante revoltoso, que hacía lo imposible por entender mi pronunciación e incluso me decía que lo hablaba bien para no desanimarme.

De vez en cuando hablaba con otras personas, pero con la mayoría me costaba mucho comunicarme porque si no ponen nada de su parte es imposible.

En función de la agenda de cada niño, cada día tenía que hacer varias colas en el *carpool*, los peores de la semana eran los miércoles porque se juntaban varias actividades extra, así que hoy en día me considero un experto en la materia y podría competir con cualquier abuelo local.

A veces he propuesto juegos a los niños para entretener las inevitables esperas, pero lo que realmente les gusta, calma y entretiene es que ponga en la radio su música preferida, aunque sospecho que sea porque no quieran escuchar las batallitas del abuelo cebolleta.

GARBAGE DISPOSAL UNIT

Dicho en inglés no parece ser un artilugio peligroso, salvo que te trabes la lengua al pronunciarlo y te lleves un sofocón; voy a hablar, aunque sea de refilón, sobre un mítico aparato electrónico, recurso explotado hasta la saciedad por la industria cinematográfica, que vive oculto debajo del fregadero (*sink*) de la cocina, a la espera de que pique algún incauto y darle un susto.

¿Quién no ha visto alguna vez en el cine como le destrozan la mano al pobre malo en las películas de acción?, en el transcurso de una pelea, el bueno hunde con fuerza la mano del malo en el fregadero, pulsa un botón, se escucha un ruido como de batidora escacharrada y... se oye un grito desgarrador mientras la sangre salpica la pantalla.

Aparte de ser utilizado en las películas como cruel instrumento de tortura, en la vida real el mecánico engendro es un dispositivo eliminador de residuos alimenticios que se instala en los bajos del fregadero y que, accionado a voluntad por un motor eléctrico, tritura los restos de comida en diminutos trocitos menores de 2 milímetros.

La primera vez que lo vi en funcionamiento me quedé con los ojos como platos, estaban pelando patatas y tiraban las mondas directamente al fregadero; como no entendía la razón, no pude callarme y les pregunté «pero... ¿qué porras estáis haciendo?», me miraron como si fuera extraterrestre, accionaron el interruptor de pared y ¡zas!, como por arte de magia la montaña de mondas de patata y otros restos vegetales desapareció hecha fosfatina en cuestión de segundos por el desagüe.

Ante mis dudas sobre la utilidad del invento teniendo al lado un enorme cubo de basura, el peligro de meter accidentalmente un dedo para empujar restos de comida y sacar la mano amputada o su efecto nocivo para la salubridad del medio ambiente, tuvieron que informarme sobre el invento y su función depuradora en el hogar; a pesar de lo cual mantuve intactas mis dudas iniciales sin saber muy bien a qué carta quedarme.

Cuando volviera a España me enteraría si los venden por ver de instalar uno de esos en mi domicilio fiscal; la estadística, siempre tan particular, dice que en Estados Unidos existe al menos uno en la mitad de los hogares y eso que durante muchos años su instalación y uso estuvo prohibida en muchos estados, quizá tan escépticos como yo.

A pesar de mi repentina y algo cateta admiración por la trituración alimentaria, y porque hombre precavido vale por dos, en secreto hice pruebas adicionales de seguridad por mi cuenta y riesgo por si acaso: una tarde que estaba solo en casa cogí un tenedor metálico, lo tiré por el sumidero o *sinkhole*, abrí el grifo porque me habían dicho que siempre hay que usarlo sobre mojado y activé el artilugio… hizo un ruido diferente al de moler mondas de patata y enseguida expulsó parcialmente al intruso; desconecté el invento diabólico, esperé unos segundos antes de cogerlo, no fuera que mordiese, quemase o cortase y con la mayor precaución posible saqué al pobre cubierto de las ávidas fauces del monstruo triturador, ¡qué raro! no tenía ninguna marca ni señal externa de haber sufrido daño.

No obstante, a pesar de la demostración empírica, no me quedé convencido del todo y no tengo la menor intención de meter la mano en semejante agujero negro ni por todo

el oro del mundo; incluso sufriendo artrosis, deformante, dolorosa y constante en ambas manos, lo cual me resulta bastante molesto en el día a día, me sigue pareciendo mejor tener diez dedos (aunque torcidos) que ocho o nueve.

Han pasado varios años de aquello, al final no quisimos instalar en casa ningún «insinknerator» porque, superado el efecto sorpresa que siempre produce la primera vez de algo, suelo perder todo interés en las cosas innecesarias; desde entonces lo utilizo lo menos posible cuando estoy por allí, prefiero utilizar el cubo de basura que es más listo de lo que pensaba, ahora tienen uno que cuando me acerco se abre solo y cuando me alejo se cierra, el día que inventen un cubo que saque la bolsa de basura a la calle cuando esté lleno y ponga en su lugar una bolsa nueva, seguro que me lo compro.

FRONTYARD / BACKYARD

Un acre de terreno tiene 4.046 m² que equivalen a una parcela de 63,61 metros de lado (*Oh my God!*, todavía puedo resolver raíces cuadradas); aunque haya parcelas más grandes y pequeñas, el ciudadano norteamericano medio aspira a tener al menos uno sobre el que levantar su domicilio fiscal de dos plantas, sótano y jardín.

La distribución de una parcela estándar es sencilla y aparentemente bien pensada: un espacio libre entre la calle y la casa al que llaman *frontyard* (patio delantero) y otro en la parte de atrás de la casa, probablemente vallado limitando con el acre del vecino, al que llaman *backyard* (patio trasero); a ambos lados de la parcela un pasillo para comunicarlos cierra la configuración básica,

En un lateral del *frontyard* discurre un camino que permite aparcar varios coches dentro de la parcela y acceder a la puerta de la cocina que hace las veces de entrada de servicio o directamente al garaje.

En muchas casas han instalado una canasta de baloncesto sujetando el tablero en la pared o con un soporte independiente; este deporte les gusta mucho y, al tenerlo tan a mano, lo practican desde pequeños, no me extraña que de mayores sean tan buenos jugando y que nadie pueda ganarlos ni con cinco «gasoles» sobre el parqué.

Aunque es una afirmación que ya no se sostiene porque la situación está cambiando tanto que, por ejemplo en el pasado mundial celebrado en China, la selección española acabó siendo la campeona y eso que no tenemos canastas en las casas, como mucho papeleras en el cuarto.

En el patio trasero se ubica la zona privada del jardín destinada a la barbacoa, con mesa, sillas, sombrilla..., un poco más allá pueden tener o no una pequeña piscina portátil, de obra se ven pocas, una caseta de chapa, PVC o madera para guardar las herramientas de jardinería y, si en la familia hay niños, un parque infantil (*playground*) completo con columpios, tobogán, cama elástica...

Césped, muchos árboles de todos los tamaños, y ardillas, pájaros, insectos, incluso hemos llegado a ver un armadillo campando por el jardín como Pedro por su casa.

Los hay que construyen una cabaña de madera en lo alto de un árbol para disfrute de los más pequeños y que vayan aprendiendo lo que es una hipoteca a interés variable sin otro riesgo que caerse desde arriba, lo que equivaldría a experimentar una expropiación forzosa por falta de pago con resultado de brazo escayolado.

También les gusta instalar un comedero de aves y tenerlo siempre lleno de grano y semillas para alimentar a los pájaros; entretiene ver, escondido tras una ventana, como llegan los cardenales en pareja con sus colores rojizos y otros pájaros multicolores que, debido a mi desconocimiento avícola, no puedo identificar salvo con la ayuda de un libro que siempre tienen a mano para solucionarlo.

Otro entretenimiento natural consiste en espiar a las ardillas intentando robarles la comida a los pájaros, no sé cómo lo hacen pero siempre lo consiguen y acaban sacando de sus casillas a cualquiera que pretenda impedírselo, sobre todo a los pájaros que se quedan sin alpiste que llevarse al pico.

Hemos viajado algunas veces en pleno período electoral presidencial y nos ha llamado mucho la atención que en el

patio delantero los propietarios, o sus arrendados en caso de alquiler, coloquen a la vista de todo el que pase por allí, cartelitos indicando su preferencia republicana o demócrata. No puedo imaginar algo parecido en nuestro país, no solo por nuestra intransigencia ante el pensamiento diferente del vecino que nos caracteriza a los españoles, sino sobre todo porque la gran mayoría no podemos ni soñar con tener ni siquiera medio acre, como mucho un decámetro cuadrado en altura y pare usted de contar.

Claro que, bien pensado, tener un acre no es ningún chollo, su precio y el IBI son altos y obligan a trabajar sin descanso a sus dueños para mantenerlo; encima los domingos hay que aplicarse en el cuidado esmerado del jardín, si un acre te parece poco terreno, espera a tener que pasar el cortacésped (con cuidado de no cargarte ningún cartel) cuando lo que realmente te puede apetecer es tumbarte a la bartola en el patio trasero tras una dura semana de trabajo.

En esas ocasiones me siento conforme con lo que tengo y voy bien servido con mi exiguo decámetro cuadrado de parqué y terrazo, salvo que me tocase el euromillón no lo cambiaría por nada del mundo.

LA COMPRA SEMANAL

Para llenar las descomunales neveras y despensas familiares hay que hacer compras grandes o parecerían vacías, hay que hacer la compra semanal; actividad que se deja para los sábados y se aprovecha para ir a sitios con ofertas; de esos hay muchos en Atlanta, pero nuestro preferido es el Dekalb Farmet Market que ellos mismos llaman mercado mundial sin necesidad de exagerar; para nosotros es una atracción turística más del viaje, como pueda ser visitar un museo o asistir a cualquier espectáculo de masas.

Es lo más parecido a un mercado de barrio, como eran los nuestros de toda la vida —hasta que hace unos años llegaron los modernos supermercados al estilo norteamericano para cambiarlo todo—, que puedas encontrar en la ciudad, pero a lo grande. Este mundo de locos no hay quien lo entienda, primero nos colonizan culturalmente y después, cuando ya lo han conseguido, dan marcha atrás para volver a los orígenes.

Está situado en el 3000 East Ponce de León Avenue en Decatur, ver números de calles tan altos ya no nos extraña; en la parte de atrás, más allá del enorme aparcamiento han empezado a allanar terreno para construir un nuevo y gigantesco mercado que, a tenor de las obras visibles, sin duda será mucho mayor que el actual, aunque tiene que haber ocurrido algo extraño porque hemos vuelto un par de años después y su construcción no había avanzado, está en el mismo punto (muerto, diría yo) en que lo dejamos.

De su alto techo cuelgan banderas de todos los países del mundo cuyos productos frescos se vendan allí, según he

comprobado ya van por 184 y en nada alcanzarán los 193 que tiene la ONU, el Estado del Vaticano no cuenta porque no produce alimentos, es el único país del mundo que actúa como observador, ellos siempre al margen de todo mirando al mundo por encima del hombro, pero al menos en este mercado no tienen presencia.

Nosotros buscamos la nuestra y allí estaba, medio invisible, camuflada entre tantas otras, son demasiados colores y la vista no encuentra respiro; caminando por los pasillos encontramos algunos productos españoles como arroz bomba, aceite de oliva y, en particular, una selecta bodega de vinos que son muy apreciados por estos lares; nosotros nos adaptamos al esquema alimenticio familiar que tiene preferencia por el producto orgánico y fresco, como puedan ser las verduras, la fruta, la carne, el pescado, el marisco...

Últimamente la comida orgánica (entendiendo como tal la que sigue métodos de producción que evitan el uso de ciertos productos sintéticos como pesticidas, herbicidas y fertilizantes artificiales) ha entrado con fuerza en la dieta familiar, más que una moda pasajera se está convirtiendo, por calidad de la oferta y decisión de sus consumidores, en una opción más saludable con uno mismo y el medio ambiente, siempre que te lo puedas permitir porque seguirla es caro para el bolsillo; a cambio es más saludable que los alimentos procesados y no corres el riesgo de sufrir mutaciones transgénicas en el futuro, antes de que el mundo actual acabe por autodestruirse.

Antes de entrar al mercado sorprenden al neófito los carteles de la puerta de acceso: el primero avisa de las formas de pago admitidas, lo copio directamente de su página web

para no equivocarme «WE DO NOT ACCEPT CREDIT CARDS - ONLY DEBIT CARDS, EBT, CHECKS & CASH ARE ACCEPTED», algo realmente insólito en este país a ojos del visitante foráneo, con lo que nos ha costado adaptarnos a pagar con tarjeta; el segundo advierte que no se permite el uso de cámaras fotográficas en el interior (una pena porque daría para un buen reportaje fotográfico), a veces he pensado saltarme la prohibición usando el móvil, pero siempre prevalece mi exagerado sentido de respeto por las normas y no he podido; el tercer cartel puede resultar muy chocante para los menos acostumbrados porque avisa que tampoco se puede entrar con armas.

Resulta extraño que no adviertan que estás a punto de entrar en un congelador de seres vivos, porque en el interior hace más frío que en el Polo Norte en pleno invierno; nada más entrar te das cuenta de que hace un frío glacial, te empiezan a castañear los dientes y comienzas a temblar preguntándote dónde te has metido; salvo que hayas nacido en Atlanta y estés hecho al frío, la primera vez que lo visitas estás deseando salir a la calle para dejar de sufrir, a partir de la primera experiencia ya no te pilla desprevenido y antes de entrar en esa nevera gigante te abrigas a base de bien aunque estemos en pleno julio, debes hacerlo si no quieres sufrir una crionización espontánea y gratuita.

Una vez dentro del iceberg solo queda disfrutar de la compra; coger un carrito —qué irónicos son, mira que llamar carrito a semejante carromato— y centrarte exclusivamente en intentar llenarlo a toda prisa de comida orgánica hasta los topes, porque aquí se viene a hacer la compra semanal y no a pasar el rato. Cuanto antes termines, antes podrás irte y menos frío pasarás.

Hay de todo, cuando digo de todo es de todo y de cualquier lugar del mundo, algunas frutas son para nosotros perfectas desconocidas, una variedad inmensa de verduras y legumbres, productos de panadería, quesos, embutidos... es realmente impresionante, no sabes qué escoger y además hay que ir leyendo con detenimiento todos los carteles y etiquetas para comprobar que su origen sea verdaderamente orgánico, menos mal que de eso se encarga la familia local que ya tiene perfeccionado su ojo clínico, nosotros ayudamos empujando el carro sin decir ni pío.

Otros puestos destacables son la carnicería, la pescadería y la zona de *seefood* o marisco al que mantienen vivo en grandes estanques de cristal transparente; si te los quieres llevar a casa tienes que pescarlos tú mismo con ayuda de unas pinzas especiales, yo no he podido hacerlo todavía, me da no sé qué verlos allí esperando que llegue su hora.

Un entretenimiento adicional, al menos para nosotros que no tenemos oportunidad de hacerlo en nuestro barrio, es observar —con disimulo no se vayan a mosquear y entonces veríamos si lo de que no se permite entrar con armas lo cumplen todos o no— a la gente que por allí transita, bien sea comprando o atendiendo los diferentes puestos, una impresionante torre de Babel internacional con presencia de todas las razas conocidas y algunas por conocer, vestimentas tradicionales de sus lugares de origen o como le salga de los dídimos ir vestido al personal y lenguas ininteligibles que uno ni siquiera puede imaginar.

Al acabar la compra llevas el repleto hasta los topes carrito a la zona de las cajas, te armas de paciencia haciendo cola, sacas un buen fajo de dólares del bolsillo para pagar la compra, en un santiamén estarás metiendo las bolsas y

cajas en el maletero del coche y regresando a casa haciéndote mentalmente la pregunta del millón «¿y ahora, *Oh my God!*, dónde vamos a colocar todo esto?».

Bueno, pues despacito y con buena letra se coloca todo sin mayor problema y todavía sobrará hueco para colocar las compras menores necesarias entre semana que ya se realiza en el comercio de cercanía.

LA COMIDA

Si tuviera alguna idea preconcebida sobre los norteamericanos —reconozco que tenía unas cuantas desde mi más tierna infancia debido a influencias varias como el cine, los amigos, la época de rebelde sin causa o la política, aunque luego hayan ido disolviéndose como azucarillos en agua gracias al contacto directo con la ciudadanía, a practicar la crítica serena y la observación minuciosa—, la primera sin lugar a dudas tendría que ver con su dieta alimenticia, lo malo del asunto es que precisamente en esa idea no he podido modificar mucho mi opinión inicial.

Al norteamericano medio no le gusta perder el tiempo, para ellos es oro, prefiere ser práctico y cortar por lo sano antes que disfrutar con calma y sosiego de determinados placeres de la vida (en esto cada cual tendrá sus preferencias), no digo que sea una actitud buena ni mala, además seguramente tenemos más comportamientos comunes de los que creemos porque cada vez nos parecemos más.

De modo que, en cuestión alimenticia, todo lo que signifique tener que esperar o dedicarle tiempo extra a la cocina, lo cual significa quitárselo a otra actividad y el día solo tiene veinticuatro horas, no les acaba de gustar.

Abundan los restaurantes y lugares de comida rápida, lo cual es lógico porque se supone que son los inventores, el problema es que en casi todos los sitios a los que vayas te va a gustar la oferta de la carta tanto como a ellos mismos; no es que sean raritos comiendo, sino que tienen muchas opciones rápidas a precio contenido para comer fuera de casa; puedes ir de vez en cuando pero sin abusar, lo más

sano y sensato sería pasar de largo y esperar a llegar a casa y comer algo que hayas preparado tú mismo, suponiendo que hayas querido perder una parte de tu valioso tiempo en hacerlo antes de salir de paseo.

Pizzas, hamburguesas, perritos calientes, macarrones bañados en queso, carne de búfalo, puré de patatas, costillas en salsa barbacoa, ensalada de col, pollo preparado de mil formas, chipotle —la nueva sensación culinaria—, *waffles*, tacos, beicon de una pulgada de grosor, patatas fritas, etc. en todas partes hay cadenas de restauración que te ofrecen con insistencia y acierto comida rápida y... bueno, tarde o temprano acabarás picando, por un pecadillo tampoco va a pasar nada, ¿no?

En algunos casos ni siquiera tienes que bajarte del coche, puedes ponerte en la cola (¿*fast food carpool*?), ordenar el pedido al empleado que se acerca al coche, por un micrófono o pantalla digital y recogerlo en ventanilla un poco más adelante, para comértelo en el mismo coche mientras conduces a tu siguiente destino, tranquilamente en casa o dónde te apetezca; tampoco existen problemas de aparcamiento, te lo ponen fácil para que no sea un problema,

Por supuesto que hay restaurantes mejores, pero siempre irán en detrimento de tu cartera; la oferta es amplia y de buena calidad, cocina tradicional norteamericana, francesa, india, china, mexicana, vietnamita, japonesa, italiana, española, cubana... puedes probar la comida étnica que se te pase por la cabeza, porque seguro que en alguna parte de la ciudad habrá un restaurante que la sirve y estarán encantados de que los visites.

La ventaja de convivir en un entorno familiar es que puedes dedicar tiempo a elegir la comida, prepararla y disfru-

tarla en la intimidad del hogar; para eso estamos los abuelos, para nosotros no es perder tiempo sino ganar calidad de vida. A diferencia de otras familias que hemos conocido, en esta procuran alimentarse a diario siguiendo una dieta saludable, a pesar de los cual no nos privamos de degustar la comida rápida de vez en cuando.

A primera hora de cualquier día laboral entre semana —se toca diana a las 06:15— un desayuno completo contiene cereales, salchichas, beicon, huevos, pan tostado, mantequilla, aceite, fruta, leche, té, café... cada uno según sus gustos y ganas de comer, con poca diferencia a lo que puedas desayunar en tu propia casa.

Sobre las 10:00 se hace un tentempié a base de fruta, una barrita energética, café o infusión, pero siempre algo ligero, rápido de preparar y de comer; por puro esnobismo y ganas de hacerse notar, aquí al tentempié lo llaman *snack* pero viene a significar lo mismo que para nosotros; alrededor de mediodía es la hora de tomar una ensalada completa, un sándwich de pavo, jamón de York o salchichón que aquí llaman salami pero está igual de bueno, fruta y café, aunque si se tercia nosotros no nos cortamos en meterle el diente a lo que haya sobrado del desayuno o la cena de anoche o nos arreglamos con una lata de sopa o legumbres, las de Campbell están riquísimas y hay gran variedad donde elegir, o cualquier alimento que encontremos en la nevera; por supuesto dedicándole el menor tiempo posible a la tarea porque se trata de recargar pilas y seguir haciendo cosas, no de disfrutar relajadamente de un acto tan placentero como pueda ser comer.

A media tarde, hablamos de las cuatro o cuatro y media, de nuevo algo ligero, un sándwich, fruta, café o infusión y

esperar que llegue pronto la hora de la cena que se hará poco de rogar porque casi sin terminar la digestión de la merienda ya empiezan los preparativos.

La cena es la comida principal, la que se hace en casa con toda la familia sentada formalmente a la mesa sobre las seis y media o las siete. El resto del día cada uno se habrá buscado como pueda las lentejas, por decirlo de una forma que se entienda, pero la cena es un acto de reunión familiar y de reposo tras todo un día de frenética actividad,

Lo normal es que se sirva un plato combinado cocinado durante la tarde, incluye carne o pescado al horno o preparado por el robot de cocina con su acompañamiento de verduras, patatas o arroz; en la mesa siempre habrá un surtido de salsas para satisfacer el paladar de los más exigentes comensales, pero hay que andarse con mucho ojo al elegirla porque les apasiona el picante y los errores se pagan.

También es habitual que la cena sea a base de legumbres, por ejemplo lentejas con chorizo Palacios o guiso de carne con patatas, como ves comida sana y variada, podríamos denominarla dieta mediterránea con un toque norteamericano.

Cuando estamos los abuelos nos piden cocidos, lentejas, croquetas, salmorejo, arroz con leche, paellas… porque en general les encanta la comida española y para ellos es salirse de la rutina gastronómica sin tener que salir de casa.

Una vez cenados y acostados los niños, llega la hora de sentarse a charlar un rato, es el momento ideal para rematar la jornada tomando algo dulce, un helado o un licor, un postrero atracón calórico que afrontamos con resignación porque no solo de pan vive el hombre.

No digo yo que en otras familias se coma igual que en esta porque no lo sé, pero es lo que hacemos nosotros; en reuniones familiares de menor compromiso, la comida directamente se encargará por teléfono para quitarse de problemas y no andar perdiendo el tiempo, lógicamente será rápida, hipercalórica y gustará a todos.

El pollo es punto y aparte, lo preparan de mil formas diferentes y todas están para chuparse los dedos, *nuggets*, *fingers*, alitas... ¡hum..., qué rico!

La repostería es otro peligro, el mundo del dulce es más tentador de lo que te puedas imaginar, no solo por su aspecto sino porque todo está buenísimo, ¡ay, si no engordase tanto...!

Si no pones cuidado en la alimentación es muy probable que cuando vuelvas te traigas un par de kilos de más, es el riesgo que tiene la gastronomía local si te dejas llevar por la gula o por la vista, pero qué aburrida sería la vida de los viajeros sin arriesgarse a probar el sabor local.

Sin embargo nosotros siempre volvemos más delgados, ¿será cierto que convivir con los nietos adelgaza?

EL SÓTANO

Me llama la atención esta parte subterránea de las casas que podemos reconocer fácilmente gracias al cine, un espacio bajo tierra normalmente grande, húmedo y oscuro; no puede faltar uno en cualquier casa norteamericana que se precie ni en ninguna película de terror o desastres naturales como tornados, terremotos, etc.

Al sótano se puede acceder desde el interior de la casa bajando por una escalera de madera cuyos escalones crujen al pisarlos y por una desvencijada puerta o trampilla de emergencia situada en el patio trasero.

Antes de bajar al sótano conviene encender alguna luz, no por miedo a los seres malignos, allá cada cual con sus traumas infantiles, el miedo es libre, sino para no tropezar y darte un porrazo si lo hicieras a oscuras.

En el sótano, que también puede ser garaje, pueden coexistir varios ambientes destinados a coches, aire acondicionado, zona de lavado y secado, almacenamiento, bricolaje y, si sobra sitio, espacio para juegos o actividades deportivas de interior, por ejemplo una bicicleta estática con telarañas por el poco uso, una pizarra..., para que los más pequeños puedan desfogar *indoor* su volcánica energía en las largas tardes de lluvia o de frío invernal.

La zona de lavado y secado siempre sorprende al novato, *I have no words!*, ¡qué tamaños!, pero cuando te enfrentas a grandes cestos repletos de ropa sucia se justifica, comprende y agradece su existencia.

La lavadora y la secadora de grandes dimensiones son las estrellas de la estancia y ambas trabajan a destajo en hora-

rio 24x7; pretender instalar tan solo una de estas máquinas en nuestro exiguo piso madrileño constituiría un desafío arquitectónico, las dos una imposibilidad.

La zona de almacenamiento cumple con creces lo que se le pide a una zona de almacenamiento, estanterías metálicas de suelo a techo repletas de cosas, un sueño para quien padezca síndrome de Diógenes: radios, títulos, premios escolares, libros, cajas con fotos, papeles, artículos de Navidad, Halloween, luces de colores, disfraces, ropa, muebles, maletas, balones, palos de golf, discos, bicis, cintas de vídeo... si quisieran competirían con cualquier puesto del Rastro.

La zona de bricolaje se compone de una mesa rústica de madera presidida por un panel pegado a la pared del que penden ordenadamente las herramientas básicas y otras más complejas; bajo ella siempre habrá una linterna, cajas de clavos, tornillos, cables, enchufes, cuerdas, botes de pintura, pilas, bombillas...

Como no se sabe lo que pueda pasar en el futuro, en algunos sótanos se acumulan botes de alimentos de larga conservación y agua potable para la subsistencia en caso de catástrofes, ya sean naturales o provocadas; en cualquier caso, un cajón congelador cargado de comida hasta los topes nunca sobra.

Tampoco resulta extraño tener algunos bidones de gran capacidad llenos con gasolina para poder atender una urgencia en caso de cierre temporal de las gasolineras; por ejemplo cuando cae una copiosa nevada, algo que por estos lares suele ocurrir de vez en cuando.

En los sótanos puede haber ventanas al exterior, lo cual se agradece durante el día, porque entra luz natural, y algo

menos por la noche, sobre todo si tienes aprensión o manía persecutoria y crees que pueda haber extrañas presencias acechando en la oscuridad.

A veces hemos gastado bromas —lo correcto sería decir que nos han gastado bromas— y el susto que te llevas es morrocotudo, pero se vuelve en contra de los bromistas porque es la excusa perfecta para negarte a bajar al sótano a partir de la caída del sol.

El sótano en el que me inspiro existía e incluso tenía nombre, familiarmente lo llamaban «vórtice». Cómo me gustaría tener un sótano de estos debajo de casa, algunos quisieran vivir el sueño americano pero yo me conformo con el sótano americano.

LA SEGURIDAD

Para evitar extrañas presencias acechantes, no las fantasmales de toda la vida, esas van por libre haciendo de su capa un sayo, sino las que son amigas de lo ajeno, la mayoría de las casas disponen de sistemas de seguridad para espantar a posibles intrusos y defenderse.

Y no solo las casas particulares, en la entrada de muchos barrios hay carteles que advierten a todo el que pase por allí con malas intenciones que mucho ojito con lo que hacen porque los vecinos los están vigilando; claro que solo consiguen asustar a los que simplemente pasan por allí porque los otros deben estar acostumbrados y ni se inmutan.

Puertas y ventanas están dotadas de sistemas de alarma electrónica, si se abren o se rompe un cristal de cualquiera de ellas, empezará a sonar una estridente alarma que a la vez hará saltar otra en un panel del centro de control y/o directamente en la policía.

En cuanto les salte un aviso te llamarán por teléfono para comprobar que no se trata de una falsa alarma, te pedirán la contraseña acordada y, si no la sabes o no contestas a la llamada directamente, a los pocos minutos se presentará en la puerta un coche de policía.

Al principio la hicimos saltar un par de veces sin darnos cuenta por abrir la puerta sin desconectar previamente la alarma, es que nosotros somos más de mirar por la mirilla y preguntar quién es, si lo piensas es una tontería porque los ladrones siempre te dicen que son de la compañía del gas o de la luz y si los dejas entrar estás perdido y puedes

darte por atracado (para esto no hace falta que llame nadie a la puerta porque hay que ver lo caras que se han puesto las facturas de estos servicios).

En una ocasión fue de madrugada, abrimos la ventana del dormitorio para que entrase el fresco nocturno y se airease un poco la habitación y, en medio del silencio de la noche, el sistema se activó despertando a todos los que dormían , menos mal que la desconectaron antes de que llegase el séptimo de Caballería.

A esta medida hay que unir que la casa también está protegida en el perímetro exterior; cuando algo o alguien atraviesa la zona asegurada se encienden unos focos que ríete tú de la iluminación del Santiago Bernabéu una tarde de Champions League; con la abundancia de pájaros, ardillas y todo tipo de animales que pululan a sus anchas por el jardín, algunas noches no hay quien pegue ojo con tanta luminosidad.

De modo que cada vez que entras, sales o mueves algo de su posición sin acordarte de la seguridad activa, lo primero es salir corriendo para teclear la contraseña en el panel de control si no quieres verte metido en líos.

Actualmente el sistema es mucho más sofisticado: cámaras estratégicamente situadas, altavoces, luces, alarmas... y todo el conjunto puede ser gestionado a distancia gracias al teléfono móvil y a internet, ya veremos cómo evoluciona todo esto porque la tecnología es un caballo desbocado, todo sea para hacernos creer que estamos más seguros.

LOS SEGUROS

En este valle de lágrimas hay que procurar estar siempre asegurados contra lo que nos pueda pasar, porque en cualquier momento se tuercen las cosas y la situación puede dar un giro inesperado.

Estábamos aparcados en el estacionamiento exterior del centro comercial Briarcliff Village; ya nos íbamos a ir cuando vi que la conductora del coche de al lado quiso hacerme una jugarreta colándose por toda la cara para salir antes que nosotros, me salió el tonto que llevo dentro, metí marcha atrás y aceleré para impedírselo... ¡crash!

Efectivamente, acababa de darle un buen meneo a un coche inocente, que apareció en el peor momento sin que yo lo viera, en medio de las dos puertas del lateral del conductor, tan fuerte fue el golpe que no podían abrirse; pensé lo de «tierra, trágame» pero ya era tarde para lamentarse; salimos del coche, preguntamos si estaban bien, me disculpé lo mejor que pude y admití mis culpas; la conductora llamó a su marido que apareció al poco con malas pulgas; a pesar de admitir mi responsabilidad, el tipo avisó a la policía y enseguida llegó un armario de ébano cuyas dimensiones ciclópeas acojonaban lo suyo sin necesidad de fijarse en el armamento que llevaba, ni Robocop en persona.

El marido —para él, mi condición de extranjero me convirtió en sospechoso y peligroso— me acusaba hasta de haber matado a Manolete, mirando hacia arriba le gritaba a la cara al policía mientras le golpeaba la placa del uniforme con el dedo índice, al segundo golpecito el ropero XXL le avisó de que a la próxima se iba a enterar de lo que vale un

peine y solo entonces pareció calmarse; mi hija y yo no decíamos ni pío por si acaso, nos limitamos a intercambiar los datos necesarios del accidente e intervinientes y punto.

Antes de irse, el bargueño empotrado nos informó a los presentes con malas pulgas que al haber ocurrido el accidente en un aparcamiento privado y no en la vía pública, él no tenía ninguna jurisdicción, que nos las arreglásemos como pudiéramos, diéramos parte al seguro y que no molestásemos más a la autoridad policial del estado porque ya tenían bastante con acudir a las casas cuando suenan las alarmas por errores de sus habitantes como para encima tener que intervenir en estas cosas.

A los pocos días me llamaron del seguro, no sé si el de nuestro coche o el del otro, fue un interrogatorio a tres bandas en toda regla; alguien me hablaba en inglés, una mujer con acento mexicano me traducía las preguntas al español, yo las contestaba y ella traducía las respuestas al inglés; la conversación duró casi una hora y empezó con lo de jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

Algunas preguntas me resultaban casi ofensivas porque no son las habituales que nos hacen aquí, pero dadas las especiales circunstancias yo contestaba a todas con la mayor claridad y rigor posibles para despejar dudas y evitar problemas futuros:

—¿Conducía usted bebido?

—No, soy abstemio

—¿Conducía usted bajo los efectos de alguna droga o sustancia prohibida?

—No, ni siquiera fumo

—¿Es usted un inmigrante ilegal?

—No, solo estoy de visita

Y así una batería larguísima de preguntas raras hasta llegar al verdadero meollo de la cuestión que es determinar la culpabilidad en el accidente para poder asignar responsabilidades que es lo único que les interesa a los seguros, que pague el contrario.

Tras una hora de interrogatorio policial dieron por terminada unilateralmente la conversación; algunas semanas más tarde me declararon culpable único del accidente (estaba cantado desde el primer momento, no sé para qué tanto rollo), el seguro se hizo cargo de indemnizar al propietario del coche contrario y al nuestro lo mandaron a freír morcillas porque lo tenían a terceros.

Lo llevamos a un taller y como nos pidieron quinientos dólares para arreglar una pequeña abolladura en una esquina del parachoques trasero, decidieron que se quedaría como estaba sin arreglar; menos mal que golpeé a un coche pequeño, si llego a chocar contra algún monstruo de los que por allí circulan, aparte de quedarnos sin coche lo mismo acabo preso en Sing Sing.

En este punto conviene recordar que antes del viaje hay que contratar un buen seguro médico porque los precios de la asistencia hospitalaria en este país están por las nubes y si no pagas por adelantado lo mismo no te atienden; tampoco estaría de más que el seguro contemple responsabilidad civil por si acaso; cuanto más asegurados viajemos, mejor para todos.

LA POLICÍA

Hablando de policías, afortunadamente nosotros no hemos tenido ningún contacto con ellos exceptuando el que acabo de contar en el aparcamiento de un centro comercial o con la policía de la aduana, con esos es suficiente.

Paseando por Chicago, a los pocos días de correr la maratón, quisimos visitar el Sheed Aquarium, nos pusimos en una parada de autobús y cuando llevábamos un buen rato esperando sin que pasase ningún autobús se nos acercó un oficial de policía a preguntarnos qué hacíamos allí, que el fin de semana no había servicio en esa línea concreta y mejor que nos largásemos cuanto antes porque estábamos parados en un lugar peligroso, llamando la atención de posibles delincuentes.

Confiados porque nos hablaba en español y alarmados por su comentario, aprovechamos para preguntarle algo sobre el acuario y enseguida nos respondió muy serio «yo soy oficial de policía, no guía de turismo» y sin añadir una coma se largó a toda velocidad montado en un segway, el primero que veíamos en nuestra vida.

En calles y carreteras acechan escondidos tras las vallas publicitarias o cualquier obstáculo que los oculte a la vista de los conductores y, en cuanto alguien se salta la normativa, salen zumbando a toda sirena persiguiendo al infractor; para evitar este tipo de encuentros procuro respetar escrupulosamente todas las indicaciones que me encuentro por el camino.

En carretera se ve a los policías de tráfico en el arcén, de pie al lado de su moto mirando a lo lejos con una especie

de catalejo de capitán de barco a los coches que se acercan; según parece es un sistema que permite determinar desde un par de millas de distancia la velocidad a la que se circula, por lo que en caso de superar la permitida te estarán esperando con el talonario de multas en la mano.

La policía goza en general de amplio respeto social, por no llamarlo miedo directamente, cualquier parecido con el trato que recibe nuestra policía es imposible; cuando un policía te dice algo se le atiende con educación y se le obedece sin rechistar «Yes, sir!, Sorry, sir!»; lo aprendes en el mismo aeropuerto a la hora de pasar la aduana, bromas ni una, ellos están allí cumpliendo su función y no tienen por qué ser amables, aunque en ocasiones se agradecería un poquito de empatía.

Ayer mismo he leído la noticia de un muchacho español de veinticinco años que estaba viendo un partido de la NBA en Florida, empezó a discutir y a insultarse con los de la fila de atrás; estos llamaron a los de seguridad y decidieron expulsarlo del recinto, el chico se puso farruco y cuando dos de ellos lo cogieron por los brazos para intentar sacarlo, se resistió con fuerza numantina cayendo rodando los tres varias filas grada abajo; ni veinticuatro horas más tarde estaba vestido de naranja y encadenado de pies y manos ante un juez federal que seguramente lo condenará a una multa importante y hasta a diez años de cárcel según decía la noticia; lo que digo, bromas las justas porque esto no es España y mucho menos tratándose de la policía.

LA BARBACOA

Suele estar situada en el patio trasero y ser de gran tamaño, tan grandes como un Seat 600; quizá como coche pueda parecernos pequeño pero como barbacoa es todo lo contrario.

Disfrutar una tarde junto a la barbacoa les encanta, invitan a vecinos, familiares, amigos... compran carne (costillas, t-bones, salchichas, hamburguesas...), verduras, cervezas, Coca-Colas, aperitivos, que no falte de nada, de los dulces y del postre ya se encargarán las visitas.

En cuanto llegan los primeros invitados el anfitrión pone en marcha la parrilla que puede funcionar con carbón o gas; en las bandejas laterales se coloca la comida que deba ser cocinada y otros objetos, aceite, sal, pinzas, guantes, cerillas o un encendedor piezoeléctrico para tenerlo todo a mano sin perder tiempo entrando y saliendo de la casa.

La comida se sirve en autoservicio, en una mesa auxiliar estará dispuesto todo lo que no necesite pasar por la parrilla (ensaladas, salsas, aperitivos, dulces) junto a vasos, platos, servilletas y cubiertos desechables, en las neveras las bebidas esperan pacientes su turno enterradas en cubitos de hielo.

Los asistentes hacen cola y van pasando por la mesa para servirse lo que les apetezca; mientras tanto el anfitrión o persona de confianza empieza a poner la carne en el asador y un olor estupendo invade el patio que seguramente habrá sido engalanado con adornos de papel y luces de colores.

En animada charla irá transcurriendo la velada, con algo de suerte puede que incluso un grupo de folk amenice la

fiesta con música country —a los sureños les encanta el bluegrass— y al compás de unos banjos seguirás el ritmo con los pies porque tendrás las manos ocupadas.

Llegado el momento cumbre se juntarán todos para celebrar lo que haya motivado la barbacoa (cumpleaños, petición de mano, aniversario de boda, nacimiento...), se brindará y se pasará a los postres que es otra especialidad muy norteamericana.

A la hora prevista —la puntualidad de salida también es estricta— los invitados recogerán velas despidiéndose educadamente hasta la próxima, si algo de lo que han llevado no se hubiera terminado lo recogerán y se lo llevarán, aquí no se tira nada que pueda ser comido más tarde o al día siguiente.

En pocos minutos, como por arte de magia y sin apenas hacer ruido, todos los invitados sin excepción habrán tomado las de Villadiego dejando aquello desierto pero no como un solar.

Acabada la barbacoa, el patio habrá quedado bastante recogido y los cubos de basura llenos, por lo que la familia anfitriona podrá proseguir con su vida cotidiana como si no hubiera pasado nada, una gozada poder hacer estas fiestas al aire libre sin que la casa quede hecha unos zorros.

Con la actual cruzada de nutricionistas y demás activistas contra la mala alimentación, puede que las barbacoas y sus grasientas carnes procesadas entren en un período de oscuridad que amenace su churrascada existencia, pero no creo que en este país estén en peligro de extinción, al menos a corto plazo.

A DORMIR SE HA DICHO

Mientras tus biorritmos naturales se adaptan progresivamente al nuevo huso horario, el mejor momento del día será irse a la cama, porque debido a la disritmia circadiana te notarás cansado y con sueño a todas horas... para superarlo tienen patentada la cura perfecta.

La cama podrá ser king o queen size, la diferencia monárquica es notable en cuanto a tamaño (la superficie útil determina su posición en la escala de Morfeo), pero no afectará a la comodidad; nada que ver con la incómoda experiencia oriental de dormir sobre futón, aunque en ambos casos se persiga el descanso corporal, son conceptos diametralmente opuestos.

El mayor peligro de una cama king size es que te pierdas una vez estés dentro o que pierdas de vista a tu pareja, estará tan lejos que para reuniros tendréis que llamaros a gritos o por teléfono, reconozco que puedo parecer un poco exagerado en ocasiones pero estamos hablando de camas extragrandes.

Lo normal es que la king size esté en un dormitorio principal, cuya superficie útil permita meter semejante tálamo dentro y que siga sobrando espacio como para jugar un partido de dobles al pádel si se tercia; de nuevo puedo parecer exagerado en mis afirmaciones, pero ante ciertas cosas *I have no words!* no quisiera quedarme corto.

Otro lugar dónde no pueden faltar estas camas es en los hoteles, tanto en los buenos como en moteles de carretera; da la sensación de entrar en otra dimensión cuántica al descubrir esas enormes camas con colchones de medio

metro de altura; me recuerdan la canción «me casé con un enano salerito pa jartarme de reí» que no contenta con la chanza insiste «le subí un metro la cama, le subí un metro la cama, salerito, y no se podía subí, olé ahí ese tío que va ahí».

Los atletas de salto de altura disfrutarían como enanos... bueno, precisamente como enanos no, lo he dicho sin maldad, pero seguro que disfrutarían saltando sobre ellas a estilo Fosbury soñando con batir el récord del mundo.

En estas camas la sensación de descanso es absoluta, si no te ataca el jet lag a medianoche; la verdad es que dormirás a pierna suelta y cuando te levantes te sentirás como nuevo, pero ten cuidado a la hora de bajar no vayas a estrellarte de cabeza contra el suelo de moqueta.

Al lado de estas grandes plataformas —en las que incluso podría aterrizar y despegar un Boeing 747 si fuera necesario— dedicadas al descanso humano y a actividades nocturnas tan placenteras o más, vuestro querido y estrecho catre matrimonial actual podrá pareceros una cama turca pasada de moda.

La cama queen size es más pequeña pero también utiliza colchón de altura, por lo que en cuanto a confort apenas notarás la diferencia con su pareja real y el descanso será igualmente relajante y reparador.

Estas son las camas más habituales: Twin, Full, Full XL, Queen, Super Queen (para reinas rellenitas), California King (para reyes hippies), King y en lo más alto de la gama encontramos la Texas King sobre la que incluso podrían disputarse partidos oficiales de la liga NBA.

LA PROPINA / GRATUITY / TIP

Es lo primero que nos advirtieron «cuando vayas a un restaurante, bar, pub o similar, recuerda que a la hora de pagar tienes que añadir una propina a la cuenta».

La broma oscila entre el diez y el veinte por ciento del importe, nos explicaron que los camareros tienen un salario base muy bajo y que la propina es íntegra para ellos, es de lo que realmente viven; a los españoles nos disgusta que sea una obligación, lo llevamos mal hasta que finalmente aceptamos a regañadientes el sablazo final como parte del proceso de comer fuera de casa, aunque fingiendo entenderlo para no molestar.

Porque de verdad cuesta acostumbrarse de buenas a primeras a este pago, llega la cuenta, dejas la tarjeta a la vista, se la lleva el camarero y cuando vuelve se aparta un poco esperando que añadas manualmente el importe de la propina y solo entonces efectúa el cobro; te pasas el día con complejo de calculadora, pasando de grados Fahrenheit a Celsius, de dólares a euros, desfase de horarios, precio del litro de gasolina y para terminar de complicarlo todo ahora esto... de propina.

La diferencia entre añadir un diez, un quince por ciento o más si eres espléndido (por arriba no hay un límite fijado), consiste en valorar velozmente bajo presión como te han tratado, si han sido rápidos o lentos, amables o bordes, limpios o sucios, la comida estaba buena o mala y ese tipo de cuestiones, lo normal es que los camareros se desvivan por atenderte bien para ganarse una buena propina pero encontrarás de todo, como en botica.

En algunos locales —sobre todo en las cadenas de comida rápida— indican claramente en el tique que no se admiten propinas y, aunque parezca extraño, lo ves raro, ¡hay que fastidiarse (con jota)!, debe ser que tu inmersión en la cultura local está siendo efectiva.

No obstante, de manera general, cuando hay servicio de mesa resulta una obligación y se da por hecho que conoces las reglas del juego aunque te hagas el despistado con ellos, así que no intentes pasar por sueco con los camareros y si te ha gustado el servicio deja una buena propina que tampoco te vas a arruinar.

HORARIOS

Hay que asumirlo de una vez por todas: los españoles somos una excepción mundial, quizá planetaria, intergaláctica, universal, una rara avis respecto a los horarios vigentes en la mayoría de los países, si fuera un político actual añadiría «de nuestro entorno».

En esta parte del mundo la jornada comienza muy temprano; aunque fuera reine la noche, a partir de las seis se toca diana y toda la familia se prepara para el desayuno, dispuesta a empezar el día con energía.

Antes de partir cada uno hacia su destino laboral o colegial, se prepara la intendencia necesaria para sobrellevar la diaria ausencia domiciliaria, guardando cada alimento en un recipiente adecuado dentro de la mochila.

Al mediodía se hace un alto mínimo para tomar algo, incluso ven normal comer sobre la marcha en el coche; no dan la misma importancia al acto de la comida que nosotros y por tanto se le dedica el menor tiempo posible ya que se trata de recargar las baterías para poder seguir adelante con la actividad, nuestro conocido dicho de «el tiempo es oro» debe tener patente norteamericana.

Los que no la hayan preparado antes en casa siempre pueden optar por comprar comida lista para llevar, tienen mil sitios donde encargar el «take away».

Si hace buen tiempo salen a comer en algún parque cercano, pero los centros de trabajo están diseñados para comer en la propia empresa, sin necesidad de salir a la calle; igual que en los colegios, se retiran un poco los libros y la mesa de estudio se convierte en la de comedor.

Por supuesto no duermen la siesta —aunque dicen conocer el concepto—, por lo que intentan evitar la posterior modorra digestiva comiendo poco y bebiendo grandes vasos de un café suave al que nosotros llamamos aguachirri.

Lo beben en casa, en el coche, en el trabajo, en el cine, por la calle, en el centro comercial… es de lo más normal verlos andando de un lado para otro portando un vaso de cartón en la mano del que van sorbiendo café.

Como ya he comentado la cena es el acto familiar más importante del día y se sirve temprano, entre las seis y media y las siete es el momento elegido para degustar sin prisas deliciosos platos caseros más elaborados y compartir con los demás lo acontecido durante el día.

Se mantiene la costumbre de bendecir la mesa entrelazando las manos de los comensales mientras uno de ellos da las gracias por los alimentos que se vayan a comer; incluso los más pequeños se atreven a hacerlo, es la única forma de que aprendan la tradición.

Al cenar tan temprano sobra tiempo para salir después de compras, darse una vuelta, ir al cine, leer, ver la tele o iniciar animada tertulia antes de irse a la cama, ya sea king, queen o la que tengas.

A una hora prudencial, no más tarde de las once porque eso ya sería trasnochar, se toca silencio para el mundo adulto, porque con suerte los niños llevarán durmiendo una hora como mínimo.

Todos a soñar con los angelitos o a contar ovejitas en caso de insomnio porque mañana hay que madrugar.

A CONDUCIR SE HA DICHO

Las cosas claras, si no tienes coche el problema es serio porque lo vas a necesitar para todo; salvo para ir al baño o salir a correr por el barrio, no se me ocurre otra actividad que no comience arrancando un motor.

La mayoría de los coches son de cambio automático, por lo que no tienen pedal de embrague; la palanca de cambio tiene cuatro posiciones, de modo que, para conducir, al conductor medio le vale con una pierna (la derecha) y un brazo (el izquierdo).

La pierna sobrante (la izquierda) es como si no existiera, la dejas quieta a un lado o la sacas por la ventanilla para que no moleste, pero cuanto antes te olvides de ella mejor para todos, al principio cuesta pero al tercer frenazo involuntario aprende uno la lección; el brazo sobrante (el derecho) lo necesitarás para atender tareas auxiliares imprescindibles como sintonizar la radio, depilarte las cejas, rascarte el cogote, sacarte un moquillo en el semáforo, beber café, hablar por teléfono...

Porque nada de eso está prohibido (o estaba porque van actualizando las normas) hacerlo mientras se conduce, es algo que a nosotros nos puede extrañar mucho mientras que ellos lo ven de lo más normal y lógicamente se sorprenden cuando les cuentas que en España te soplan doscientos euros y te cuesta tres puntos de carné si te cazan hablando por teléfono o consultando mensajes, por poner un par de ejemplos.

Una vez puesto el vehículo en marcha, todo consiste en respetar escrupulosamente las normas y señales que te en-

cuentres, porque si en cualquier momento te las saltas puede aparecer de la nada el coche del sheriff con sus luces destellantes y llevarte el disgusto del viaje.

En general, la velocidad permitida es más baja que en España, sin embargo casi nadie cumple la limitación excepto los guiris como tú o yo, aunque al final acabaremos haciendo lo mismo que el resto y si nos pillan nos escudaremos en que el velocímetro está en millas por ver si cuela.

Llama la atención el gran tamaño de los coches, aunque van siendo más pequeños gracias a las marcas japonesas y coreanas que han inundado el mercado automovilístico local; el tamaño de los camiones ni te cuento, parece que no vayan a caber en el carril y piensas «madre mía, como uno de estos se despiste…».

Si en carretera les haces la señal convenida, como si tirases con la mano de una palanca hacia abajo, responderán tocando el claxon, bocinazo ensordecedor que a Lola le encanta y al principio lo pedía continuamente hasta que la novedad perdió su gracia y dejó de hacerlo.

Otra curiosidad es la percepción de las distancias, para esta gente todo lo que esté a menos de treinta millas está «ahí al lado», supongo que verán el coche con una dimensión proporcional al tamaño de sus casas y treinta millas les parecerán pocas.

Los cruces con cuatro o más señales de Stop son una pasada; para pasar utilizan el método FIFO, es decir que el primero que llega al cruce es el primero en salir; todos conocen y respetan su turno, más te vale no hacerte el listillo porque les sienta fatal y es peligroso.

Los viajes por carretera tienen menos complicación que el mecanismo de un chupete, son autovías con largas rectas y varios carriles, de vez en cuando les ponen una curva aquí y allá para evitar que se queden dormidos; por lo general están bien mantenidas y los paneles informativos son claros y precisos.

No te estreses, ponte cómodo, activa el control de crucero y paciencia que ya llegarás a tu destino cuando tengas que llegar, ¿qué prisa tienes para hacer turismo?

A la vuelta al terruño patrio y por comparación creerás que tu coche ha encogido durante tu ausencia y lo verás como si fuera una lata de sardinas, pero no hay que preocuparse demasiado porque es un efecto pasajero que terminará desapareciendo en pocos días.

BROWNIE, THE POLICE MAN

En la entrada al Piedmont Hospital, como un clavo todas las mañanas, dirigiendo el intenso tráfico de la calle puedes ver al bueno de Brownie embutido en su chaleco amarillo reflectante; realmente no sabemos cómo se llama, pero de tanto trabajar al aire libre luce el clásico moreno «agromán» de toda la vida; al verlo tan lustroso alguien comentó «parece un brownie» y con ese nombre se ha quedado para la posteridad.

Creemos que es un policía retirado que voluntariamente sigue ejerciendo labores cívicas en pro de la comunidad; los norteamericanos son muy dados a servir a los demás cuando se jubilan, cada uno en lo que sepa hacer y pueda; en el caso de Brownie es evidente que antes de retirarse se dedicaba a dirigir el tráfico en Atlanta porque domina a la perfección el tránsito circulatorio.

Plantado a porta gayola en mitad de la calle, sin miedo a los coches que le pasan rozando por izquierda y derecha, gesticulando sin parar a los que vienen y a los que van, con una agitación rítmica que parece afectado por el baile de San Vito; realiza una labor social que es de agradecer porque aquello podría ser el caos de no estar allí el bueno de Brownie imponiendo orden en el pesado tráfico matinal.

Le hice alguna foto pero no son buenas, tuve miedo a las posibles consecuencias si me pillaba porque las saqué medio escondido y con zoom desde una distancia considerable, me dije «Santi, mucho ojo con lo que haces porque como te vea...» y es que, aunque ya esté retirado, el tipo va fuertemente armado y mosquearlo en estos tiempos no me

parecía buena idea; así que tomé posiciones en la última planta del parking descubierto del hospital y, parapetado tras un coche, ejercí de paparazzi indiscreto durante unos minutos.

Cuando llevaba tomadas cuatro o cinco fotos me dio por pensar que quizás algunas personas podrían estar observándome a mí y pensando que sería un bicho raro llamarían al 911, por lo que decidí guardar la cámara y cambiar rápidamente de profesión volviendo a ser un tierno abuelo que visita a su preciosa nieta pelirroja recién nacida en un frío día de invierno.

Desde la primera vez que fuimos al Piedmont Hospital nuestro Brownie siempre ha estado en el cruce de las calles Collier Rd NW y Anjaco Rd NW con acceso al hospital, dirigiendo el tráfico con precisión de neurocirujano.

Por la tarde nunca lo hemos visto en su puesto de dirección, puede que el tráfico disminuya el resto del día y no se considere necesaria su presencia, además serían muchas horas de plantón; una cosa es ser voluntario y otra gilip... integral.

En el último viaje ya no estaba allí, lo habían sustituido por otro policía con muy malas pulgas y no le prestamos mucha atención, espero que a Brownie le vaya bien.

TRAIN FOOD

Quería escribir aquí un largo y sesudo capítulo sobre la solidaridad y vecindad bien entendidas, que digo yo que aquí también empezarán por uno mismo, porque un día estando todavía en el hospital recuperándose del último parto, la niña me contó esta curiosa costumbre.

Como suele decirse me quedé con la copla y tomé nota mental, pensando que a nuestra vuelta a casa podría investigar con tranquilidad en qué consistía realmente esto del «tren de la comida».

Sin embargo, a la hora de la verdad, han pasado más de diez meses desde entonces, plazo que incluso supera a un embarazo de primeriza y yo sigo esperando sentado en una imaginaria estación a ver si llega el tren, aunque sea con retraso, y alguien me lo explica.

Dado que no ha salido como esperaba, he decidido pasar página en este, a priori, interesante capítulo y seguir adelante con otras cosas de las que también quiero hablar.

La cosa iba de que cuando una mujer da a luz, durante las siguientes dos o tres semanas las amigas y vecinas de su círculo cercano se ponen de acuerdo para encargarse de llevar diariamente la cena para toda la familia, para que ni la recién parida ni su marido tengan que preocuparse de preparar el condumio para el resto de la prole y la interfecta pueda recuperarse mejor del parto.

Vale, podría llamar a mi hija ahora mismo por teléfono —calculando antes la hora para no despertarlos en mitad de la noche— y pedir que me lo explique pero como no lo he vivido —una vecina suya preparó algo de cena, pero sola-

mente el primer o segundo día— y la idea es contar exclusivamente aquello que yo mismo haya experimentado; por eso prefiero pasar por este capítulo de forma sigilosa y de puntillas para centrarme en el siguiente tema.

WOODS ANIMAL HOSPITAL

Está ahí al lado, como casi todo en esta ciudad, pero esta vez es cierto, calculo que a unas doce millas de distancia; coges la I-85 hasta la Jimmy Carter —aprovecho para decir que el 39º presidente de Estados Unidos, a la sazón con 95 años, es natural de Plains, Georgia—, giras a la izquierda y cuando llegues al Burger King tuerces a la derecha, sigues un poco más y verás la desviación a Norcross, el pueblo donde está el hospital para furbabis o pets (mascotas).

Si puedes aparcar en la puerta significará que has llegado temprano y no tendrás que esperar mucho cuando abran la puerta; en el porche ondea una bandera americana agujereada y marchita que si no estuvo en la batalla de Little Bighorn poco le faltará; los cristales de las ventanas no dejan pasar la luz natural desde hace decenios, así que lo mejor que puedes hacer es atreverte a entrar y aventurarte en su escasamente iluminado interior, observar detenidamente el panorama y pensar «esto es lo más parecido a la América profunda que hayas visto en tu vida».

Lo cierto es que el entorno pueblerino del hospital de animales tiene mucho encanto, bonitas casas de madera pintadas de colores vivos, todas con porche, pozo, bandera y árboles centenarios con adornos olvidados del último Halloween, sin duda un lugar bien cuidado por sus habitantes; las vías del tren, con dos pasos a nivel con barrera en apenas ciento cincuenta metros, dividen Norcross en dos.

El local huele a animales, es decir mal, hay que entenderlo porque es un hospital veterinario, y al antiséptico con el que lo deben fumigar cada noche; saludas con un gesto de

cabeza al estilo sureño a los que esperan en la sala y te sientas por allí; el aspecto desaliñado del interior responde a lo que uno espera encontrarse en un pueblo como este.

Las mascotas, perros y gatos sobre todo, pero cualquier animal valdría, se miran entre sí como diciendo «la que nos espera»; los humanos, con buenos modales, en cuanto te vean entrar responderán a tu leve saludo y enseguida te preguntarán que de dónde eres (saben que eres de fuera solo con mirarte) y qué le ocurre a tu mascota.

Tras el mostrador se encuentra el hijo del antiguo veterinario; escasa y desaliñada barba cuyos pelos más largos y rebeldes mordisquea nerviosa y continuamente, cabellera enmarañada peleada con los peines y ropa vaquera de batalla; si te lo encontrases de noche en una esquina a lo mejor saldrías huyendo, pero se trata de una buena persona cuyo descuidado aspecto exterior engaña.

Cuando habla no le entiendes un pimiento, entre su fuerte acento sureño y el tic de masticación pilosa incluso mi hija tiene serios problemas para descifrar lo que dice, lo que pasa es que ya va teniendo callo y disimula.

Una vez que identifica a la mascota en el ordenador y le cuentas los achaques que lo han llevado a la clínica, te señala los asientos libres para que te acomodes donde gustes y esperes, sin emitir inútiles señales de impaciencia, tu turno de consulta.

De repente notas como el suelo y las paredes tiemblan y se mueven, un ruido ensordecedor lo invade todo, las mascotas se acurrucan entre las piernas de sus duelos o bajo las sillas y un sentimiento de pánico te hace mirar alternativamente a unos y otros buscando una explicación lógica al fenómeno.

Con la de cosas que has visto en las películas y en el telediario sobre huracanes, tornados, pirados armados hasta los dientes y otras situaciones de peligro extremo inminente, esperas que vaya a ocurrir alguna de ellas.

Sin embargo la explicación es sencilla, se llama «en breve va a pasar un tren de mercancías» y su efecto es lo más parecido al mejor sensurround que puedas experimentar en la vida real sin tener que ir al cine ni morir en el intento.

Los trenes de Amtrak son enormes, auténticos mastodontes ferroviarios, arrastran muchos vagones cargados hasta los topes y la máquina tractora es sencillamente descomunal, impresiona de cerca, a veces he salido al porche a verlos pasar y la vibración estremece al más pintado.

Tarda un buen rato en cruzar el pueblo pero finalmente se aleja, vuelven a subir las barreras y Norcros recupera la calma habitual, sabiendo que pasados unos minutos todo volverá a ser como antes porque pasan muchos trenes cada día; por fin te atiende el veterinario que se centrará exclusivamente en el animal y observará los síntomas para indicarte un posible remedio.

Pasado el trámite exploratorio vuelves a la sala de espera, pagas la cuenta —precios baratos comparados con Atlanta, por eso venimos hasta aquí— y sales a la calle buscando ansiosamente un pub en el que poder tomarte una cerveza que apague la sed, han sido muchas emociones seguidas.

Aprovecho el momento para recordar al gato Cósmico, a quién no tuvimos otro remedio que llevar al Woods Animal Hospital para que lo ayudasen en su tránsito final al otro mundo tras agotar sus siete vidas terrenales, ya no podía más el pobrecillo.

Nos conocimos hace muchos años, cuando él era un gatito joven, lindo y revoltoso que me mordisqueaba el dedo gordo del pie a través de la ropa de cama (al principio dormíamos en una hinchable y una noche llegó a pincharla), pero acabamos llevándonos muy bien y nos teníamos cariño mutuo,

También quisiera reconocer y agradecer el trato de los veterinarios, tanto con el gato como hacia nosotros; fueron profesionales, cariñosos y humanos, a la altura que requerían tan tristes circunstancias y es que normalmente las apariencias engañan.

NI FRÍO NI CALOR

Recuerdo un mes de enero hace un par de años en que se alcanzaron los -17º C; la conversión térmica es un cálculo que practicarás continuamente: restas 32, multiplicas por 5/9 y... *Oh my God!* acabas de convertir los grados Fahrenheit a Celsius con precisión de dos decimales, pero abrígate antes porque si tardas mucho en realizar la ocnversión te puedes quedar pajarito.

Siempre decimos que esta gente no siente el frío como lo siente el resto de la humanidad; les da exactamente igual la época del año que sea, con una gorra, camiseta de algodón de manga corta, pantalones cortos y unas chanclas ya están listos para salir a hacer los recados del día.

Creo que su resistencia frigorífica pueda deberse a la utilización intensiva del aire acondicionado, tanto en casa como en el coche, tiendas, colegio, iglesia, cine... viven la vida a una temperatura constante (a ser posible muy fría) por lo que la gente ha terminado por perder el debido respeto a las variaciones térmicas de la naturaleza.

Aquel día de enero que contaba al principio me dijo Lola «anda, saca un poco al niño al jardín que hace muy buen día», «Lola, no fastidies que fuera hace un frío de pelotas», «anda ya, exagerado, es que no ves el solecito tan rico que hace...», total que abrigué al niño y salimos juntos al jardín para intentar jugar a la pelota.

Me pareció extraño que jugando yo de portero y el niño de delantero se quedase inmóvil con los brazos en cruz sin poder bajarlos, yo mismo empezaba a notar los ojos vidriosos; antes de perder sensaciones en las manos y por abre-

viar, consulté la temperatura en el móvil y apareció una cifra que, literalmente, me dejó helado: 1,4º F

De primeras por costumbre pensé en Celsius, «pues tampoco es para tanto», quizá me empezase a faltar oxigenación en el cerebro; en un último y titánico esfuerzo mental antes de la congelación neuronal, acerté a restar 32 y multiplicar por 5/9 para descubrir horrorizado que estábamos a punto de experimentar en propia carne una criogenización por la vía rápida:

-17,22º C, *Oh my God!*

Rápidamente volvimos a entrar en la casa, sus cálidos 21º C, o 69,8º F al cambio, nos parecieron más confortables que nunca, los casi 38º de diferencia con tan solo cruzar el umbral de la puerta nos devolvieron a la vida.

Así que, con tanto aire acondicionado por todas partes, la ropa no es motivo de preocupación para ninguna actividad que tengas previsto realizar; entras en el coche desde la cocina, conduces ahí al lado, sales del coche, entras dónde sea, compras algo, vuelves al coche y conduces a casa, todo sin respirar el aire exterior y manteniendo estables las constantes vitales; así una y otra vez, al final no habrás caminado por la calle ni cincuenta metros en total porque aparcar al lado de dónde vayas no es un problema.

Todo lo anterior no cuenta si la actividad fuera al aire libre (una excursión, visitar el zoo, hacer deporte…) porque en plena naturaleza todavía no han instalado aparatos de aire acondicionado ni creo que se les pase por la cabeza, bueno esto último no lo puedo asegurar porque lo mismo ya lo han hecho en alguna parte, seguro que a alguien ya se le ha ocurrido cómo hacerlo y lo estará patentando.

En estos casos recomiendo llevar ropa adecuada a la temperatura exterior y dejar los experimentos térmicos para otro momento porque los cambios son extremos.

Hay lugares que parecen templos consagrados al hielo, por ejemplo el DeKalb Farmers Market, en el que incluso los naturales más bizarros del país procuran llevar aunque sea una rebequita por encima porque es una auténtica barbaridad como ponen el aire, hasta sale vaho al hablar.

Incluso en dicho recinto glacial hemos visto a gente con gorra, camiseta, pantalón corto y chanclas, que allí llaman *flip flap* por esa manía que tienen de cambiar los nombres de las cosas, pero son las chancletas de toda la vida. Los vemos y nos miramos como diciendo «pero esta gente… ¿es que nunca tienen frío?», aunque lo decimos en susurro por no entrometernos en su helada intimidad.

Así que los pobres norteamericanos, al menos los nuestros, cuando vienen a España de vacaciones, que suele ser en pleno verano y con ausencia de aparatos acondicionadores, las pasan canutas y de no tener nunca frío pasan a un acaloramiento permanente que les baja las defensas.

Cuando vienen en invierno no tienen tanto problema, nos cuesta un mundo que se pongan el abrigo hasta que se dan cuenta por sí mismos, por estar más tiempo paseando por la calle, de que la naturaleza todavía existe, como Teruel.

Los veranos nos daba tanta pena verlos derretirse que finalmente decidimos instalar en casa un aparato de aire acondicionado para evitarles en lo posible tal tormento; cuando estanos solos casi no lo ponemos porque somos más de ventilador y porque tenerlo encendido a todas horas nos saldría por un pico.

DISRITMIA CIRCADIANA

Viajar al extranjero es lo que tiene, sobre todo si al llegar al extranjero resulta que has cambiado de huso horario, en el caso de Atlanta —por centrarnos en un punto concreto porque el extranjero nos rodea, está por todas partes— la diferencia horaria, dependiendo de la época del año, oscilará entre cinco y seis horas.

A pesar de nuestra acreditada experiencia en el cambio de husos horarios, como le pasa a cualquier hijo de vecino que viaje más allá de nuestras fronteras, tardamos varios días en acoplar nuestros biorritmos a la situación.

Personalmente hablando cada vez me dura más la disritmia; me dice Lola «no puede ser Santi, tiene que ser por otra cosa» y yo le respondo «vamos a ver, si a las ocho de la tarde estoy que me duermo de pie, si me despierto a las tres de la madrugada y no pego ojo hasta las seis... ¿cómo llamarías tú a eso?».

Entrando en detalles, los primeros días no hay forma de darle esquinazo, a medida que caiga la tarde se te cerraran las pestañas, te dices «aguanta, aguanta, que ya pasará...» y a veces incluso te llevas sobresaltos por quedarte dormido de golpe en cualquier parte.

A duras penas conseguirás gestionar el sueño que te invade, la única defensa posible es hacer algo que no requiera demasiada precisión; en ese estado catatónico no te pongas a conducir porque serías un peligro público y casi prohibido ver la tele, no entiendes lo que dicen y el soniquete ininteligible de fondo es tan adormecedor como un telediario de los nuestros, puede dejarte fuera de juego y

roncando a pierna suelta en el sofá en menos de cinco segundos.

A punto de darte un cabezazo en las rodillas rompiéndote de paso las vértebras cervicales, abres un ojo y comentas a los presentes «lo siento, no puedo más, tengo que irme a la cama *king size*» y sin esperar respuesta te diriges hecho un zombi (por mimetismo social, ya que The Walking Dead se rodó en Atlanta) a la habitación y con suerte no acabarás dormido tirado en el pasillo. Una vez en el sobre entrarás al instante en un profundo colapso cerebral, perdiendo toda noción del tiempo y del espacio.

Dura poco la narcolepsia, entre las dos y las tres de la madrugada abrirás de par en par los ojos, intentarás situarte y recordar quién eres y dónde estás, consultarás la hora en el reloj del móvil, observarás la negrura de la noche por la ventana, escucharás el sonido del silencio sepulcral (el silencio es un ruido que no solo Albert Rivera puede escuchar) que impera en la casa y caerás en la cuenta de lo que te pasa... *Oh my God!*

Te pongas como te pongas, el resto de la noche vas a pasarla en vela intentando no despertar al resto de durmientes de la familia; por hacer algo útil irás al baño a aliviar la vejiga, te mirarás de soslayo en el espejo sin reconocerte en esa cara de sueño que te está mirando, mirarás de nuevo el reloj «joder, las tres y cinco» y volverás a oscuras a la cama sin hacer ruido, procurando no atravesar las paredes a cabezazos.

Al cabo de unos días, en mi caso al cabo de dos o tres semanas porque se ve que me afecta por encima de la media, poco a poco irás recuperando la consciencia perdida, empezarás a acostarte un poco más tarde para ver si así consi-

gues dormir algo más y mejor hasta que de repente, una de las últimas noches, descubres que ya has normalizado la situación y vuelves a ser la misma persona despierta (de mente) que eras antes de venir aunque estés agotado por el esfuerzo.

Ese momento de máxima felicidad y descanso nocturno también durará bastante poco, porque tu estancia ha tocado a su fin, debes empezar a preparar las maletas para el viaje de regreso y prepararte para lo que está por llegar, porque ya en España una nueva disritmia (tan molesta como la anterior) se apoderará por completo de ti y durante varios días volverás a parecer un zombi, aunque al menos entenderás lo que digan por la tele.

Nos ha salido persistente el desfase horario.

NICE TO MEET YOU!

Nuestra forma habitual de saludar al prójimo dándole la mano no será un problema siempre que respetes escrupulosamente su espacio vital, un área invisible pero activa de seguridad que envuelve como un manto protector a cada persona, dentro de la cual tienen reservado el derecho de admisión y que no es conveniente cruzar sin antes pedirles permiso.

Menos en España, dónde casi cualquier cosa está permitida a la hora del saludo, en EE. UU., Japón y otras partes del mundo conocido, son más restrictivas.

El formalismo de darse la mano es una práctica social extendida sobre todo en encuentros de negocio, mercantiles o en situaciones dónde no se tenga confianza suficiente; en otros casos, como saludar a parientes, amigos o conocidos que te acaban de presentar, el saludo se resuelve con un tipo de abrazo que yo llamo del «oso grizzli».

Se acercan los contendientes enseñando la dentadura a modo de sonrisa y, con los brazos en alto, mientras apoyan una mano en el hombro del contrario, con la otra se aporrean con fuerza la espalda mutuamente durante unos interminables segundos, es importante que suenen mucho y a veces duele.

Con las mujeres ocurre algo parecido pero sin necesidad de practicar la lucha canaria, durante el saludo ella se arqueará hacia delante echando el culo para atrás, conteniendo la respiración y metiendo tripa, intentando esquivar el inevitable roce de los cuerpos.

Por supuesto, nada de dar besos (y menos de los sonoros) ni salirse del protocolo descrito salvo que la confianza lo permita, situación que no ocurre a menudo, siendo altamente infrecuente incluso entre familiares como mínimo hasta tercer grado de consanguinidad.

A nosotros nos ha costado aprenderlo, pero con práctica llega uno a dominar la técnica; mientras aporreas al contrario, mascullas en voz alta el consabido «Nice to meet you!» y, en caso de conoceros de antes, añades «... again!» arrastrando sonoramente la ene final tras hacer una pequeña pausa dramática (de ahí los puntos suspensivos), es algo que les hace mucha gracia.

Una forma más leve de saludo se utiliza cuando te cruzas con desconocidos por la calle —salvo en densas zonas urbanas, encontrarte a alguien por la calle es casi una casualidad—, en esos casos basta con una leve inclinación de cabeza, pero ojo, siempre de arriba hacia abajo como asintiendo y no al revés como hacemos nosotros; si lo haces así quizá lo interpreten como una provocación del tipo «¿qué pasa contigo, tío?», se puede liar porque esta gente por las buenas son muy buenos, pero por las malas...

La amistosa y cívica costumbre de saludarse con gestos entre desconocidos afortunadamente sigue viva entre la población en general, me recuerda a aquellos lejanos tiempos en que los vecinos nos dábamos los buenos días al encontrarnos en el portal aunque por dentro echásemos pestes los unos de los otros.

TRANSPORTE

El transporte público urbano está en manos de Marta (no la del marcapasos de los Hombres G sino la Metropolitan Atlanta Rapid Transit Authority), pero la verdad es que lo hemos utilizado en contadas ocasiones, normalmente nos movemos en coche particular.

Una parte importante de sus vidas, se dice que hasta un tercio de promedio, la van a pasar metidos en un coche; no es de extrañar por su individualismo, las largas distancias a recorrer, para no perder tiempo y porque viajar en coche forma parte de su ADN ancestral.

Con dieciséis años ya pueden empezar a conducir, incluso antes si lo hacen acompañados por un adulto; la acción combinada del precio de la gasolina (bajo por comparación), un activo mercado de segunda mano y la constante incorporación de miles de nuevos conductores al tráfico urbano, hacen posible que conduzcan legalmente mucho antes que en ninguna otra parte.

Hasta ahora la gasolina no era un problema y como el medio ambiente tampoco les quitaba el sueño, usaban coches grandes que consumían una enormidad; con la llegada de la crisis económica, los coches orientales, más pequeños y de consumo moderado, les permite seguir manteniendo su tradicional modo de vida sobre cuatro ruedas como si el problema no fuera con ellos.

A pesar de lo cual, una parte importante de la población sigue conduciendo coches grandes o muy grandes que deben consumir muchísimo; en parte se entiende porque ya que van a moverse en coche privado el resto de sus vidas,

al menos que no tengan la sensación de ir como sardinas en lata.

Como desde niños están acostumbrados a moverse en coche, el transporte público no les hace mucho tilín. Sin embargo, cuando vienen a Madrid a todos les encanta viajar en Metro y autobús, y es que en cuanto a transporte público de calidad hay que reconocer que somos toda una potencia mundial.

LA TELEVISIÓN

La televisión es otra de las inequívocas señas de identidad nacionales, no hace falta viajar hasta aquí para saberlo.

A cualquier hora hay televisores encendidos en todas partes, bares, tiendas, hospitales, estaciones, aeropuertos... y por supuesto en las casas, el sonido de fondo de una televisión te acompañará donde quiera que vayas.

Algunos pubs están especializados en deporte, llegamos a uno y el encargado de la recepción en lugar de qué queríamos tomar, nos preguntó qué deporte queríamos ver ¿fútbol, baloncesto, beisbol, tenis, golf, soccer...?, en función de la respuesta te asignará mesa en una zona u otra del local. Así cada cliente puede concentrarse en su deporte favorito sin soportar interferencias sonoras de otros deportes.

En la barra prácticamente había una pantalla per cápita, en nuestro caso habíamos ido para ver la final de la Champion League entre el equipo que es más que un club[1] y otro cualquiera, pero podías atender varios partidos a la vez simplemente girando un poco el cuello para apuntar los ojos a tu pantalla preferida.

En el hospital tienen televisores incluso en las zonas de espera, bastante cómodas, por cierto, y hay libertad para cambiar el canal siempre que haya acuerdo previo con los demás televidentes y no se suba mucho el volumen.

En casa, gracias a la televisión digital de pago, apostaba por ver series de moda con subtítulos en español, porque

[1] *Oh my God!,* otra vez ellos.

sin ellos me acabaría explotando la cabeza. Afortunadamente no son de ver mucho la televisión, total para lo que hay que ver.

Creo innecesario insistir sobre la cosa catódica porque en nuestro país hemos alcanzado la misma afición desmedida por este electrodoméstico y en cuanto a gustos ya no existen diferencias visibles entre ellos y nosotros.

GO, GO, GO...!

No, no voy a hablar de las go-go girls.

Desde pequeños se les enseña a aprovechar el tiempo a tope, estar media hora seguida instalados en el «dolce far niente» es un placer de la vida moderna que no todos entienden ni practican y, aunque unos pocos privilegiados a veces lo hagan, seguro que será con remordimiento.

El tiempo es oro, si no recuerdo mal la frase original proviene del mundo anglosajón y dice «Time is gold!», perder el tiempo mirándote el ombligo equivale a perder dinero y oportunidades de ganarlo, algo impensable.

Solo así se entiende que puedan conducir mientras zampan una porción de pizza pepperoni y a la vez van hablando por el móvil, no hay tiempo que perder; precisamente las horas que pasan en coche son una excelente ocasión para ir haciendo cosas de provecho de camino a tu destino, cosas que de otra manera no podrían atender por falta de tiempo, como por ejemplo parar un momento para comer.

Cada día se levantan con un sinnúmero de propósitos en la cabeza y hacen todo lo posible por lograrlo. De camino al supermercado, ¿por qué no aprovechar el viaje pasando por la tintorería y luego visitar un Nail's Center para hacerte los pies?, al acabar la compra del súper y como pilla de camino puedes llevar las cosas que ya no quieras al Goodwill y de remate pasar por la peluquería qué menudas greñas me llevas darling, *Oh my God!*

A las múltiples actividades cotidianas le tienes que añadir otras menudencias devoradoras de tiempo como ir a trabajar, llevar los niños al colegio, a la extraescolar, salir de

excursión, a un museo, al parque... una vida diaria llena de actividades gobernadas a golpe de go, go, go!, todas consumiendo un tiempo precioso que no se puede perder.

El mantra del Go, go, go! semeja un moderno tambor al estilo de aquellos con que el cómitre marcaba el ritmo de remo a los galeotes, pero sin necesidad de usar contra ellos un látigo de siete colas.

Cuando hablamos por teléfono con nuestra hija, en lugar de preguntarnos qué cosa hemos hecho hoy, nos pregunta cuantas cosas hemos hecho hoy; cuando le respondemos que somos de hacer una sola cosa al día le entra la risa.

LOS BICHOS

Ojito con los bichos, lo que en cualquier parte de España —o lo que finalmente quede de ella tras el enésimo desafío independentista— sería considerado como un bicho, aquí el término puede llevar a engaño porque adquiere una dimensión desconocida.

No voy a hablar de los caimanes, aligators como ellos dicen, que los hay enormes en muchos sitios y si pudieran te darían un mordisquito como si fueses un snack, sino de bichos quizá más pequeños, cotidianos y aparentemente inofensivos, pero... ¡no veas!

No te fíes, por ejemplo, de las avispas. Son grandes, tienen mala leche y poco aguante, las llaman yellows jackets (por su aspecto externo) y cuanto más lejos estés de ellas, mejor.

Un día, merced al go, go, go!, se me encargó limpiar las acículas amontonadas en la base de un pino enorme —no solo son grandes los bichos, los árboles también se las traen—; me puse confiadamente a la faena cuando, sin mediar palabra, apareció una yellow de esas aleteando ante mis atónitos ojos, me miró como diciendo «sé dónde vives» y se lanzó como una flecha contra la mano que inadvertidamente destruía su nido, arreándome un picotazo que ni con una Black & Decker me hubiera dolido más.

La mano empezó a hincharse aumentando hasta duplicar, qué digo duplicar, triplicar, su tamaño original; mientras se avisaba a un exterminador para eliminar el nido con armas de destrucción masiva si fuese necesario, mi consuegro, que es médico, me dijo que había tenido mucha suerte

(ellos siempre ven oportunidades dónde los demás solo vemos desgracias), «deberías estar contento, si llegan a picarte tres o cuatro más tendrías que haber salido pitando a urgencias del Piedmont Hospital…», *Oh my God!, I have no words!* (lo pongo todo seguido y al revés de lo habitual porque me entran escalofríos solo de recordarlo).

Unos días antes de la dolorosa picadura estaba mirando el backyard por la window —perdón por los anglicismos, pero uno acaba siendo abducido por ellos— cuando me pareció ver un tanque acorazado a escala reducida arrastrándose por el límite trasero del acre.

He dicho tanque por no saber de zoología y porque a primera vista me pareció un tanquesaurius pero se trataba de un armadillo que, vivito y coleando, cruzaba a paso tortuga la propiedad como si fuera suya.

Llamé al resto de habitantes de la casa para que lo viesen con sus propios ojos, lo que para mí era una visión del pleistoceno a ellos ni los inmutó «ah, sí, es un armadillo» dijeron, y siguieron cada uno a lo suyo como si tal cosa.

¿Y qué decir de los opossum?, estaba preparándome para salir a correr por el barrio cuando me sueltan «ten cuidado con los opossum, si te cruzas con uno probablemente se hará el muerto, pero no te acerques mucho porque te podría atacar».

Para no asustarme demasiado —a veces ya no pregunto, total como nada los sorprende—, me dije «esto va a tener algo que ver con los muertos vivientes, la famosa película de zombis que se rodó cerca de aquí y han debido quedar algunos sueltos sin rematar», pero el tal possum resulta que es un bicho que vive en este mundo desde el Cretácico

Superior y se los considera fósiles vivientes, si digo que para nosotros son zarigüeyas quizá quede más claro.

No obstante, ese día no paré a saludar a nadie mientras corría, todo el mundo me parecía sospechoso, con cara de «walking dead» o de bicho raro.

Otros animales problemáticos pueden ser los perros, para que no se escapen del acre les ponen un collar que suelta pequeñas descargas eléctricas si intentan salir del límite perimetral del jardín, parece que el invento funciona pero nunca se sabe. Si medan a elegir, prefiero un muro.

Una mañana iba corriendo por el barrio cuando me salieron al paso dos perracos feísimos con ganas de pelea; aterrado por la visión canina dudé entre hacerme el muerto a lo opossum o empezar a rezar, cuando de repente se pararon a poca distancia de mí echando espumarajos por las fauces y con los ojos saltones.

Puede que sí, que ese día yo tuviera suerte porque los dos llevaban esos collares pero, por si las moscas, crucé veloz la calle y desde el otro lado me quedé mirándolos con el corazón a punto de salirse por la boca, sin entender que los detenía en su ataque, ¡era una presa tan fácil!

No quiero ni pensar lo que podría ocurrir si por una de aquellas se fuese la electricidad en un momento tan inoportuno como ese.

Oh my God!

ESTA NOCHE HAY UNA...

Va a celebrarse una fiesta en casa por lo que sea, da igual que sea un cumpleaños, aniversario, bautizo, la final de la Super Bowl (este año resultó muy interesante porque jugaba el equipo local Atlanta Falcons contra los New England Patriots con el incombustible Tom Brady al mando de las operaciones, perdimos por los pelos)... y empiezas a escuchar el redoble del go, go, go!

A ellos les gusta mucho decir «fiesta» —otra palabra española internacional junto con siesta, olé, torero, paella, tapas, etc., dicho sea como homenaje a la contribución de nuestra maravillosa lengua al mundo moderno—, quizá para arroparte y demostrar interés por nuestras cosas; mientras que nosotros, para compensar por las mismas o similares razones y por parecer algo más integrados en su mundo, preferimos decir «party».

Naturalmente, para unos y otros party y fiesta significan lo mismo, «Reunión de gente para celebrar algo o divertirse. *Voy a organizar una fiesta/party en casa*», pero nos diferencia sobremanera la forma de organizarlas.

Desde el anuncio del evento hasta dos segundos antes de empezar, la frase que más vas a escuchar a tu alrededor es «go, go, go!» que a fuerza de oírlo se convierte en un estresante mantra repetido a todas horas, o sea que nada de tomarse el party en plan de fiesta.

A la hora prevista, ni un segundo antes ni uno después, comienzan a aparecer los invitados ataviados con sus mejores galas (en ocasiones disfrazados, que eso les gusta mucho), es decir cada uno como le apetezca, luciendo amplia

sonrisa profidén y casi siempre con algo de comer y beber bajo el brazo.

En el lugar de celebración habrá dispuesta una mesa lo más larga posible con platos (de papel), cubiertos (de plástico) y mucha comida (rápida o elaborada), ordenada con un claro criterio gastronómico; ante ella se formará la consabida cola que, por increíble que puede parecernos, todos respetan y nadie se cuela.

Recoges los cubiertos que vayas a necesitar y vas amontonando en el mismo plato tu comida preferida entre la disponible, tras lo cual buscas un sitio libre donde comértela a gusto, ya sea sentado o de pie, pero siempre charlando con alguien (porque aquí hablar solo también está mal visto) o procurando integrarte en algún corrillo.

Antes habrás pasado a por bebida, también en modo autoservicio; la zona estará compuesta por un arcón frigorífico y grandes cubos llenos de hielo, en ambos casos estarán repletos de latas de refresco y cervezas como si no existiera un mañana; si el party es de cierto nivel entra dentro de lo posible que también ofrezcan vino.

Superado este primer apartado de la fiesta, bien comidos y bebidos, llega la hora dulce de los postres; el procedimiento es similar al anterior: te pones en la fila, coges un plato y cubiertos y te sirves lo que te apetezca escogiendo entre una variedad de tartas, bizcochos, dulces, fruta... al gusto.

Durante la fiesta no es normal que los invitados aprovechen para merodear libremente por la casa, solo entrarán en ella o se moverán del espacio acotado en caso de urgencia fisiológica o siguiendo indicaciones precisas de los propietarios; lo mejor si vas a ir a un party es que vayas con

los deberes hechos, al fin y al cabo sabes el horario con la debida anticipación y no duran eternamente.

A la hora acordada se cierra el cotarro y cada mochuelo vuelve a su olivo, no sin antes depositar todos los restos reciclables de la fiesta en los cubos de basura, recogerás tus cosas y te despedirás educadamente de los anfitriones, del resto no es necesario hacerlo porque todos saben que ha llegado la hora de irse y entretenerse en despedidas llevará al retraso.

A los rezagados se les conceden unos minutos de cortesía, a partir de los cuales se les recordará sin florituras el horario de finalización de los festejos; nada de indirectas como nuestro «nena, vámonos a dormir que estos señores tendrán que marcharse», no, aquí te dirán a la cara «Fiesta is over!».

Acabado el party habrá quedado todo bastante recogido y aparentemente en orden y los dueños del acre al fin podrán descansar de tanto ajetreo sin tener que lamentar el resto de sus vidas haberla organizado.

Entre que las barbacoas no se consideran sanas y que los plásticos están amenazados de desaparición de la faz de la Tierra (después de haber inundado el planeta con desechos plásticos) el futuro de estas fiestas podría entrar en franco declive... siempre que se den por aludidos y cambien sus costumbres festivas.

Algunos no creo que lo veamos.

BLUEGRASS

¿Qué sería del auténtico party sureño de categoría sin disfrutar de un show de música en directo?

Hablo del country, en este caso de bluegrass, me da igual si empezó en Kentucky o en otra parte, es música country en estado puro, los instrumentos más comunes son la voz, la guitarra, el banjo, la mandolina, el violín y el bajo.

El «engagement» (ceremonia de compromiso o petición de mano para nosotros) previo a la boda de la niña se celebró en la ciudad de Greenville (Carolina del Sur) en casa de los consuegros, y organizaron un genuino party americano en el jardín trasero para festejar la ocasión.

Desde el fondo del backyard una estupenda banda local de bluegrass amenizaba la fiesta tema tras tema, sin desmayo; nos gustó tanto que al día siguiente compramos varios CD's que todavía hoy seguimos escuchando cuando nos entra la morriña norteamericana, aunque puede que se complique desde ahora porque no tenemos reproductor.

En cierta ocasión asistimos a un concierto de bluegrass en lo que parecía ser una casa particular que disponía de un buen escenario; los asistentes nos sentamos en el amplio salón dónde pudimos, sillas, sillones, taburetes, lo que había por allí.

Aquello realmente impactaba, hubo mucha y buena música country, varios increíbles duelos de banjo, un grupo vocal femenino que lo bordaba...; de vez en cuando ibas a la habitación de al lado a por café o sweet tea porque el alcohol no estaba permitido, supongo que no tendrían per-

miso para venderlo o no querrían tener problemas con los borrachines.

Ya que estamos metidos en harina, en los estados del sur hay mucha afición a la música en general y a cantar en grupo a capella, las familias lo practican en la intimidad y en cuanto surge la ocasión se lanzan al ruedo a cantar sus mejores y más melódicos gorgoritos.

Y encima lo hacen requetebién, *Oh my God!*

ENGAGEMENT

Todavía hoy me cuesta sudores fríos pronunciar tan dificultosa palabra, pero fue una de las primeras que aprendimos cuando viajamos para asistir a la boda de la niña.

Viene a ser lo que nosotros llamamos «pedida de mano» pero en un formato más complicado; se supone que los novios ya se habían pedido entre ellos tiempo atrás cuando se prometieron amor eterno en una montaña de Virginia, pero faltaba celebrar la parte formalista que reúne a las familias implicadas.

Me pasé todo el viaje en avión escribiendo mi *toast*, brindis para entendernos, para la ocasión, me dijeron «prepara algo sencillo, no muy largo, que cuente alguna indiscreción infantil de la novia…», a mí no se me pueden pedir ciertas cosas porque se corre el riesgo de que me enrolle como las persianas.

Llegué tan contento al *engagement* —se celebraba en casa de los consuegros porque la nuestra quedaba un poco lejos del lugar—, con varios folios por ambas caras escritos en español cuando allí el 95% de los asistentes solo hablaban inglés; si alguien no venía a prestarme su amable ayuda, estaría perdido, aquello iba a ser un brindis al sol.

Ese alguien fue mi sobrina Mirian, casada con Jeremy y también residente en el país (algún día el clan Ossorno dominará el mundo), que me hizo el favor de leerlo en voz alta en su perfecto inglés; vale, lo escucharon en su lengua pero se quedaron sin mi intervención, creo sinceramente que se perdió espontaneidad y dudo que entendieran mi sentido del humor, eficaz en nuestra tierra natal pero no

en la que estábamos; los presentes tuvieron que disimular interés por lo que contaba y disimularon, al fin y al cabo yo era el padre de la novia y no era cuestión de hacerme un feo, precisamente el día en que éramos presentados oficialmente en la sociedad surcarolina.

Menos mal que Pablo Ignacio salió al quite y en su turno de *toast* se limitó a ponerse en pie para decir en voz alta con tres palabras lo que yo no había sido capaz de expresar en tres folios: «¡Vivan los novios!».

A él lo debieron entender todos a la primera porque respondieron al momento con un entonado... ¡Viva!

Aquella tarde, todo el que quiso se levantó para hacer su propio brindis, por lo que al acabarse el party algunos tuvieron que salir del jardín a cuatro patas.

A veces funciona no tener palabras.

JUST MARRIED!

Ni las bodas gitanas se celebrarán tanto como las de por aquí, porque durante la semana que antecede al casorio se suceden reuniones, comidas, cenas y fiestas.

En nuestro caso concreto una tarde nos invitó a cenar una de las abuelas del novio, las dos familias acudimos al restaurante escogido que era de comida griega y durante poco más de una hora compartimos mesa, mantel y charla variada para promover el conocimiento mutuo.

Otra tarde nos fuimos las dos familias a una pizzería para seguir estrechando lazos interculturales, en buena parte nos habíamos conocido en Madrid la Navidad anterior a la boda, pero nunca viene mal ampliar la convivencia.

En otro momento, los hombres acudimos en masa a una barbacoa de lujo en la casa de un amigo de la familia del novio, mientras que las mujeres hacían lo propio en un club de golf para comer juntas e intercambiarse regalos.

Lo mismo esta separación temporal por sexos es la versión local de nuestras despedidas de soltero, single party para ellos, pero como ya he dicho un par de veces —no las he contado, pero por ahí andarán— hay que adaptarse al entorno cuanto antes para mejorar las relaciones y darle sentido al aforismo «dónde fueres haz lo que vieres».

La cena de la boda tuvo todos los ingredientes que debe tener la cena de una boda: alegría, comida rica y abundante, buen ambiente, proyección en una pantalla gigante de fotos de los novios en distintas fases de sus vidas anteriores, besos, abrazos grizzli y también de los otros, congratulations so much, happy for all body..., menos mal que

no tocaba realizar ningún *toast* adicional pero por si acaso le dije a Pablo que no se fuera lejos y estuviera al quite.

Y bailando sin parar, primero salieron a pista los novios, luego la novia con su padre y el novio con su madre, cada suegro con su pareja, con la contraria... a esta gente les gusta el baile y saben hacerlo de nacimiento o quizá lo aprendan desde niños en la *school* porque dominan todos los estilos, se coordinan de maravilla y no tropiezan.

Para epatar al personal, Lola quiso poner a todo trapo el «Paquito chocolatero» pero como no llevamos preparado un CD y la banda de música del evento no la conocía nos quedamos con las ganas de bailarlo, en lo que sin duda hubiera sido el toque spanish de la noche.

Al acabar la cena la novia lanzó con fuerza su ramo hacia atrás como se ve en las películas y Teresa, extendiendo sus largos brazos, lo cazó al vuelo dejando con un palmo de narices al resto de expectantes solteras norteamericanas que tendrán que esperar mejor y futura ocasión.

I have no words!, por poco salimos de Málaga para meternos en Malagón, porque después lanzaron el ramo otra vez pero al elenco de solteros y lo cazó el hermano del novio, hubo sonrisitas de complicidad en ambos ejércitos.

A la hora de marcharse los novios en un haiga a su hotel, no faltaron las *bubbles* (burbujas de jabón) generadas por todos los invitados al convite, ni tampoco la ristra de latas atadas al tubo de escape.

Viendo como se alejaba el vehículo con los recién casados, antes de que se apagase el eco del ruido de las latas, algunos de los presentes derramaron lágrimas de emoción.

PATATA

En cualquier celebración que se precie, no solamente en bodas y bautizos, habrá alguien sacando fotos para la posteridad, ante lo cual la reacción inmediata del norteamericano medio es poner cara de fotografía.

El posado implica sonreír y, para unificar el gesto de todo el grupo, se pronuncia a coro la palabra mágica que lo consigue: «cheese»; mira que decir queso —además, ¿a cuál se refieren, manchego, oveja, cabrales, al de Oregón?—, no sé para qué se complicarán tanto la vida para algo tan sencillo que puede lograrse igualmente diciendo tan solo «patata».

Lo que me resultaba impactante es la disciplina coreográfica que tienen para poner cara de foto en cuestión de dos segundos, es ver una cámara a punto de disparar y dejan de masticar, de hablar y de mover cualquier músculo facial que no esté asociado al queso, «cheese!» y no se desprenden del rictus fotográfico hasta estar completamente seguros de que el cámara ha desaparecido de la escena.

Como a mí me cuesta tanto sonreír, porque no puedo evitar cerrar los ojos, he salido en todas las fotos con cara de suegro estreñido; si tengo que posar me da lo mismo decir patata que *cheese* o lo que toque, porque voy a salir desfavorecido con total seguridad.

Eso es algo que no le pasará jamás al norteamericano medio, por feo que sea siempre lucirá una amplia risa quesera en las fotos. Para mí que en la *Elementary School,* aparte de practicar bailes de salón, los enseñan a posar.

A causa de la boda y los fastos que la rodean, tengo muchas de pruebas de lo que digo; recientemente he visto una

foto espectacular en la que aparece la niña con otras diez o doce mujeres reunidas en una sala, en la que el fotógrafo se situó a espaldas de la mayoría de ellas y disparó sin previo aviso, oye pues ni así, todas salieron mirando hacia la cámara luciendo dentadura y ojos brillantes, con el mejor de sus perfiles, ¿cómo porras lo consiguen?

Para mí es un misterio.

HIPPOHOPP

Hablando de fiestas, los niños también tienen derecho a celebrar las suyas y para ellos —y sus padres y abuelos— pocos sitios mejor que hacerlo en HippoHopp, que no es otra cosa que un parque infantil bajo techo.

La entrada no es cara y solo pagan los niños; no lo indican en ninguna parte pero deberían advertir que quien entra en el recinto lo hace asumiendo su propio riesgo y bajo su responsabilidad.

Primero hay que descalzarse y dejar el calzado en un casillero que hay junto a la entrada, inmediatamente los niños salen de estampida en todas las direcciones hacia cualquiera de los múltiples castillos hinchables puestos a su disposición, desde ese momento te volverás medio loco intentando seguirlos con la vista para tenerlos bajo control, pero desaparecen en las atracciones y no hay manera.

Para sosegarme del susto inicial me siento en alguna silla de plástico de las que hay distribuidas por el local para los adultos acompañantes e intento leer en el *kindle* mientras rezo por dentro a *Oh my God!* para que sean ellos los que me tengan localizado a mí y no les pase nada.

Los primeros años dejaban utilizar las atracciones a los mayores pero, afortunadamente, ya no dejan y tengo la excusa perfecta para negarme sin necesidad de mentir; menos mal, porque tengo dolorosos recuerdos de la experiencia, es que ni siquiera de niño me gustaron estos instrumentos de tortura infantil.

A la hora de tomar el tentempié de media mañana, si no comen algo cuando les entra hambre se vuelven tan agresi-

vos como gremlins en contacto con agua, tardo unos minutos en juntarlos, pero al final siempre lo consigo porque el hambre les aprieta y vienen a reclamar ayuda; en la barra del local se piden un zumo, cualquier cosa que sea comestible (la verdad es que prefieren fruta, pero no le hacen ascos a un sándwich, un trozo de pizza o una bolsa de snacks) y al terminar salen pitando para seguir jugando, son inagotables.

Por fin, al cabo de varias horas y a punto de dimitir como abuelo entregado a la causa, vuelvo a juntarlos y en el corto camino de vuelta a casa se quedan todos profundamente dormidos en el coche, tampoco me extraña porque no han parado de saltar y correr ni in segundo.

En esos pocos instantes de calma suprema antes de llegar a casa, disfruto viéndolos tranquilos y a salvo después de la batalla; entonces pienso que... *I have no words!*

DEPORTES

A estas alturas de siglo y gracias al machaque continuo de los medios de comunicación, ya sabemos lo que significan las siglas de casi todos los deportes que triunfan en EE. UU.: MLB, NBA, NFL y tantas otras, pero me voy a centrar en estas tres para no complicarme la vida.

En una ocasión la niña me invitó a ver un partido de la NBA entre Atlanta Hawks y los Lakers, en cuyo equipo militaba en esa época el mítico Pau Gasol; el ambiente era de puro espectáculo, el Phillips Arena lleno a reventar, estábamos casi a la altura de la Luna pero la cancha se veía razonablemente bien, supongo que la gigantesca estatura de los jugadores ayudaría bastante.

Lo pasamos en grande y encima ganaron los nuestros, los Hawks, aunque quien ganase parece ser lo de menos porque se va a los partidos a disfrutar del juego, si ganan los tuyos mejor pero no por eso es más divertido. Y por primera vez iba a ver en acción y en directo a Pau Gasol.

El partido de la MLB fue en el Turner Field, el antiguo campo de los Atlanta Braves que actualmente juegan en otro más moderno, el Sun Trust Park; así que tuve la suerte de ver un partido de béisbol de primera categoría en un estadio histórico, hoy desaparecido.

El otro equipo eran los Cardinals de Saint Louis, y el resultado igualmente era lo de menos; vino con nosotros William, todavía muy pequeño, el pobre en la tercera entrada —los partidos son eternos— nos pidió volver a casa, pero antes de irnos tuvimos tiempo para ver un home run.

Tuve que aprender por la vía rápida las principales reglas del juego, parece fácil pero rodeado de entendidos en béisbol me sentía tan perdido como Lola con la regla del fuera de juego en fútbol o queriendo entender por qué en las eliminatorias a dos partidos los goles en campo contrario valen doble en caso de empate. Un misterio cósmico indescifrable excepto para aficionados acérrimos. Otra regla que ha pasado a mejor vida porque recientemente se ha eliminado y para ganar hay que meter un gol más que el rival.

El fútbol americano lo descubrimos en un partido de liga universitaria en el que los dos equipos se jugaban ganarla a un único y último partido; el equipo local era los Bulldogs de Athens y su eterno rival el equipo de la universidad Vanderbilt en Nashville (Tennessee), en la que estudió David y por tanto fue nuestra elección.

El estadio era grande y estaba lleno a reventar, en las inmediaciones se había levantado un auténtico vivac gigante dónde los aficionados de ambos equipos, conviviendo sin problemas, preparaban barbacoas al aire libre, bebían cerveza, comían *hot dogs*, entonaban sus cánticos, etc.

Lógicamente nosotros íbamos con los dorados Commodores de Nashville pero, aunque estábamos en franca minoría frente a los Bulldogs, lo más importante era el espectáculo, pasarlo bien y disfrutar con la que montan; perdieron los nuestros, pero no siempre se puede ganar.

Que yo sepa estos deportes tan distintos tienen al menos tres cosas en común:

1) El partido no empieza sin que se interprete solemnemente el himno nacional, saltan a la cancha los jugadores, árbitros y demás implicados, dónde ya los espera una compañía de uniformados Marines —o de otras unidades mili-

tares— en perfecta formación; el acto lo preside no una, sino montones de banderas de las barras y estrellas.

Es habitual que algún cantante lo interprete a capella y es obligatorio que todo el público se ponga en pie y lo escuche en respetuoso silencio llevándose la mano derecha al corazón; vamos, igualito que aquí.

2) La cantidad de puestos de comida rápida que hay en todos los estadios; cualquier momento es bueno para salir corriendo un momento para comprar más hamburguesas, patatas fritas, *onions rings*, pizzas, bebidas... en un movimiento constante de masas que resulta pesado a los que no estamos acostumbrados a tanto trajín durante un partido.

No verás espectadores sin sostener una bandeja o bolsas de comida y bebida en las manos, si tuvieran que aplaudir una jugada siempre podrán hacerlo con las orejas.

3) Duran una eternidad, en los numerosos tiempos muertos para cambiar estrategias, dar instrucciones a los jugadores y que se tomen un respiro, se ofrecen espectáculos adicionales incluidos en el precio: bandas de música con cientos de figurantes, *cheerleaders, kiss cams*, lo que sea para entretener al entregado público que atiende sus evoluciones mientras siguen comiendo.

Merece la pena que aproveches el viaje para asistir a alguno de estos deportes populares, no tengas prisa por marcharte, aguanta hasta el final porque puede que te lleves alguna sorpresa.

GOODWILL

Donar lo que ya no te sirve a ti pero todavía puede servir a los menos favorecidos por la fortuna, es solo una más entre las muchas buenas costumbres que tiene este país.

Goodwill es una organización sin ánimo de lucro (una ONG a la norteamericana) que gestiona el reciclaje de las cosas y de paso ayudan a personas en situación vulnerable, proporcionándoles puestos de trabajo a los que de otra forma tendrían difícil acceso.

De vez en cuando se hace una limpia del sótano, armarios, muebles, electrodomésticos, libros, juegos... si lo que se encuentra está en buen estado de uso, se mete en el maletero del coche —qué maleteros, señoras y señores, qué amplitudes— para depositarlo como una donación en el centro Goodwill más cercano.

Yo mismo he ido varias veces a llevar lo que nuestra familia de acogida ya no necesitaba; me dieron instrucciones y no eran complejas, al llegar aparcas en la zona de descarga del depósito y se acercará un trabajador de la organización con un carro de transporte.

Sacará del maletero, al principio los ayudaba pero dejé de hacerlo porque ellos prefieren hacerlo por sí mismos, todas las cosas que le indiques y las llevará al punto de entrada del almacén para su clasificación; antes de irte te entregará un impreso de papel con el registro de la entrega, pero no recuerdo para que sirve el impreso así que no puedo explicarlo. Creo que tiene algo que ver con deducciones fiscales por donaciones.

Una vez en el almacén, clasifican los artículos y los preparan para su venta posterior como artículos de segunda mano; si das la vuelta al edificio con el coche llegarás a la entrada principal de acceso comercial a la tienda, dónde puedes encontrar de todo y a buen precio, es de segunda mano pero bien conservado, *ready to use!*

Esta organización no gubernamental funciona en toda la nación, por lo que no solo en Atlanta sino también en Fort Worth hemos tenido ocasión de llevar las donaciones familiares porque el sistema es idéntico en todas partes.

No sé si en España funcionaría, en Madrid tenemos los Puntos Limpios que cumplen una función tan necesaria pero, al menos que yo sepa, no se reutilizan las cosas para venderlas de segunda mano sino que directamente se destruyen en los Centros de Reciclaje; tal vez algún día llegará la moda como han llegado tantas y tendremos nuestro propio Goodwill.

VENTA DE GARAJE

Es una de las costumbres locales que me gustan, he visto anunciadas muchas ventas de garaje, pero no he ido a ninguna y no será por falta de ganas, si viviera en EE. UU. seguro que me aficionaría a ellas.

Hasta donde sé, las ventas de garaje se producen tras la muerte de las personas mayores; cuando la venta se debe a una limpieza profunda de primavera, por una mudanza, cambio de muebles, etc. entonces sería una *yard sale*, que viene a ser lo mismo pero sin tener que morirse nadie.

A su fallecimiento, los descendientes de los finados se encuentran con una casa de dimensiones similares a las suyas y llena de objetos y recuerdos familiares; entiendo que se quedarán con lo que más cariño tengan, pero ¿qué hacer con el resto?, pues organizar una venta de garaje.

Catalogan y despliegan en el garaje, o en el *frontyard* si hace bueno, los objetos que vayan a poner a la venta, cada uno con una etiqueta que indica su precio, lo anuncian poniendo carteles en las calles cercanas y toca esperar a que vayan llegando los posibles compradores.

Es una forma de superar la pena y tristeza por la definitiva ausencia de tus seres queridos; de paso que se deshacen de objetos que ya no sirven, le sacan rendimiento económico, es eso o donarlo todo a Goodwill.

Para nuestra próxima visita tengo un objetivo concreto: asistir a uno de estos rastrillos vecinales y comprar alguna cosa que me entre por los ojos y quepa en la maleta.

TORNADOS

Intentar explicar por mi cuenta que es un tornado equivaldría a perder el tiempo, probablemente la definición de la RAE «Viento muy impetuoso y temible que, a modo de torbellino, gira en grandes círculos, cuyo diámetro crece a medida que avanza apartándose de las zonas de calma tropicales, donde suele tener origen» sea más que suficiente.

Lo que el diccionario de referencia no cuenta, porque no es su especialidad ni responsabilidad, es el miedo que por generan en la población estos violentos fenómenos de la naturaleza.

Debido a su situación geográfica llegan a Atlanta entre uno y cinco tornados durante la temporada oficial, por encontrarse en el llamado «tornado alley» o callejón de los tornados.

Con la de veces que hemos estado y en distintas épocas del año, de momento hemos tenido la buena suerte de no coincidir de frente con ninguno, aunque sí hubo algunos aterrizajes en el mismo condado y en condados cercanos estando nosotros de visita.

Cuando uno de esos vientos huracanados toca suelo se dice que el tornado ha aterrizado, eufemismo aéreo utilizado para evitar tener que decir que ha destrozado todo lo que haya pillado a su paso, el daño es enorme.

En la temporada de tornados se hace un intenso seguimiento televisivo de sus trayectorias, para que los habitantes de las zonas de posible paso se protejan; hay un código de alertas que va indicando su peligrosidad y cercanía, cuando la alerta es máxima... todo el mundo debe refu-

giarse en el sótano (recordando encender antes la luz) a esperar que escampe.

Los tornados se bautizan con el nombre de una lista establecida por las autoridades, hay una para la zona del Pacífico y otra para la del Atlántico que van alternando nombres de mujer y de hombre, aunque al principio solamente se utilizaban nombres de mujer.

Cuando un tornado es especialmente destructivo se retira el nombre de la lista y no vuelve a utilizarse, según he leído por razones de sensibilización ciudadana que para estas cosas es muy mirada y tiene memoria.

A la vuelta del viaje, en cuanto oímos alguna noticia sobre tornados o huracanes en Georgia enseguida nos ponemos en contacto con la familia para conocer por dónde sopla el viento; de momento ninguno los ha afectado de forma directa, aunque recuerdo una ocasión en que contestaron a la llamada directamente desde el vórtice (del sótano, no del huracán) donde se habían refugiado por precaución.

En Aledo no tienen sótano, por lo que recientemente tuvieron que refugiarse todos en la zona más protegida de la casa debido a la presencia de un tornado que arrasó el condado de Parker; según nos contaron, pasaron miedo porque el ruido era ensordecedor y no sabían lo que podría estar pasando en el exterior.

La fuerza de la Naturaleza es mucha en esta parte del mundo, así que si estás por allí y se acerca uno de esos monstruos… tómatelo en serio y baja corriendo al sótano (si tienes uno a mano) por el camino más corto.

LEY SECA

A veces no hay quién los entienda, o tal vez sí y el problema es que no estamos preparados para hacerlo por falta de información o porque no hay quién los entienda.

Nos situamos en Lynchburg, una pequeña localidad del condado de Moore en el estado de Tennessee que es fronterizo con el de Georgia; no me extrañaría haberlo escrito mal, con lo fácil que es decir «tenesí» y lo complicado que resulta deletrearlo.

Nos preguntábamos qué tendría esta localidad para merecer una visita turística, verdes campiñas aparte, y la respuesta estaba escondida en el centro de una frondosa arboleda: la destilería de güisqui Jack Daniel's, incluida en la ruta del güisqui americano, considerada como un lugar histórico nacional.

La visita a la fábrica era el verdadero *leit motiv* de la excursión y allá que fuimos; todo lo tienen bien organizado como es norma en los Estados Unidos, primero hacen un repaso en vídeo sobre la historia de la destilería y su fundador (un señor con largos bigotes de nombre Jasper Newton «Jack» Daniel), más tarde se visitan las instalaciones tradicionales para acabar con las modernas..., pero nosotros esperábamos con alcohólicas ganas el momento cumbre de la visita que suponíamos sería la cata gratuita del preciado líquido filtrado en carbón de arce sacarino, no tengo idea de lo que pueda ser, lo cual tiene delito porque nos lo explicaron durante la visita, aunque al ser en inglés lo mismo cuando lo hicieron ya había desconectado de mi realidad circundante.

Para nuestra sorpresa, en el pequeño condado de Moore (una curiosidad es que uno de los condados limítrofes se llame Coffee, supongo que para acompañar el güisqui después de comer) continua vigente la famosa Ley Seca, popularmente *Prohibition*, dictada en 1920 y abolida formalmente en 1933. No han debido enterarse todavía de que Eliott Ness y Al Capone forman parte del pasado.

Así que no pudimos catar sus variedades, recordaba con nostalgia cuando visité la destilería de güisqui Jameson en Cork, Irlanda, no solo nos pusimos moraos gratuitamente sino que a la salida nos regalaron a cada uno una botella de whisky de recuerdo con etiquetas personalizadas con nuestros nombres. Todavía la conservo.

Aunque cueste entenderlo, en este condado se puede beber alcohol siempre que lo hagas en tu casa, pero es ilegal venderlo… salvo en la propia destilería, en la que puedes comprar todas las botellas de whisky que quieras, incluso barriles que se envían a cualquier parte del mundo, pero nada de probarlo in situ; al menos cuando nosotros estuvimos, porque acabo de leer en su web comentarios de visitas recientes y aseguran que ahora permiten las catas.

El caso es que fuimos a comer a un restaurante en la plaza del pueblo, más típico imposible, y pedimos unas cervezas porque la prohibición nos había despertado la sed; la camarera me miró condescendiente, pensé «ahora esta señora me pedirá el DNI», y contestó, parapetándose en una sonrisa, que «verdes las han segao», así que acabamos todos bebiendo *sweet tea* gran reserva por litros, cualquiera se atrevía a desafiar las leyes del condado por muy secas que fueran.

HOTELES Y MOTELES

De viaje es obligado encontrar un lugar dónde dormir, en las ciudades hay mucho donde elegir, desde hoteles caros a los más baratos, pero si te pilla la noche en carretera o en pueblos pequeños y alejados de todo, por fuerza tendrás que alojarte en un motel.

En Estados Unidos hay varias cadenas nacionales repartidas por todo el territorio, como Super 8, Days Inn, Comfort Inn o Motel 6, los hay para todos los gustos y bolsillos, aunque en lo básico son todos iguales o parecidos y la competencia entre ellos es grande.

Los precios oscilan bastante, pero es fácil encontrar ofertas a cuarenta dólares la noche con desayuno incluido; no esperes encontrar habitaciones con lujo asiático, pero es una buena opción, muy recomendable cuando el viajero debe controlar el gasto.

Las habitaciones son grandes, por supuesto la cama será *king size*, incluso *Texas king*, en las que, a costa de sacrificar la privacidad, puede dormir cómodamente una familia de hasta cuatro miembros y perro si fuera necesario; por supuesto con zona de estar con televisión, microondas, cafetera, un armario con cortina, baldas, una plancha que tal vez no se haya utilizado nunca, y el baño.

El coche se aparca en la misma puerta de la habitación, todavía existen los palos horizontales donde se ataban los caballos en tiempos de Buffalo Bill (un señor de largos bigotes, como el tío Sam); los habrán dejado como un guiño al pasado porque no los imagino atando la *pick-ip* o la Van a un palo, a mí ni se me pasó por la cabeza.

Al lado de la puerta siempre tiene que haber una ventana, no sé si debido a exigencias legales o por ser el modelo estándar de habitación; corriendo un poco la cortina desde ella podrás asomarte para ver si el caballo sigue atado al poste o para dejar que entre la luz (y nadie más) de la calle. Digo la calle por decir algo, debería decir el espacio de terreno que haya delante del motel.

No faltará en ningún establecimiento hotelero la máquina que sirve hielo en cubitos, salvo nosotros no creo que haya un solo huésped que no las utilice, generando con cada servicio el ruido de un alud en los Apalaches; lo escucharás muchas veces aunque estés en la habitación más alejada, pero no te preocupes, te acostumbrarás.

A la hora de desayunar tampoco esperes demasiado, pero siempre habrá café y algún tipo de alimento envasado para calmar el hambre matinal hasta que encuentres un lugar donde desquitarte.

SACAR LA BASURA

Abordemos un tema complejo de gestionar en todos los países pero que en este es tremebundo; la basura que se genera diariamente en una casa estándar puede alcanzar volúmenes inimaginables para nuestra mentalidad y modo de vida; como además todo viene envuelto en cajas, plástico, bolsas... se va formando una montonera impresionante de la que hay que deshacerse para no terminar sepultados por la basura.

En el patio trasero se alinean varios cubos de colores, cada uno de estos cubos es tan grande como puedan serlo los que tenemos nosotros para toda la comunidad de vecinos.

El carrito para el papel es más pequeño, es una caja con ruedas, de plástico duro pintada de azul y una cuerda para tirar de ella cuando hay que llevarla al punto de recogida, generando muchos decibelios por el tremendo ruido que produce cuando la arrastras.

El cubo verde es para los restos orgánicos, dentro caben varias bolsas grandes —pero grandes, eh— que se van almacenando a medida que la bolsa del cubo de cocina, más pequeño, se vaya llenando, algo que puede ocurrir una o incluso más veces cada día.

Hay otros cubos para latas, vidrios, cristales y plásticos que se van llenando a medida que las bolsas de la cocina se desbordan que también suele ocurrir cada dos por tres. Si ha habido un *party* esa tarde... ni te cuento.

Los restos de podas del jardín se amontonan en grandes y resistentes bolsas de papel marrón de embalar; con las

hojas, ramas y demás restos vegetales del acre acabarás llenando un fin de semana cualquiera cinco o seis de ellas, menos mal que pesan poco y se transportan con facilidad porque las venden sin ruedas.

Cada año tienen que volver a explicarnos el protocolo para sacar la basura a la zona exterior de recogida, porque los camiones no pasan a diario; un día recogen la orgánica, otro el papel y restos de jardín, otro las reciclables, un lío hasta que consigues aprenderlo.

Además, si sacas lo que no toca es casi seguro que algún vecino pejiguero se acerque para quejarse por tu incívica acción, eso sin contar que la basura puede atraer animales, lo mejor es preparar un cuadrante y dejarlo pegado en la puerta de la nevera.

Aunque tienen ruedas, sacar los cubos no es tarea fácil, pesan bastante por la acumulación semanal de las bolsas y hay que llevarlos a rastras hasta la calle; de vez en cuando no queda más remedio que limpiarlos a fondo a base de manguerazos.

La basura es peor que un dolor de muelas, como en todas partes.

COMPRAS ON LINE

En los últimos años hemos comprobado el impresionante auge de las compras *on line*; supongo que las enormes distancias, la falta de tiempo y el temido *go, go, go!* han logrado que los norteamericanos se decanten masivamente por esta moderna forma de compra.

A cualquier hora del día aparece un vehículo de reparto por la calle, puede ser Amazon, DHL, US Postal Services, FedEx o de cualquier otra compañía; el repartidor dejará en la puerta la entrega (al proceso lo llaman *delivery* porque todo tiene su nombre técnico) y seguirá su ruta de reparto sin esperar a que salgas a la puerta.

A ellos les da igual que estés o no en la casa, dejan el pedido al lado de la puerta y se marchan cuanto antes por dónde vinieron para seguir con sus *deliveries*; si te descuidas en un día puede formarse una montaña de cajas en la puerta que te sorprendería.

Cuando vuelvas de donde sea se te quedará cara de *Oh my God!* al ver tanto paquete junto a la puerta; al principio dudábamos qué hacer, pero ahora simplemente los recogemos y los metemos dentro si no pesan demasiado.

Puede ser un pesado mueble, un cubo extra de basura, zapatillas de deporte, juegos infantiles, cortinas..., las posibilidades son muchas ya que *on line* puedes comprar lo que se te antoje y encima te lo llevan a casa.

Ya sé que en España la moda también está cuajando, pero nos sacan mucha ventaja; hay que reconocer que es un sistema muy práctico para quienes tengan vidas ajetreadas pues les permite dedicar tiempo a actividades más necesa-

rias e interesantes que dedicarlo a comprar, pero hasta que lleguemos a los niveles que estamos viendo aquí creo que todavía nos quedan años.

A nosotros, como abuelos sin fronteras que somos, nos viene de perlas el sistema; tenemos usuarios registrados para comprar en Estados Unidos, Japón y España en las principales plataformas de comercio electrónico, con ellas cubrimos el expediente para las celebraciones familiares que requieren regalarle algo a los nietos, como puedan ser Papá Noel, Reyes Magos y sobre todo los cumpleaños.

El problema ya no es regalar, que tampoco es manco porque por mucho *online* que sea la compra hay que seguir pagándola como es lógico, sino acertar con los regalos porque son muchos nietos de diferentes edades y costumbres; especialmente cuando compramos en Japón que si no ponemos los cinco sentidos acabamos equivocándonos, como el día que le regalamos a Misato una preciosa y bien surtida caja de lápices de colores, en la foto había por lo menos cien primorosos lápices, pero lo que le llegó a la pobre niña fue la caja... sin lápices, que era lo que realmente habíamos encargado al no entender bien la traducción del japonés; tuvo su madre que comprárselos de urgencia ante el llanto desconsolado de la pobre Misato que no entendía la maldad de sus abuelos.

Menos mal que ahora podemos ver la página japonesa en inglés, y la de Estados Unidos en español, poco a poco vamos ganando en confianza compradora.

BOB KEEGAN IN MEMORIAM

Bob era el alegre vecino de la casa de al lado, un personaje peculiar, abierto de carácter, libre de pensamiento, optimista radical y aficionado a la bicicleta de la que era un consumado especialista, tanto en la versión clásica de dos ruedas como en la moderna «recumbent» o reclinada que es una especie de triciclo alargado en el que vas tumbado y coge una buena velocidad a poco que pedalees.

Como vecino era bueno, la excepción que confirma la regla, y al poco de ser presentados me ofreció compartir alguna salida ciclista con él para hacer un poco de ejercicio y afianzar nuestra relación; hablaba español como yo inglés, viendo que no íbamos a tener problemas de comunicación, acepté sin pensarlo demasiado aunque yo practico un deporte que nada tiene que ver con pedalear.

Me dejó su flamante «recumbent», se la habían enviado desde Australia y costaba un riñón y la yema del otro, para que la probase y aquello me pareció más un bólido de carreras que una bicicleta; como medida de seguridad pasiva el artilugio llevaba una banderita triangular amarilla colocada a dos metros del suelo en el extremo de una antena flexible para alertar de tu presencia a los conductores porque vas pegado al suelo y apenas se te ve.

Otra tarde me prestó una de sus bicis de montaña y fuimos hasta la cercana casa de un compañero de trabajo, y sin embargo amigo, para que la adaptase a mis medidas antropométricas y le diera un repaso a la potencia, los frenos y demás componentes. En tan corto paseo fui cons-

ciente de que Bob iba como un tiro sobre la bicicleta y que me las haría pasar canutas.

Al día siguiente subimos las bicis a la caja trasera de su vieja *pick-up* y salimos en busca de un carril bici que él ya conocía; por el camino me confesó que estaba gravemente enfermo de cáncer y que a lo mejor no podría darse mucha caña y tendríamos que parar, pero a la hora de la verdad el tío pedaleaba tan fuerte que para seguir su estela tuve que esforzarme al máximo de mis posibilidades ciclistas y ni así podía aguantar su marcha.

El carril, de cuyo nombre no consigo acordarme, era una maravilla, bien diseñado y mantenido en perfecto estado, atravesaba un paisaje precioso, con zonas de sombra para los ratos de descanso, fuentes de agua potable y señalizadas las distancias en millas en ambos sentidos sobre un antiguo recorrido ferroviario abandonado en 1989.

Puedo estar equivocado pero creo que se trataba del Silver Comet Trail, llamado así por el tren de pasajeros que cubría aquella línea, que discurre de este a oeste a lo largo de 62 millas en Georgia y se adentra otras 34 en Alabama, aunque nosotros nos conformamos con hacer una pequeña parte y parar antes de dar la vuelta en el primer lago que nos salió al paso tras hacer un alto en el camino para reponer fuerzas y admirar la serena belleza del lugar.

Puede que me esté liando un poco porque recuerdo con claridad meridiana, tengo fotos con Bob, que se trataba del Panola Lake, pero consultando sobre plano veo que muy queda alejado del inicio del Silver Comet Trail, bueno ya se sabe cómo nos funciona la memoria a las personas mayores y lamentablemente ya no le puedo preguntar a Bob.

En aquellos días ciclistas me contó que había atravesado Estados Unidos en su reclinada australiana desde la costa de Oregón hasta la de Virginia Beach, un viaje de tres mil doscientas millas al que dedicó más de dos meses, algunos amigos lo acompañaron en vehículos de apoyo y compartió la mitad del recorrido con su mujer Gloria, ella en bicicleta tradicional.

Me contó Bob que llevaba años soñando con hacer ese viaje y que, en cuanto supo lo de su enfermedad y se convenció de que no tendría cura, decidió emprenderlo antes de que fuera demasiado tarde. Dejó de trabajar y dedicó toda su energía vital a darse el gusto del viaje como despedida del mundanal ruido.

De aquella gesta admirable ha quedado como recuerdo un emotivo vídeo generado a base de las fotos que vimos al año siguiente, aunque desgraciadamente no pudimos hacerlo juntos porque Bob había fallecido unos meses antes; Gloria, otro claro ejemplo de optimismo y resistencia a las dificultades de la vida, nos invitó una noche a verlo en su casa tomando un wiski en homenaje póstumo a este luchador infatigable que, hasta el último aliento, se enfrentó a su enfermedad con valentía y las ideas muy claras,

Va por ti amigo Bob, aunque solo sea en el recuerdo no te olvidaremos, esa es la razón de dedicarte este capítulo.

TRÁFICO

Los semáforos, por ejemplo, están situados al otro lado de la calle (las hay muy anchas y con muchos carriles) o en el centro de los cruces, pero siempre hay que detener el coche antes del cruce; hacerlo debajo del semáforo o no hacerlo por desconocimiento, suele acabar en colisión y aquí las colisiones acaban en accidentes serios o en comisaría si no hay daños físicos, en cuyo caso te llevarían a un hospital y si no tienes un buen seguro... que el buen *God* se apiade de ti, casi mejor que te rematen en el sitio.

Cada carril tiene su propio semáforo en exclusiva, fíjate bien en el tuyo, no lo pierdas de vista un momento y evitarás equivocaciones; salvo que se indique lo contrario siempre se puede girar a la derecha aunque el semáforo esté en rojo, solo tienes que hacer lo que aquí llaman «Yield» y nosotros «Ceda el paso»; si está intermitente también podrás girar a la izquierda haciendo «Yield» y rezando a San Cristóbal para que los que vienen de frente te vean a tiempo y no te confundan con caza mayor, demasiados videojuegos desde la adolescencia.

Para los cruces sin semáforo utilizan señales de STOP que aclaran que ALL WAY, es decir que todas las calles que allí confluyen tienen su señal de STOP correspondiente; entonces se aplica el sistema FIFO, el primero en llegar es el primero en salir, por lo que al llegar al STOP debes fijarte en todos los coches parados, memorizar tu número de orden y respetarlo, nada de dejar pasar al de la derecha por costumbre ni leches, el orden de llegada al cruce es lo único que cuenta y no hacerlo puede tener malas consecuencias, como en los cruces regulados con semáforo.

Si no quieres tener problemas, procura respetar escrupulosamente los límites de velocidad establecidos según el tipo de vía, porque detrás de cualquier sitio puede salir el coche de un sheriff allí apostado y perseguirte por la calle para imponerte una multa que no se la salta un caballo.

Lógicamente los límites están expresados en millas por lo que conviene llevarse la tabla de conversión bien aprendida antes de ponerte al volante. Estoy convencido de que los conductores locales no la saben porque circulan siempre por encima de lo permitido, por las interestatales me pasan como centellas por ambos lados pero yo me mantengo dentro de los límites debido a que mi condición de guiri me precede por doquiera que vaya y no tengo ganas de conocer al sheriff del condado.

Las velocidades suelen ir de diez en diez, millas por hora, así verás señales limitándola a 15, 25, 35, 45, 55 y 65, creo que en los tramos interurbanos de alguna autovía he visto incluso 75 millas por hora pero no lo puedo asegurar; de momento me he salvado porque intento no saltármelos, pero tengo entendido que la media de una multa por exceso de velocidad es de 150 dólares.

Las líneas continuas son meras referencias visuales para mantenerte dentro de tu carril sin convertirte en un peligro público o conductor kamikaze que sería mucho peor; en las calles puedes girar a ambos lados en el punto que quieras simplemente con hacer siempre «Yield», la señal estrella del código de circulación, pero sin preocuparte de si la raya es continua o no.

Además, en casi todos los cruces los carriles se desdoblan en tres direcciones, uno es para girar a la izquierda, otro a la derecha y el central para continuar recto, en todos está

pintado el texto ONLY y una flecha indicando el sentido correcto del giro; son muy útiles porque permiten aligerar bastante el tráfico aunque se cometan algunas equivocaciones hasta que te acostumbres a anticipar desde lejos el carril que más te conviene.

Los intermitentes... obviamente todos los vehículos traen los suyos de fábrica, pero una gran mayoría de conductores locales pasan de ellos como de la peste; en eso se parecen bastante a nuestros conductores locales, así que no te fíes ni bajes nunca la guardia, mantente alerta porque nunca sabrás para donde van a girar y de repente ¡zas!, forma parte de la emoción de conducir en esta parte del mundo.

Recuerdo que hace años alguien me dijo la definición de segundo en Madrid «es el tiempo que tarda en pitarte el coche de atrás cuando se abre el semáforo», bueno pues en Atlanta a ese gesto impaciente lo llaman nanosegundo.

El fin de semana pasado he descubierto con enorme sorpresa que en las autovías; (*highways*) también hay cruces regulados por semáforos; si en la ciudad se llevan medianamente bien, en las autovías me parece realmente peligroso, pero ellos sabrán. Esto se lo tengo que contar a Fernando por algo que nos pasó volviendo de un viaje a San Sebastián, para que vea que Maribel y yo no estábamos tan desencaminados.

MÁS REGLAS DE TRÁFICO

Por completar el tema del tráfico mencionaré dos situaciones bastante habituales en el día a día en las que hay que saber reaccionar a tiempo con decisión o te la juegas...

1) Si vas conduciendo tranquilamente, o como te parezca conveniente, y se acerca una ambulancia, coche de bomberos o de policía con las sirenas ululando y a todo trapo, antes de intentar identificar su posición tienes que orillarte a la acera y detener el coche o moverte del sitio para dejarlos pasar; todo el mundo lo cumple a rajatabla y nadie aprovecha el rebufo de estos vehículos para adelantar al resto gritando «ahí os quedáis, pringaos» mientras saca de paseo el dedo corazón por la ventanilla al son de su compact disc que reproduce urbi et orbe una atronadora canción de Camela o lo que esté de moda aquí.

No hacerlo supone un riesgo en cualquier circunstancia y no solo por las consecuencias legales y penales, sino por el peligro de movimientos inesperados; hace poco vivimos uno de estos tensos momentos llevando a los nietos al colegio, me quedé clavado en el sitio porque estaba avisado y a los pocos segundos nos pasó por la derecha un enorme camión de bomberos a toda pastilla, si llego a moverme un solo centímetro nos integra en el asfalto.

2) Los famosos coches amarillos del *Bus School*, esos que vemos en las películas, ojito con ellos porque la mayoría de los conductores son señoras mayores de color (no quiero decir de cual) con muy mal café, diría que incluso tienen bigote, a las que les importa un carajo rayarte el coche de arriba a abajo si te cruzas indebidamente en su camino, ni

la policía se atreve con ellas cuando están trabajando, deben tener algún tipo de bula.

Cuando uno de estos autobús de colegio se para dónde decida hacerlo la choferesa, para que entren y salgan los alumnos, despliegan a ambos lados por delante y detrás del mismo, cual alas de buitre leonado, sendas señales de STOP y el tráfico se detiene de golpe hasta que las vuelva a recoger y reemprenda la marcha

Tanto los que vamos detrás o a los lados como los que vengan de frente o por cualquiera de los puntos cardinales, frena y deja el coche inmóvil con la palanca de cambio en punto muerto hasta que el autobús vuelva a arrancar, sin importar si la calle tiene anchura suficiente como para que se crucen por ella dos transatlánticos al mismo tiempo.

¡Ay de quién ose hacer oídos sordos y no pare! porque se lo pueden comer con patatas.

CORN MAZE

Es un laberinto vegetal preparado siguiendo unas reglas concretas sobre un campo de maíz, en uno de los viajes tuvimos ocasión de visitar uno de estos campos, en concreto el llamado Uncle Shuck's Corn Maze and Pumpkin Patch en la localidad de Dawsonville, no demasiado lejos de Atlanta, aprovechando que estaba acercándose la época de Halloween y que todavía hacía buen tiempo, tan bueno que si no llegamos a ir temprano podríamos haber acabado quemados por el sol sin necesidad de barbacoa.

Los laberintos de maíz realmente son atracciones para los visitantes, los agricultores los crean y explotan dedicando una parte más o menos extensa de sus fincas para generar ingresos adicionales con los que sanear las cuentas de la explotación agraria.

Si buscas en internet verás que se anuncian como parque de atracciones, no es parque ni la atracción es excesiva pero, aparte de meterte en el laberinto y tratar de recorrerlo sin perderte, también se puede dar un paseo en un destartalado e incómodo carromato tirado por un tractor, disparar mazorcas de maíz contra un coche abandonado que hace de blanco con un cañón de aire comprimido, ver algunos animales de granja o una montaña de calabazas a la espera de ser comercializadas y los niños podrán divertirse con otras atracciones menores pero más de su gusto como un colchón hinchable para saltos y cosas así.

También abren durante la temporada para visitas concertadas de colegios, excursiones, celebración de cumpleaños, en fin todo aquello que ayude a llevar muchos clientes a la

plantación porque es de lo que se trata para obtener ingresos adicionales.

No me atrevería a decir si el precio es caro porque dependerá de lo que se incluya en la visita y de la capacidad económica de cada cual, la entrada costaba 25 dólares por persona y desde luego no me parece barato.

Aunque bien delimitado y señalizado, el laberinto que visitamos no se encontraba en su mejor momento, como en todo lo relacionado con el campo el maíz no es una excepción agrícola y también tiene sus fechas establecidas de esplendor vegetal, normalmente de junio a octubre; cuando nosotros visitamos el del tío Shuck estaba claro que ya había pasado su mejor momento por lo que las plantas tenían un aspecto descuidado, rotas y deshilachadas tras varios meses de servicio y cientos o miles de visitantes; aunque el producto de estos laberintos no se dedique a la alimentación humana la estética tiene su importancia pero la de este brillaba por su ausencia, a pesar de lo cual disfrutamos del paseo.

He visto que en España también han empezado a aparecer estos laberintos, iba a decir que crecen como setas pero no sería apropiado hablando de maizales; por ejemplo el de Cantabria que se llama el laberinto de la flor o el de Quijorna en Madrid, ambos enormes y con precios adaptados a nuestra economía porque en caso contrario no los visitaría ni el tato.

LAS PESTAÑAS

No pensaba decir nada sobre las pestañas porque el mundo de la cosmética femenina no entra dentro de mis atribuciones, pero ha sido tal la impresión sufrida al verlas puestas en algunos ojos que no me queda otro remedio que contarlo aunque sea de pasada porque, tarde o temprano, acabarán poniéndose de moda también por aquí como está ocurriendo con los laberintos de maíz.

Obviamente me refiero a las pestañas postizas o extensiones de pestañas que hemos podido ver en el último viaje y que no habíamos visto nunca en los anteriores; no son pestañas normales porque esas ya no nos llaman la atención y a veces uno ni se da cuenta de que existen pero es que estas pestañas son para echarlas de comer aparte.

Son de pelo de visón aunque por su tamaño exagerado bien podrían ser de bisonte que no sé si será el aumentativo de visón pero lo parece.

Cuando te encuentras con alguien que las lleva se nota a distancia, cada vez que pestañean se levantan corrientes de aire.

LOS PUNTOS CARDINALES

Hablando de puntos cardinales es otra de las cosas locales a las que hay que acostumbrarse, todas las calles llevan añadidas a su nombre la indicación Norte, Sur, Este, Oeste y combinaciones entre ellos según corresponda.

Poniéndonos exquisitos «Los puntos cardinales son los cuatro sentidos que conforman un sistema de referencia cartesiano para representar la orientación en un mapa o en la propia superficie terrestre»

Obviamente al principio no les das importancia, acostumbrados a la simplicidad de nuestras direcciones postales, por ejemplo calle de Leganitos número 26, no hacemos mucho caso de las suyas y el resultado puede que te cueste recorrer varias millas extra hasta que por fin te des cuenta de que vas en dirección contraria a la que deberías ir.

En los coches la indicación geográfica suele estar en alguna parte del cuadro de instrumentos y por supuesto en el GPS que llevan todos, una vez localizado el punto de información no lo pierdas de vista; un ojo fijo en esa letra del cuadro y el otro en las señales de tráfico para intentar atinar el sentido de la marcha.

Un problema adicional es que la información en calles y carreteras es bastante profusa y tienes que estar atento para decidir la que te convenga con tiempo suficiente; por no decir las dificultades para leer los nombres de las mismas ya que algunas se las traen, por ejemplo llegas por Briarwood Rd NE a un cruce sencillo y ves que a la izquierda te vas hacia N Druid Hills Rd NE y a la derecha también hacia N Druid Hills Rd NE y te empiezan a entrar

dudas metafísicas ¿hago caso a la primera N, a la última NE, o tiro de frente y me meto en el acre de esa casa que está en medio de mi camino?, no da tiempo a razonar así que mejor te la juegas a pares o nones y acabas antes.

Tarde o temprano, cuanto más temprano mejor para ti, acabas entendiendo esa jerga ciudadana y solo entonces empezarás a moverte por la ciudad como los antiguos navegantes por los océanos, o eso quisieras tú.

La dificultad de orientación, de pequeños nos enseñaron a los de mi generación a localizar los puntos cardinales estuvieras donde estuvieras con una tasa de acierto bastante alta, puede verse complicada por el sistema de numeración de las casas.

Es habitual ver números muy altos, una calle prototípica en Atlanta es la Peachtree Rd NE que si fuera un poco más larga acabaría llegando hasta el infinito y más allá; esta calle y otras parecidas como Briarcliff Rd NE o su continuación urbana natural Moreland Ave NE que la igualan o superan en longitud son una sucesión interminable de millas y casas que te obligará a consultar de reojo el GPS de vez en cuando porque no te puedes creer que sean tan largas.

Hace poco iba corriendo por una calle fijándome en los números, todos muy altos (a ver si van a ser números de teléfono...), y acabé llegando a la conclusión de que los de un lado eran todos pares y los del otro lado impares, mira que bien, igual que nosotros, pero lo que me llamaba la atención es que había incomprensibles saltos de numeración que no acabo de entender, parece ser que tiene que ver con las manzanas pero vamos a ver... ¿no era este el estado del melocotón?

ECHAR «GASOLINE»

De tanto utilizar el coche a todas horas se ha acabado encendiendo la luz roja y he parado en una gasolinera para repostar, no vaya a ser que me quede tirado en cualquier sitio apartado y a ver qué hago entonces.

Media hora antes, mientras esperaba con la niña en el parque infantil la hora de entrada al colegio, había consultado en internet lo imprescindible que hay que saber: un galón son 3,78 litros y como este coche tiene una capacidad de dieciséis galones me entretuve calculando mentalmente cuantos galones tendría que echar.

En la gasolinera elegida el precio por galón era de 2.99 (pagando con tarjeta) y 2,89 (en cash, Johnny); las hay más económicas (luego he visto una a 2,69) pero con la alarma encendida no he querido arriesgarme; hay varios tipos de combustible, el de este coche es «regular gasolina» (ellos dicen gásolin y yo pronunciando gasolain como un pardillo), llego al surtidor (en modo autoservicio por supuesto) y en pantalla empieza un interrogatorio «Card o Cash?», card, «Credit o Debit?», credit, «Put your ZIP code»... ein? no recuerdo el ZIP, bastante tengo con agotar mi memoria con tanto cálculo, así que pongo 28007 que es más nuestro, «ZIP error, Go to the cashier!» me ordena con un mensaje la pantalla, joer los cojones treinta y tres.

Pues sí queridos lectores, a 79 centavos el litro si no he calculado mentalmente mal, 72 céntimos de euro el litro al cambio de hoy. Hay que tener cuidado con estas cosas porque en algún viaje anterior pedí 50 dólares pensando en nuestro caro precio por litro, el empleado buscó el coche

mirando por la ventana, convencido de que yo no llevaba un camión de tres ejes, pero si quieres 50 yo te los pongo, el problema es que él entendió galones en vez de dólares a pesar de mi perfecta dicción inglesa.

Oh my God! si no lo llego a parar a tiempo se desborda la gasolina y la devuelvo a la tierra de dónde salió, menos mal que estuve atento porque el surtidor no tenía sensor de llenado o lo mismo el empleado lo anuló; una vez parado el repostaje tuvo que devolverme dinero en efectivo con gran mosqueo por su parte porque ya sabía él que no podían caber 50 galones en el coche que llevaba, es que son tan perspicaces como poco amables pero a mí plim, en estos casos pongo cara de no entender y adiós muy buenas.

En el último viaje he tenido que repostar (se usa tanto el coche que hacerlo una o dos veces por semana es normal) y de nuevo el surtidor me pide que anote el ZIP, qué manía, lo llevaba apuntado en el móvil pero que si quieres arroz Catalina, como no funciona ninguno de los que anoto no me queda otra que entrar en la oficina; el empleado está protegido tras unos cristales blindados, sonrío (le importa un rábano que ría o llore) y le suelto de carrerilla «I want to add ten gallons of regular gasolain!», a lo que él me responde Ten gallons of what…?, vale, vale, de gásolin; me responde algo que no entiendo (lo mismo me estaba recordando lo de los cincuenta galones del año anterior) y le respondo (con acierto y por casualidad) «Number five!» (pensé, a que ahora este señor me choca los cinco), pago dentro con la tarjeta (dentro no te piden el ZIP), pongo el PIN, firmo el recibo y salgo aliviado al exterior para repostar tranquilamente sin tener que hablar con máquinas ni personas, o eso era lo que pretendía.

A mi lado aparca una *pick-up* de grandes ruedas y salen de ella dos individuos de color, pantone desconocido pero muy oscuro, a todas luces sospechosos de algo y con pinta de comer blanquitos paliduchos en el aperitivo.

Me pongo en estado de alerta por si las moscas porque mi hija nos había advertido «¡Ojito en las gasolineras porque puede pasar cualquier cosa!», pongo la peor cara de malote que soy capaz (ni se inmutan, no les impresiona) y en una posición decididamente defensiva termino de llenar el depósito con un ojo mirando la pantalla y con el otro puesto en ellos, atento a todos sus movimientos por si acaso, casi acabo bizco, y en cuanto se llena el depósito me largo a escape de allí con viento fresco no vaya a ser que la cosa se complique.

Ahora toca esperar la siguiente recarga, el ordenador del coche indica que la media de consumo es de 31 millas por galón así que ocurrirá más pronto que tarde porque hago una media diaria de cuarenta y cinco entre ir y venir a colegios, hospitales, tiendas, centros comerciales y, si sobra algo de tiempo, siempre habrá un sitio al que queramos ir para hacer algo de turismo.

Como ayer, que comimos Lola y yo en un local de moda llamado True Food Kitchen y nos soplaron 50 dólares por un *coffee latte*, una *honey lemonade*, un *turkey sandwich* y una *mediterranean salad with chicken* (17 dólares ella sola), oiga usted, sale más barato darle de beber al coche que pagar la cuenta de un restaurante.

Antes de regresar a Madrid he vuelto a la gasolinera de marras, cansado de no atinar con el código ZIP entro y le pido directamente al empleado que me ponga diez galones de «regular gasolin», me contesta que le diga el importe en

dólares y que ya elegiré luego el tipo de gasolina y según el precio de la seleccionada entrarán más o menos galones; como veis cada vez es una cosa diferente, así todo es más complicado y nunca sabe uno como acertar.

Le digo que ponga treinta y cinco dólares, pago y salgo al repostaje para ver que me deparará hoy el destino; no lo he dicho antes pero en cada surtidor hay una única manguera y varios botones de colores para elegir el tipo de combustible y su octanaje, conviene no equivocarse al pulsar el botón o ya tenemos el lío montado y el coche camino del taller.

A ver entonces cómo le explico al mecánico que lo de repostar gásolin me resulta un poco lioso, aunque al final he tenido que aprenderlo como tantas otras cosas.

SISTEMA IMPERIAL VS DECIMAL

Esta gente es bastante inamovible con sus principios fundamentales y siguen utilizando el sistema imperial de pesas y medidas, por lo que determinadas rutinas cotidianas pueden requerir que tires continuamente de cálculo mental si quieres estar al loro de lo que pasa a tu alrededor.

Para el peso utilizan libras, 2,2 libras (o también *pounds*) son aproximadamente un kilo de los nuestros, los precios de los productos normalmente se refieren a una libra pero por alguna razón que desconozco asociamos una libra a un kilo por lo que si piensas que algo cuesta 10,95 dólares el kilo a la hora de pagar se convierte en el doble, sorpresas que da la vida. Para pesos menores usan la onza, una onza son 28,3495 gramos y con eso tienes que lidiar a todas horas aunque cada vez más están indicando esta información en los dos sistemas en los productos.

Como anécdota contaré que la primera vez que me pesé y vi en el *display* 198 casi me caigo al suelo del mismo sobresalto que me llevé, pues debe ser que me he puesto morao a hamburguesas y cervezas; en cuanto mi hija me recordó dónde estábamos se me pasó pero desde entonces no he vuelto a pesarme porque no gana uno para sustos.

Las distancias se miden en millas y en pies, las millas ya empiezo a controlarlas pero en cuanto empiezas a ver los pies el lío es inmediato; si estás circulando a 45 millas/hora y de repente ves que la siguiente salida está a 750 pies... la cabeza te echará humo y posiblemente acabes saliéndote del carril sin poner el intermitente, lo mismo los conductores locales están afectados por esta dificultad y

por eso no los ponen ni por casualidad, no les gusta darte pistas de lo que piensan hacer, son muy independientes.

Una milla estatutaria tiene mil seiscientos nueve metros y pico y un pie 30,48 centímetros, aunque no sea exacto y para evitar salirme por la tangente de una curva por calcular lentamente, yo divido lo que aparezca en pies por tres que es más sencillo y acabo antes.

La temperatura se mide en grados Fahrenheit, la fórmula correcta para convertir a Celsius es C = (F - 32) x 5/9, prueba a hacerlo cien veces por día y enseguida te convencerás de que lo mejor es adoptar el sistema imperial cuanto antes y dejarte de formulaciones, si hay 100º F es que hace calor, si hay 60º F es buena temperatura, incluso algo fresca, si ves 37º F eso es frío y si ves 0º F... te habrás quedado congelado sin remedio antes de poder calcular la equivalencia en grados Celsius.

A pesar de todo y mientras me hago a la idea, yo tengo una forma rápida para calcular mentalmente la conversión, resto 32, el resultado lo divido por 2 y le sumo un diez por ciento, he aprendido a hacerlo tan rápido y exacto que podría presentarme a algún concurso de conversiones varias.

Los volúmenes grandes se miden en galones (3,78 litros el galón) o fracciones de galón, pero cuando son pequeños hay que utilizar la onza líquida (fl. OZ en notación local), una onza líquida equivale a 29,5735295625 ml y, si lo intentas, el cálculo mental te hará echar humo por las orejas; menos mal que al igual que con los pesos muchos recipientes también expresan su volumen en el sistema decimal, así 3.1 fl. OZ son 92 ml, lo acabo de ver en un *Lowfat Yogurt de Strawerry Banana (organic, of course)*.

En cuanto a los dólares el problema es menor, igualas su valor a los euros despreciando decimales y acabas antes; luego, por efecto del cambio favorable o desfavorable, costará un poco menos o mucho más de lo que hayas pensado y eso que ganas o pierdes. Últimamente siempre pierdes porque el dólar se ha fortalecido frente al euro, sobre todo desde la pandemia.

A bote pronto creo que he tocado todos los palillos de uso diario, pero seguramente me habré dejado algo en el tintero (creo que ya he comentado lo del *jetlag*).

APROXIMACIÓN

Ya que estamos hablando de dimensiones continuaremos con el mismo tema pero desde otra óptica, ayer mismo por la tarde comentando en familia por videoconferencia algunos aspectos de nuestro último viaje con Carlo y Cristina, los padres de Leo, hicimos referencia a la gran diferencia de tamaños de las cosas cotidianas entre las dos orillas del Atlántico, allí todo (casa, coche, vajilla, camas, etc.) está pensado y hecho para gente grande mientras que aquí nos conformamos con bastante menos; muy acertadamente lo relacionaron con «Los viajes de Gulliver» y pensaron que allí cualquiera de nosotros se sentiría tan perdido como el intrépido protagonista del libro de Jonathan Swift, todo un clásico de la literatura inglesa y universal; pensé «esto tengo que meterlo en mi libro aunque sea con calzador» porque reflejaba exactamente como debemos sentirnos las dos partes cuando visitamos a la otra.

Antes de que alguien me acuse de plagio y me añada sin motivo a la larga lista de deshonrosos servidores públicos que han obtenido su doctorado de forma irregular (no soy servidor público ni doctor y en mi vida he plagiado nada ni a nadie), quisiera advertir que todo lo que escriba entrecomillado y en cursiva en este capítulo concreto lo he copiado de la Wikipedia:

Para empezar la comparativa me ha llamado la atención el título, como poco resulta curioso que lo que nosotros conocemos con insólita brevedad como «Los viajes de Gulliver» para ellos es nada menos que «*Travels into Several Remote Nations of the World, in Four Parts. By Lemuel Gulliver, First a Surgeon, and then a Captain of Several*

Ships», seguro que debe ser una de las pocas veces en que actuamos al contrario de lo esperado.

«*Su primer viaje, como cirujano de a bordo, es en el Antílope, que zarpa de Bristol en mayo de 1699. En las cercanías de la Tierra de van Diemen (actual Tasmania) el navío naufraga y Gulliver llega a la costa después de nadar, cae en la playa y se queda dormido.*

Al despertar, descubre que ha sido hecho prisionero por una raza de personas de un tamaño doce veces menor que un ser humano, es decir de menos de 15 cm de altura, habitantes del país isleño de Liliput».

Esta parte de los viajes del galeno sería de aplicación cuando ellos nos visitan y comprueban que en general, aunque tampoco se pueda generalizar porque hay de todo como en botica, que en España todo es de tamaño reducido visto por el norteamericano medio, acostumbrado al sistema imperial de pesas y medidas, excepto en cuestión de mala uva en la que no admitimos comparación posible.

En nuestros coches se sienten aprisionados, los pies se les salen de las camas, los sofás les parecen enanos, aplicando lógica liliputienses, y todo ese tipo de cosas relacionadas con la comodidad a las que nosotros estamos acostumbrados de siempre y no le damos la menor importancia.

«*Inquieto, Gulliver emprende de nuevo viaje. Cuando el barco Adventure es desviado por las tormentas y forzado a ir a una isla en busca de agua dulce, el grupo de desembarco es perseguido por seres de gigantesca estatura.*

Gulliver, abandonado por sus compañeros, huye hasta un campo de cereal y allí es encontrado por un granjero perteneciente a esta raza, de 22 metros de altura: la es-

cala de Brobdingnag es alrededor de 12:1, en comparación con la de Liliput que era de 1:12, a partir del cálculo que hace Gulliver de que el paso de un hombre era 10 yardas (9 metros)».

En inversa correspondencia, esta debe ser la sensación que experimentamos nosotros cuando los visitamos y nos perdemos en sus grandes casas, vemos el mundo desde la enorme altura de sus grandes coches o nos sentimos pequeños en una cama *king size*,

Por ir acabando con esta desmesurada aproximación intercontinental, concluiré que míster Gulliver realizó dos viajes más a remotos países, viviendo durante los mismos grandes y extrañas aventuras ante las que las mías podrían palidecer o parecer soberanamente aburridas si no fuera porque las he escrito yo para un propósito concreto, que no es dejarlas en un cajón sin ver la luz de la fama; como bramó el prolífico escritor Paco Umbral una noche en televisión «yo he venido aquí para hablar de mi libro» y no pienso parar hasta decir todo lo que tenga que decir.

Así que vamos a ir dando por terminada la aproximación y dejamos que el viajero impenitente continúe su periplo:

«*Vuelve a su hogar en Inglaterra. Sin embargo, es incapaz de reconciliarse con la vida entre los "yahoos" humanos y se convierte en un ermitaño quedándose en casa, evitando en gran medida a su familia y su esposa, y pasando varias horas al día hablando con los caballos en sus establos*».

Sombrío panorama el que me espera, encima no tengo caballos con los que hablar.

THE SWEET HOLE

En el colegio de los nietos se celebraba esta mañana un desayuno con padres y abuelos, cuando digo con padres y abuelos es porque quedan excluidas las madres y las abuelas, porque ellas ya tuvieron el suyo hace unos meses. Lo organizaban las madres y abuelas, así como el de ellas lo hicieron los padres y abuelos (aunque yo no estaba y no pude participar).

Según me cuentan, el día del Padre se celebró este año el pasado 16 de junio y esto es lo que dice la Wikipedia: «*Father's Day is a celebration honoring fathers and celebrating fatherhood, paternal bonds and the influence of fathers in society. In Catholic countries of Europe, it has been celebrated on March 19 (Saint Joseph's Day) since the Middle Ages*», entonces las madres y abuelas (incluyendo al claustro de profesores) organizan este desayuno padres-abuelos-nietos a 5 dólares per cápita, se compone de yogur griego con granola o arándanos, café, plátano (aquí llamados bananas), zumos variados de fruta y donuts. Se celebra a las ocho de la mañana, media hora antes de comenzar las clases para que no falte nadie; en el Grand Hall había varias mesas circulares dispuestas para los asistentes y una fila de mesas rectangulares con las viandas y un cartelito avisando «*two lines*» indicando que se podían hacer dos colas, una a cada lado de estas mesas para no perder el tiempo.

Yo me puse en el plato de todo un poco sin abusar, pero no veía los donuts por ninguna parte que era lo que previamente más me llamaba la atención del evento debido a que estoy falto de dulce, la familia lo evita a toda costa sal-

vo en momentos puntuales porque quieren alimentarse de comida sana, en su lugar había unos bollitos redondos muy aparentes que me recordaban a nuestras bolitas de nata y a nuestros buñuelos, así que me serví cuatro o cinco en el plato (quedándome con las ganas de arrasar la fuente, más por parecer bien educado que por otra cosa) y me senté con los míos para degustar nuestro desayuno familiar, evento que debe tener algún sentido que yo no sé interpretar porque ya desayunamos juntos todos los días; según dice mi hija se celebra ahora porque en junio el colegio está de vacaciones de verano y no acudiría ni el tato, como son muy prácticos mueven el desayuno a la temporada escolar que están todos, en este caso al cuatro de octubre, y problema resuelto.

Tras el desayuno subimos por turno a la clase de cada uno y allí le entregaban al padre el trabajo-detalle-regalo que le habían preparado durante los días previos, ya sabes el típico dibujito con mensajes tipo «I loved you Daddy!, Daddy is the Best man in the World!, So cute Daddy!» y otras frases del mismo corte laudatorio, parece ser que a los abuelos no nos dan nada o yo no me he enterado de qué iba la fiesta por efecto del exceso de azúcar.

Al regresar a casa mi hija me ha preguntado «Hey Dad, qué tal el breakfast?» y yo he respondido con sinceridad porque a ellos les gusta saber la verdad «Pues en mi humilde opinión ha estado bien organizado pero me ha parecido poco nutritivo... ¡se olvidaron de poner los donuts!», y mi hija entre risas me suelta que las bolitas que nos hemos zampado realmente son... el agujero de los donuts, aclaro que de ahí viene el dulce título de este capítulo y no por una desviación sexual que no practico.

En vez de tirar los agujeros a la basura, como hacen con todo lo que sobra inundando el mundo de residuos, los pasteleros aprovechan el desperdicio para hacer esas sabrosas bolitas con la masa sobrante y, como lo cortés no quita lo valiente, las venden a precio de donuts entero, *Can you believed? Oh my God!*

¿No te parece raro que en un país que genera tanto desperdicio como os podáis imaginar, se coman los agujeros de los donuts para no tirarlos al cubo de la basura?

¿Estarán empezando a poner en práctica alguna suerte de economía circular y no nos hemos enterado?

A todo esto, sabían a donut y estaban muy ricos.

BYE HALLOWEEN!

Cuando escribo este capítulo estamos a principios de octubre pero, según fuentes generalmente bien informadas, a los arduos preparativos de la fiesta otoñal de los disfraces sangrientos le quedan unos pocos y mal contados días de vida porque los comercios ya están en plenas rebajas haciendo suculentos descuentos para intentar vaciar cuanto antes sus almacenes y escaparates de calabazas, luces de colores, telas de araña, caretas de Trump, fantasmas, calaveras, lápidas y la ingente cantidad de productos dedicados a la víspera de Todos los Santos o noche de brujas, para empezar a llenarlos con los del día de Acción de Gracias (de nada), el Black Friday, el Blue Monday, el día de los Veteranos, la Navidad, Año Nuevo o lo que se les ponga por delante, las he dicho a voleo sin pensarlo mucho pero estoy seguro de que me olvido algunas.

A medida que se vacían las estanterías de los comercios del ramo, dedicados a satisfacer la intendencia necesaria en cada caso, se van llenando habitaciones, fachadas y jardines particulares con esos mismos artículos que en cuanto acabe la fiesta se guardarán en grandes cajas en un rincón del sótano hasta que toque abrirlas de nuevo el año que viene, porque hay que hacer sitio en el hogar para la siguiente celebración en un carrusel festivo agotador que no parece tener fin, como puedan ser el día de Martín Luther King, el del Presidente, el Columbus Day, san Valentín, san Patricio, el domingo de Pascua o *Easter* con sus conejos y huevos rojos, el cuatro de julio...

Poniendo cuidado en no parecer sospechoso de todos los males, para que ningún desconfiado vecino llame alarma-

do por mi presencia a la policía del condado, salgo a pasear con la abuela y la nieta recién nacida por el barrio y me pongo las botas sacando fotos de las adornadas y recargadas casas del barrio, resulta difícil por no decir casi imposible encontrar una sin decoración.

De paso aprovecho para sacar fotos a los buzones de correo que es una de mis nuevas e inocentes perversiones (mi bajo nivel de testosterona me impide ser un viejo verde en toda la extensión y complejidad del concepto, tal como me correspondería ser por edad); la escasez de paseantes a las horas en que nosotros paseamos —supongo que estarán trabajando porque para mantener el nivel de vida que observamos seguro que en algún momento del día tendrán que trabajar— nos permite sacar fotos sin parecer merodeadores, los hay de todas las formas, colores y tamaños (hablo de buzones), desde el minimalismo más absoluto al buzón construido como para hornear pan, en fin les dedicaré el siguiente capítulo en cuanto termine de escribir este que ya me estoy alargando.

El caso es que las calabazas más antiguas empiezan a perder naturalidad debido al fuerte calor reinante en las últimas semanas (ha habido días de 37 grados que no son moco de pavo) y a reducir su tamaño por la deshidratación consecuente; al estropearse, la mayoría son sustituidas por calabazas de arcilla que son más fáciles de mantener (los gobiernos de turno deberían aprender y poner en práctica esta técnica de sustitución con los pensionistas más reacios a abandonar este mundo) y encima son reutilizables en años venideros.

Para aprender, estar preparado y defenderme cuando llegue el inevitable declive, le tenía echado el ojo a la del ve-

cino hasta que ayer comprobé que había terminado en la basura (era lunes y los lunes tocaba recogida, solo una vez por semana) y en el lugar de honor encima del buzón, en el que resistía orgullosa desde hace casi dos semanas, habían colocado una muy chula de cerámica, me dio penilla la pobre pero es el signo de los tiempos, a los pensionistas nos cambiarán por cerámicas (o meterán nuestras cenizas en una calabaza de arcilla) y a los trabajadores en activo los sustituirán por robots. Este sí que es un panorama terrorífico que da miedo y no la fiesta de Halloween.

Supongo que por asociación de ideas (peregrinas) me vino a la cabeza el grupo Smashing Pumpkins, una banda norteamericana de rock alternativo (que no sé lo que será) de finales de los ochenta que por increíble que parezca todavía sigue en activo, de la que no recuerdo haber escuchado una sola canción en mi vida y tengo serias dudas de que lo vaya a hacer en el futuro, si he llegado hasta aquí sin saber nada de ellos seguro que podré seguir adelante.

Siguiendo con el paseo matutino por el barrio, vemos que en los jardines hay fantasmas asustando con sus lamentos «uuhhh» o lo que digan los fantasmas locales, arañas tejiendo sus redes (sin WiFi) por las fachadas, incluso vimos un gato enorme encaramado sobre una valla que balanceaba mecánicamente la cabeza al estilo de los perros que balanceaban su cabeza sobre la bandeja trasera del Simca 1200 en tiempos de Maricastaña.

La verdad es que en cuanto te acostumbras a ver con cierta normalidad el delirante espectáculo callejero de zombis, calabazas con boca y ojos, bichos y cementerios de poliespán, ni siquiera te llamará la atención el temible dragón alado que vigila fieramente la propiedad del vecino de

la izquierda, escupiendo fuego por sus fauces (el dragón, no el vecino) supuestamente debido a la acumulación interna de gas metano que le produce su dieta omnívora y a la chispa que se produce tras el roce del gas, tan inflamable, con sus afilados dientes cuando lo expulsa por la boca para que ni se te ocurra acercarte a la casa.

A mí me deja bastante frío tanta lúgubre parafernalia en el mundo adulto, pero da gusto ver cómo viven la fiesta los niños, llaman a la puerta y cuando abres aparecen disfrazados de hombres sin cabeza, Freddy Krueger o Drácula y te sueltan a bote pronto «truco o trato» dando igual lo que respondas porque lo que quieren es que les des caramelos.

Hace unos años llamaron a la puerta en Madrid, eran los tres hermanos del primer piso y los dos del tercero, el más lanzado de los cinco nos soltó «truco o trato o si no te mato», debe ser la versión española del dicho, siempre más *gore* que la original; como no teníamos chucherías y ni siquiera sabíamos de qué iba la cosa, les dimos unos chupachups de colores que Teresa tenía secretamente guardados en su cuarto.

Actualmente sabemos que se acerca la fecha de Halloween porque empezamos a recibir fotos de los nietos disfrazados y procuramos tener siempre a mano aunque sea una bolsa repleta de caramelos para cuando llamen los vecinos menudos al timbre.

Hablando de caramelos, nos han contado que algunos dentistas infantiles han iniciado una campaña de prevención de la caries, a los niños que les lleven caramelos a consulta se los pagan en metálico al peso y parece que la iniciativa ha tenido bastante éxito.

LOS BUZONES

Desde que los vi por primera vez me sorprendieron los buzones caseros y el sistema de entrega y recogida de correo, es tan diferente del nuestro que tengo que escribir algo sobre ellos porque a ambos lados del océano tenemos buzones pero ahí se acaban los parecidos.

En los edificios de apartamentos, que aquí son minoría frente a los deseados acres, supongo que tendrán un servicio de conserjería donde el cartero entrega toda la correspondencia de entrada para que recepción las distribuya internamente en casilleros o como lo tengan previsto en las normas de la comunidad de vecinos.

En las casas los buzones son individuales y tan inviolables a efectos legales como pueda serlo el propio domicilio, si alguien husmea en un buzón y el dueño lo pilla in fraganti podría pasarle cualquier cosa, no quiero entrar en detalles morbosos de lo que pasaría si me pillan cotilleando cámara en mano, prefiero que me sorprendan; para intentar evitarlo y minimizar los daños en caso de emergencia, yo utilizo el zum todo lo que puedo y más.

Cuando el cartero, que conduce una furgoneta especializada, llega a tu buzón recoge la correspondencia de salida, comprueba que esté franqueada y la mete en la saca, a continuación si hubiera correspondencia de entrada la depositaría en el interior; para que el cartero sepa que hay correo de salida el propietario levanta una banderita metálica enganchada al propio buzón; cuando el cartero recoge el contenido la baja y vuelta a empezar.

Un sistema sencillo y eficaz que la población utiliza cuando lo necesita aunque, según parece, internet y sus aplicaciones de mensajería están amenazando seriamente el longevo servicio postal americano; si lo que tienes que enviar precisa de alguna gestión complementaria puedes ir directamente a la oficina postal para resolverlo, aunque me desaconsejan utilizar este sistema porque al parecer el servicio presencial difiere bastante del nuestro en cuanto a orden y atención al cliente.

Siendo de propiedad privada, cada vecino elige el tipo de buzón que más le guste; si bien creo que hay unas medidas mínimas y máximas para evitar el despendole, existe plena libertad para el resto y en eso cada cual pone a funcionar su creatividad y poderío económico.

Los menos dotados parta el arte —que ellos disfrazan de sentido práctico— eligen el buzón clásico de metal con escasa o ninguna decoración, es decir un buzón sujeto a una estaca de madera para que quede a la altura de la mano del cartero sin que se tenga que apear del vehículo.

Los hay más artísticos, son buzones sujetos por un armazón metálico que puede llevar o no —lo normal es que sí— alguna filigrana en hierro tipo figuras de animales, los números de la vivienda o lo que se la pase por la cabeza a cada cual, siempre que la tapa de apertura quede situada a una altura razonable a criterio del cartero.

Los hay exagerados, yo los llamo buzones para hornear de pan, incluso asadores de cerdo entero, porque están construidos sobre una especie de torre de ladrillos refractarios, supongo que para resistir a la intemperie las más duras condiciones climatológicas incluyendo tornados, huraca-

nes y tifones cuando la cosa se pone fea, que por estos lares son moneda corriente en determinadas épocas del año.

Luego están los que alrededor de su buzón, sea del tipo que sea, plantan macizos de flores o colocan figuritas decorativas, los enanos de Blancanieves son *trending topic*, cualquier cosa es posible porque en cuanto a creatividad no se ponen límites; en determinadas fiestas anuales los buzones no se salvan de adornarse como corresponda en cada celebración.

Casi podríamos decir que son entes vivientes.

THE DOLL'S HEAD TRAIL LOOP

El título del capítulo es largo pero que no cunda el pánico porque el texto va a ser corto, un domingo fuimos de visita a un parque llamado Constitutional Lake, ya que no pudimos festejar nuestro 12-O por lo menos nos dimos un buen paseo por este parque periurbano, quizás el más raro y peor cuidado que se pueda encontrar al este del Mississippi, dónde aparentemente la Ley y el Orden son la prioridad número uno de las autoridades.

El parque dispone de un camino circular no muy largo que puede hacerse con tropa menuda, incluyendo a la recién nacida en su carrito todoterreno; es conocido porque la gente recoge lo que se encuentra tirado por ahí (básicamente la basura que dejan los visitantes menos concienciados) y modelan con ella pequeñas y ocurrentes obras de arte popular a base de emplear en el proceso una desbordante imaginación.

También porque uno de sus «alicientes» son cabezas de muñecas (y muñecos) separadas total o parcialmente de sus cuerpos de juguete; los nietos venían a regañadientes pero en cuanto su padre les dijo lo de las cabezas cortadas de muñecas parece que se animaron, al final dijeron que no les había gustado mucho, a nosotros tampoco pero nos pareció cuanto menos curioso porque se sale por completo de lo que uno espera encontrar por estos lares.

Viéndolas pudimos entender el nombre tan raro que tenía el parque, cabezas de muñeca (el resto del cuerpo no les debe parecer tan interesante).

Mi hija me pidió que fuera fotografiando todo lo que viera para poder ver los detalles con calma cuando volviésemos a casa, mientras ella, su marido y Lola se encargaban de controlar a la tropa que corría despendolada en todas las direcciones.

Durante un buen rato no tendría que ejercer de abuelo peñazo «niño cuidado con eso, cuidado con aquello, no pises el charco, no grites, deja de jod... con la pelota...» y encima podía enfocar y darle al obturador sin descanso tanto como quisiera y sin dar explicaciones.

BOTANICAL GARDEN

Los Americanos de esta parte del Nuevo Mundo convierten cualquier cosa en un espectáculo de luz y color y enseguida reproducen en la vida real temas de las películas que les hayan gustado, es la forma que tienen de atraer visitantes al recinto, cada uno de los cuales se deja un pastizal entre la entrada, a 21.95 dólares los adultos, y que no se puede llevar comida ni bebida de casa, todo hay que comprarlo allí (un sándwich de *spring chicken plus*, Coca-Cola *original taste* y bolsa mini de patatas fritas raras por 15 dólares), total 37 «turkeis».

Eso sí, merece la pena visitar este lugar, como estábamos en la estación *Fall* no había muchas flores, pero lo más conocido del recinto son sus esculturas vegetales, algunas de las cuales me gustaría mostrar porque en ocasiones una imagen vale más que unos parrafillos pero no voy a hacerlo porque todas las fotos de los viajes que hacemos las tengo publicadas en mi página web, si quieres verlas solo tienes que pasarte por allí.

DON'T MESS WITH TEXAS

Tras el martirio que supuso para todo el mundo la pandemia del coronavirus, estuvimos dos años y pico sin poder viajar entre ambos países; el presidente norteamericano decidió que los extranjeros no podíamos entrar y levantó la prohibición a finales de 2021, mientras que nuestro presidente se mantuvo en sus trece, empeñado en castigarnos sin salir a los nacionales, entre unos y otros no hubo manera de poder reunirnos.

Pero en octubre de 2021 por fin pudimos viajar de nuevo al Nuevo Mundo, repetimos en diciembre de 2022; en esta ocasión nuestro destino final era Texas, estado al que se habían mudado en mayo. Han sido dos viajes bastante seguidos sobre los que no había sentido una necesidad imperiosa de escribir, hasta que en este momento de repente he tenido ganas y, a riesgo de haber olvidado por el camino la mitad de las experiencias que tuvimos, me pongo a ello. Ya veremos qué soy capaz de contar, todo es empezar pero no puedo prometer muchos detalles.

Sin abandonar el mismo esquema de trabajo que me ha hecho llegar hasta aquí, no voy a seguir un orden determinado en los capítulos, unos habrán ocurrido en el primero de los viajes y otros en el segundo, no resulta fácil ubicarlos, pero la experiencia tejana tenía que formar parte de este ensayo por derecho propio y por eso hago el esfuerzo.

De Atlanta, capital del estado de Georgia, se han mudado a Aledo, un pequeño pueblo de Texas, el viaje en coche es de órdago, 4.488 millas y catorce o quince horas conduciendo; el cambio ha sido de campeonato, no son poblacio-

nes comparables bajo ningún punto de vista aunque Aledo es vecina cercana de dos grandes ciudades tejanas que sí son comparables con Atlanta, como pueda ser el caso de Dallas y Fort Worth, sobre todo la primera.

De un entorno eminentemente urbanita que empezaba a sufrir conflictividad interracial, han pasado a otro radicalmente distinto, donde se respira paz y tranquilidad en un medio rural y campestre; seguramente la adaptación no será sencilla ni inmediata para ninguno de ellos, pero el próximo mes de mayo cumplirán dos años de estancia y seguro que verán las cosas de otro color, el blanco de la estrella solitaria.

ALEDO

Antigua posición de la Caballería militar norteamericana para proteger a los colonos de las incursiones indígenas, Aledo es hoy un pequeño pueblo en el tejano condado de Parker, con casi tres mil almas muy repartidas en su término municipal. Bien situado y comunicado por carretera, a veinte minutos de Fort Worth (fuerte valiente), tres cuartos de hora de Dallas y algo menos del aeropuerto internacional que comparten ambas ciudades.

A este aeropuerto llegamos en diciembre 2021 procedentes de Nueva York, nos dormimos durante el viaje porque ya íbamos cansados, pero justo nos despertamos sobrevolando el área del aeropuerto y la visión nos impresionó, desde el aire no parecía haber un acre libre de construcciones, carreteras, pantanos y lagos; como ya era de noche, millones de luces se distribuían por todo el territorio que nuestra vista era capaz de abarcar.

En total contraste, durante el camino en coche hacia la casa familiar la oscuridad parecía haberse adueñado de todo a nuestro alrededor y no se veía un pimiento, parecía que hubiésemos aterrizado en medio de la nada cuando un momento antes parecía lo contrario.

No quiero extenderme en contar detalles domésticos porque apenas había diferencias entre las casas de Atlanta y Aledo, la de Aledo no tiene sótano, *Oh my God!,* la otra importante es que ahora tienen piscina y un terreno bastante más grande. El contraste principal estriba en que viven a poco más de tres millas del pueblo y que no hay transporte

público, al menos visible, lo cual implica un uso intensivo del coche particular para cualquier cosa.

El Aledo tejano (hay otros dos, situados en Illinois y Oklahoma) comparte denominación con nuestro Aledo, pueblo de 1.100 habitantes que se encuentra al pie de la vertiente meridional de Sierra Espuña, dentro de la comarca murciana del Bajo Guadalentín. Estamos mucho más cerca de Aledo de lo que podríamos suponer.

Sobre el origen de su nombre he leído «La oficina de correos de Parker fue establecida en 1880 pero dos años más tarde el nombre se cambió a Aledo, probablemente sugerido por un funcionario de la Texas & Pacific Railway procedente del Aledo de Illinois».

He estado indagando en el estado de Illinois a ver que encontraba «Aledo se estableció en la década de 1850 cuando el ferrocarril se extendió hasta ese punto. Se llamó brevemente DeSoto —en honor al explorador Hernando de Soto (nacido en Barcarrota, Badajoz) que participó activamente en la colonización del territorio que es hoy EE. UU. y es el primer europeo documentado que cruzó el río Mississippi— hasta el descubrimiento de una aldea con el mismo nombre en el condado de Jackson, Illinois».

Hasta aquí mi pobre aportación histórica sobre el origen de su nombre, pero no consigo averiguar la conexión existente con el Aledo murciano. Del situado en Oklahoma, estado que comparte una extensa frontera con Texas, no he sabido nada y prefiero pasar página.

De día el paisaje es como si estuvieras viendo una película, extensos ranchos vallados, vacas de cuernos gigantes (raza *longhorn*, de origen español), caballos, ciervos, vastas propiedades, grandes coches pick-up, casas y árboles.

Las carreteras de segundo orden son como eran las nuestras en los años cincuenta o sesenta, estrechas, flanqueadas por largas filas de árboles que en algunos puntos las cubren formando un túnel vegetal, bien conservadas en general, pero en las que hay que estar ojo avizor porque en cualquier momento puede atravesarlas un animal; en el mes que estuvimos vi atropellados no menos de cinco o seis ciervos, varias ardillas, conejos y otros animales que por allí abundan, incluso vimos una tortuga.

Para desplazamientos mayores, el estado dispone de una extensa red de modernas y seguras autovías que te llevan a cualquier parte; en ellas el principal peligro, animales sueltos aparte, son los malos conductores, abundantes e imprevisibles en sus reacciones, no tanto por velocidad inapropiada sino por sus despistes al volante ya que pasan muchas horas al día conduciendo y se distraen cuando menos falta hace.

Por lo demás, el tiempo pasa tan deprisa como en todas partes, de lunes a viernes trabajando o estudiando, los fines de semana intentando descansar haciendo todo lo que durante la semana no se haya podido hacer, visitar algún museo, hacer una excursión, llevar niños a sus partidos de fútbol, baloncesto, practicar deporte, ir a la compra, asistir al oficio religioso, en fin, nada del otro mundo pero en el otro lado del mundo, lo cual le añade interés a todo lo que se hace.

He visitado por mi cuenta el pueblo varias veces, aprovechando cuando llevo o recojo nietos a sus colegios; el centro del pueblo está concentrado alrededor de las vías del tren, cuando pasa alguno, normalmente son largos convoyes cargados de contenedores, el pueblo queda cortado e

incomunicado en dos partes durante un buen rato, con una larga fila de coches atascados a cada lado del paso a nivel esperando a que se levanten las barreras.

En un lado queda un taller de coches, la torre de almacenamiento de cereal (Bryant Grain Tower), varias iglesias de diferentes confesiones, el Sonic Drive-In de comida rápida, un par de tiendas, la parafarmacia CVS y un pequeño bar restaurante a la americana, The Aledo Diner, en cuya puerta en vez de caballos ahora aparcan enormes todoterrenos, la Two Sisters Teahouse y algunos comercios más.

Al otro lado, la plaza dedicada a los soldados veteranos de Aledo en distintas guerras, dónde se celebran las fiestas del pueblo, una gasolinera, la Middle School con sus impresionantes instalaciones deportivas, el Community Center, el City Hall o ayuntamiento, la oficina del United States Postal Service, el restaurante de comida mejicana Montes Burritos, el Farmers Market, el Serve Coffee & Goods y poco más; el resto son casas y más casas, algunas muy bonitas y otras menos, desperdigadas aquí y allá, conformando un típico pueblo del medio oeste americano.

LAS MASCARILLAS

En diciembre de 2021, una vez levantadas las restricciones de viaje impuestas por los dirigentes de ambos países, haber sido vacunados con las dos dosis exigidas, en posesión de sendos certificados en inglés y español que lo demostraban y renovar las ESTA por haber caducado las anteriores, por fin estábamos en condiciones de iniciar nuestro viaje a Texas.

Tanto en vuelo como en tierra seguía vigente la obligatoriedad de llevar puestas las mascarillas, en Madrid, Nueva York y Dallas Fort Worth comprobamos que la gran mayoría la observa, aunque siempre haya excepciones.

En el punto de recogida de maletas nos estaban esperando Bea y los tres chicos, todos con las mascarillas puestas, pero en cuanto salimos del edificio y nos subimos al coche se las quitaron, los pobres ya no podían más; nosotros estamos acostumbrados, pero para ellos parecía una novedad, algo que ya intuíamos de antemano.

Han pasado tres o cuatro días desde que llegamos y vamos tomando el pulso al nuevo entorno, tan diferente del carcelero que vivimos en nuestro rincón madrileño; en estos días apenas he consultado un par de veces la prensa española y lo que leo no consigue interesarme lo suficiente, me suena a algo lejano, como si no fuera con nosotros, es como si en vez de habernos venido a Texas hubiésemos viajado a Marte.

No sé cómo habrán vivido la pandemia en Aledo, pero la realidad que observamos es que no interesa demasiado, forma parte del pasado, la gente tiene ganas de olvidarse

de las penalidades y continuar con sus vidas en el mismo punto donde quedaron suspendidas hace casi dos años; de golpe y porrazo pasamos del mantra diario del coronavirus a que no se hable de la pandemia, definitivamente en Aledo parece un capítulo cerrado, claro que no hablar inglés fluidamente seguro que influye porque no podemos profundizar en las conversaciones, ojos que no ven…

Pondré ejemplos para explicarlo mejor, Ayer acompañamos a la familia a un acto de libre acceso en la Aledo United Methodist Church, llamado Breakfast with Santa; se celebraba en uno de los amplios salones de la iglesia y aunque en la puerta había mascarillas de las buenas (gratuitas) para quien quisiera utilizarlas, prácticamente nadie las cogía, las excepciones eran contadas, personas de la organización, otros mayores y nosotros dos; yo cogí una porque eran de color verde y me recordaba al Betis, pero me apretaba tanto que no podía ni respirar, como por allí no pasaba ni gota de aire me volví a poner la que llevaba de casa, puede que fueran de talla infantil.

Beatriz nos decía que en general la gente comprende que las personas mayores somos de riesgo y entienden que nos las pongamos, pero había otras personas de nuestra edad y más mayores a cara descubierta, el señor Santa entre ellos, aunque llevaba una barba postiza tan grande, tupida y enmarañada que ningún virus podría encontrar la puerta de entrada; para hacernos una foto con él nos las quitamos durante un segundo, lo que dura un clic, y tampoco nos acercamos demasiado; la gente se servía su desayuno y se sentaba a tomarlo tranquilamente en mesas compartidas con quien les tocase en suerte sin importar quien fuera ni si estaba o no enmascarado, todos hablando, comiendo y por supuesto sin respetar la distancia de seguridad.

Visto con nuestros ojos, todavía acostumbrados a la triste realidad previa, aquello nos parecía un aquelarre de la COVID-19, pero la gente actuaba con normalidad; la verdad es que los norteamericanos que yo conozco tampoco es que sean especialmente efusivos en sus saludos, son abiertos a la hora de conversar con extraños pero sin invadir el espacio privado del vecino, se saluda al prójimo con educada moderación sin pasarse de la raya; con esa costumbre puede que el coronavirus no haya sido capaz de progresar con la misma eficacia que lo ha hecho en países como el nuestro, dónde el contacto físico y la efusividad ceremonial son casi una obligación social.

Volvimos a casa con la sensación de haber corrido serio peligro de contagio durante la última hora, a pesar de no habernos quitado la mascarilla casi en ningún momento; de hecho ni siquiera probamos la parte sólida del desayuno, solo tomamos un café con leche en modo autoservicio por agradecer la invitación y no ser desconsiderados; todos se mostraban afables con nosotros, como estaban avisados de nuestra llegada se acercaban a saludarnos para conocer a los abuelos españoles y darnos la bienvenida; nuestra precaución inicial pudo deberse a que llevábamos mucho tiempo viviendo bajo sospecha, tomando todas las precauciones recomendadas por las autoridades sanitarias más las propias debidas a nuestro obligado espíritu de supervivencia; ver de repente que entre la población de Aledo imperaba la normalidad de toda la vida nos resultó chocante. La verdad es que me entraron ganas de quitármela y hacer lo mismo que ellos, pero todavía era pronto para eso, mejor esperar unos días.

Mi intención inicial era poder conocer por mí mismo el impacto de la pandemia en esta zona de Texas, analizar de

primera mano los datos de contagiados, curvas, picos, palas y demás parafernalia estadística asociada a la enfermedad mundial y acumular un torrente de información visto con otros ojos, pero la relajada realidad social que encontramos al llegar, el hecho de no ver la televisión ni leer prensa local y el efecto colateral por la convivencia continuada con gente que ha decidido pasar página, consiguió relajarnos lo suficiente para no parecer bichos extraños a ojos de los vecinos del condado de Parker; sin bajar mucho la guardia paseamos sin mascarilla por la calle, excepto cuando bajamos a la fiesta del pueblo porque había demasiado público deambulando por los puestos tras casi dos años sin celebraciones, pero siempre con ellas puestas en interiores como puedan ser supermercados, museos, colegios, pabellones de deporte, etc.

Calculando por encima, sin entrar en detalle, en los sitios que acabo de mencionar puede que el porcentaje de gente con mascarilla puesta no pasara del 5% y eso tirando por lo alto; cuando veíamos a alguien enmascarado nos sentíamos un poco menos raros y reforzaba nuestra decisión de mantenerla puesta por si acaso, no habíamos venido a Texas para pillar el coronavirus.

AN AMERICAN EXPERIENCE

No recuerdo si lo vistamos durante el primer viaje o el segundo, pero una tarde paseando por el stockyards de Fort Worth vimos en una calle lateral el museo de John Wayne, nacido Marion Robert Morrison y más conocido como The Duke; nada más verlo supe que quería entrar porque me gustaban mucho sus películas y me resultaba chocante que siendo actor de cine le hubieran dedicado un museo, pero así son ellos, saben cuidar la historia y a sus personajes como dios manda.

Le he preguntado a Lola y me asegura que eso fue en octubre de 2022 así que he salido de dudas, seguramente lo vimos el primer año y dejamos pendiente la visita para mejor ocasión porque Fort Worth tiene muchas atracciones para visitar; un día de octubre de 2022 reclutamos a los cinco nietos y nos los llevamos de excursión al museo, ¡la virgen qué precios!, pero es algo que teníamos que ver.

El museo no nos defraudó en absoluto sino todo lo contrario; lógicamente está dedicado en exclusiva al actor, pero no resulta cargante ni peca de idolatría; hay salas con grandes y excelentes fotografías suyas de las distintas películas remarcadas con citas y frases dedicadas a su recuerdo por otros personajes norteamericanos y los hechos relevantes en los que participó.

Una de las más conocidas de sus citas fue «Habla bajo, habla despacio y no digas demasiado. El arte de la conversación de John Wayne usando un tono ronco para articular lentamente la estrategia de menos es más», la he copiado de la página web del museo, si te gusta John Wayne como

a mí te recomiendo que la visites. Yo estoy en el polo opuesto, porque hablo alto, hablo deprisa y digo demasiado, qué le vamos a hacer, cada uno es cómo es, tal vez por eso nunca seré actor.

En otras salas se expone una amplia selección del vestuario original utilizado por él en las películas, este actor vistió todos los uniformes militares conocidos, las armas, objetos, los premios que ganó con sus interpretaciones, incluyendo el Óscar a mejor actor que ganó en 1969 por «Valor de ley», sus botas, cinturones y sombreros vaqueros, un despliegue intensivo de su larga y prolífica vida artística.

En las diferentes pantallas del museo se visionan en carrusel escenas de sus películas pero sin sonido porque si no aquello sería un guirigay.

Lo cierto es que disfrutamos de la visita, incluso nos hicimos fotos con una silueta suya a tamaño natural vestido de vaquero, nunca me lo había preguntado pero al ponerme al lado de su figura para inmortalizar el momento, me di cuenta de que era enorme, medía 1,93 metros, y la verdad es que imponía.

La visita es sin duda, toda una experiencia norteamericana, si vas a Fort Worth no te la pierdas.

ALEDO JOE

No conozco su nombre real, se trata de uno de los personajes más queridos y conocidos de Aledo, porque se pasa gran parte de su tiempo libre correteando descamisado, le da igual que haga frío o calor, por las carreteras de acceso al pueblo mientras va recogiendo toda la basura que los menos concienciados del pueblo tiran por la ventanilla de los coches.

Mientras lo hace va saludando a todos los conductores y pasajeros con los que se cruza, es tradición hacer sonar el claxon en cuanto lo ven y él responde con alegría levantando los brazos y gritando frases que obviamente no escuchaba por ir con las ventanas cerradas para no desequilibrar el aire acondicionado del habitáculo, de todas formas no creo que hubiera podido entenderlo.

Desde el primer día que nos lo encontramos me dijeron «mira abuelo, ese es Aledo Joe, salúdalo» y al enterarme de que también era corredor y de mí misma edad o parecida, enseguida me interesó y quise saber algo más de él.

Les dije que me gustaría bajar a saludarlo en persona pero no me atrevía a parar el coche en mitad de la carretera por si algún policía que pasara por allí me multaba, así que me conformaba con pitar y devolverle el saludo.

Una mañana que William volvía de comer fuera con sus padres, se lo encontraron en el camino de vuelta recogiendo desperdicios del arcén y David decidió parar para que William pudiera hacerse una foto con Aledo Joe; cuando me la enseñaron al llegar a casa me moría de envidia pero tendré que esperar a una próxima visita para hacerlo

yo, le diré que soy fan suyo declarado y que por favor nos hagamos un selfi, eso seguro que puedo explicárselo.

Me ha apetecido contarlo en este libro porque realmente es todo un personaje local y tiene un capítulo ganado por su buena acción y por ser como es.

MÍSTER COFFEE

Tal vez sea otro de los personajes de Aledo que merece la pena reseñar en este libro, también se dedica a trabajar para la comunidad aunque en su caso lo hace porque es su profesión, no por amor al arte como le pasaba al bueno de Brownie de Atlanta o a Aledo Joe.

Aunque es justo reconocer que también tiene mucho arte y dominio de su entorno laboral, porque míster Coffee es el policía que controla el tráfico automovilístico en las entradas y salidas a la Elementary School de Old Annetta, a la que llevo a dos de los nietos por las mañanas y los recojo por la tarde sí coinciden nuestros horarios, porque en Aledo la función de abuelo chófer es bastante más compleja que lo ya era en Georgia y requiere la coordinación de dos coches y sus conductores.

Como el resto de los policías locales va vestido de policía, con su artillería y demás adminículos de la profesión bien visibles, aunque para cubrirse la cabeza no utiliza un sombrero de plato sino el tejano; este detalle parece ser propio del estado de Texas aunque podría ser que en otros estados del medio oeste también lo hagan.

Cuando nos vamos acercando al cruce de la escuela podemos verlo plantado en mitad de la carretera con su bastón señalizador luminoso en ristre, ordenando incansable el tráfico que, concentrado en las horas punta de entrada y salida de los alumnos, es intenso porque solo hay dos maneras de llegar, en coche particular o en el autobús amarillo escolar ya que la escuela está situada en mitad del campo, aislada de los núcleos poblacionales más cercanos.

No sé cuántos alumnos tendrá la escuela pero debe ser un número elevado porque el trasiego de coches de todas las formas, colores y tamaños es tremendo en horas punta, se forma una larguísima *school carpool line* que da la vuelta completa al recinto escolar y hay que tener la paciencia del santo Job porque es obligado guardar la cola hasta llegar a la entrada para que se bajen los viajeros; tanto la subida y bajada de los niños como la cola de coches es dirigida eficientemente por el propio profesorado del centro, provisto de señales reversibles de Go/Stop y que a veces van disfrazados, según la fiesta que toque esa semana.

No hacer caso a las precisas indicaciones de míster Coffee es arriesgarse a que te eche una bronca sin necesidad de moverse del sitio, he presenciado alguna y asusta, pero son necesarias porque el cruce sería más peligroso que un avispero de chaquetas amarillas enloquecidas de no atender sus instrucciones, a mí desde luego ni se me ocurriría.

Llegando los días prenavideños, míster Coffee cambió su sombrero tejano por un llamativo gorrito rojo de Santa Claus, lo cual me dejó con la boca abierta el primer día que lo vi, no me imaginaba a nuestra policía teniendo este tipo de detalles para con los niños; me hubiera gustado sacarle una foto, pero no se daban las circunstancias y tuve que esperar pacientemente durante varios días hasta que pude pillarlo de soslayo, mirando para otro lado, desde el coche y con el zum a tope para que no me pillase él a mí.

Para la escuela es toda una institución, tengo que enterarme por qué le llaman míster Coffee, porque el nombre no me lo he inventado yo.

ATROPELLA QUE ALGO QUEDA

En mi constante trasiego con el coche arriba y abajo por aquellas carreteras secundarias, llevando y recogiendo nietos de sus colegios, campos deportivos, clases particulares o haciendo cualquier otra cosa, resultaba desagradablemente habitual encontrarme con animales cruzando sin mirar la carretera y campando libremente a sus anchas por los alrededores.

Naturalmente lo pagan muy caro y algunos de ellos pasaban sin remisión a formar parte de la negra estadística de animales muertos tras haber sido atropellados por coches y camiones.

En el primer viaje conté hasta cinco ciervos que pasaron a mejor vida contra su voluntad, pero no eran los únicos, también animales de otras especies como ardillas (a estas dejé de contarlas porque su mortandad era altísima), ratones e incluso cuervos; a los cuervos los atropellan por confiarse comiéndose los restos de ciervos, ardillas y ratones y si no espabilan pasan a formar parte de la dieta de otros carroñeros como ellos.

Atropellar un animal de los grandes, como pueda ser un ciervo o un jabalí puede acarrear graves consecuencias, por lo que es mejor circular con toda la precaución del mundo por esas carreteras de segundo nivel y no arriesgarte a sufrir un encontronazo con algo que puede pesar doscientos kilos o más.

Menos mal que otros animales de los grandes están guardados a buen recaudo dentro de cercados, porque en los ranchos de alrededor hay abundancia de caballos, vacas

longhorn (de cuernos realmente enormes, de ahí que se traduzca como cuerno largo, dicen que el origen genético de la *longhorn* de Texas proviene de la raza de vaca canaria, originaria de las Islas Canarias) y hasta alpacas; cerca de la casa había un rancho que criaba alpacas y su tamaño también es considerable, cualquiera de ellos podría causar tanto daño o más en caso de accidente como atropellar ciervos. Digo había porque el dueño ha vendido el rancho y el negocio y hemos dejado de verlas.

El segundo año la estadística de atropellos de ciervos se mantuvo en las mismas cifras, pregunté de quien eran y que hacían sueltos por el campo pero estoy esperando una respuesta diferente de la que yo pienso; una tarde que llevé a uno de los nietos a clase particular de matemáticas vimos como un ciervo huyó al vernos llegar, saltó una valla bastante alta con asombrosa agilidad, apenas sin esforzarse y sin tomar carrerilla, para volver a entrar en el rancho de dónde probablemente había salido de otro salto.

EL SECUESTRO

Estando nosotros en Aledo se han comprado un perro de la raza *goldendoodle*, perro de aguas para entendernos, y lo han llamado Moses; el perro ha traído mucha alegría a la casa y nos mantiene entretenidos, incluso más de la cuenta, hasta aquí todo perfecto. Pero algo le pasa porque hemos tenido que llevarlo a la clínica veterinaria para que le hagan una revisión.

Entramos en la clínica con Moses en brazos hecho un gurruño el pobre, la sala de espera parece el arca de Noé, en la pared del fondo hay un enorme acuario con peces de colores, esperando turno de veterinario hay un perro feote que me mira con ganas de morderme, un gato metido en una jaula, una señora con unos pájaros, un chico con lo que parece un cocodrilo enano, una familia con un corderito, en fin un zoológico en miniatura.

Llaman a Moses y como no puedo pasar me quedo en la sala esperando, me entretengo mirando los peces, no le quito ojo al perro de enfrente y va pasando el tiempo; todos los que esperan van entrando a consulta pero Moses no sale, miro por la ventana y veo que los que terminan consulta salen al aparcamiento por una puerta lateral, pero la niña y el perro no aparecen y llevo ya más media hora esperando.

Cuando se cumple la primera hora empiezo a pensar que los han secuestrado para someterlos a algún experimento secreto de laboratorio tipo doctor Bacterio; como no puedo creerlo en serio imagino que estoy aquí sentado, que nadie me conoce (lo cual es cierto) y no puedo preguntar a nadie

por los míos, estoy solo ante el peligro en un país extraño y pienso en traslaciones interplanetarias, pero entonces llega la policía y me acusa de ser extraterrestre, quien eres, de qué galaxia vienes, qué haces en la clínica... que no cunda el pánico, resulta que me había quedado medio dormido y del sueño me despierta una auxiliar de clínica sacudiéndome levemente por los hombros.

Me miro la pierna para ver si sigue en su sitio o se la ha comido el cocodrilo, y al verla respiro aliviado. No la entiendo porque habla en inglés, pero al contestarle me pregunta de dónde soy y cambia al español, estoy de suerte, qué les habéis hecho a mi hija y a Moses, nada señor, estese tranquilo, es que la revisión se ha alargado pero ya están a punto de salir, le ha traído esta bolsa con las medicinas que le ha recetado el veterinario, su hija ya sabe cómo administrárselas a Moses. Le pregunto por su español y me dice que es brasileña y que ha terminado aquí como podría haber sido en cualquier otra parte.

Miro la bolsa, está repleta de medicamentos, esto les va a costar un riñón y efectivamente luego se confirma que les costó un riñón; cuando por fin nos reunimos, me cuenta que ha decidido suscribir un seguro veterinario anual para Moses y entre picos, palas y azadones la factura asciende a ochocientos dólares; si me pasara a mí, dejo a Moses en prenda y le pido a la policía que me lleve detenido.

No hay mal que por bien no venga, al menos no los han secuestrado como me temía, ni me ha detenido la policía.

TEAM RANCH

Viviendo en Atlanta ya fuimos una vez a practicar puntería tirando al plato, era la primera vez que lo hacíamos, fue divertido y se nos dio bastante bien; el tiro al plato es un deporte que gusta a mucha gente de aquí y hay clubes para practicarlo en condiciones seguras, es mucho mejor tirar al plato que a otras cosas y en otros sitios ¿acaso no sabrán que hay clubes de tiro?

En Texas acudimos a un campo de tiro cerca de Fort Worth, el Team Ranch, llevábamos nuestra propia escopeta, varias cajas de cartuchos, gafas especiales, tapones para los oídos y no recuerdo que más cosas; para poder tirar tuve que registrarme en la oficina al llegar y firmar un papel en el que supongo que aceptaría los riesgos de la práctica y eximiría de responsabilidad al club de tiro, pero como iba bien asesorado legalmente no me preocupé de lo que pusiera y firmé, o firmaba o no tiraba.

El campo tiene repartidos bastantes puestos de tiro, cada uno de ellos con una configuración diferente de los lanzaplatos y el terreno circundante, a mayor o menor distancia y dificultad, un solo plato o dos seguidos; nos dieron una tarjeta codificada con la que se desbloquea el puesto y permite los lanzamientos contando el número de platos que se lanzan; cada plato creo que costaba cincuenta centavos pero no lo recuerdo bien, a eso había que sumar el coste de los cartuchos que habíamos comprado previamente en una tienda del ramo, en la que podías comprarte incluso fusiles ametralladores de asalto.

No es lo mismo verlo por televisión que ponerte delante del mostrador de la armería de un centro comercial y ver el despliegue de todo tipo de armas de fuego que se pueden comprar libremente, sin tener licencia de armas, un test de actitud psicológica ni nada parecido, simplemente te identificas, eliges, pagas y te las llevas puestas.

Pero bueno, a lo que iba, no quiero ni debo opinar sobre lo que no entiendo, cada país tiene sus normas y allá cada cual, estuvimos un par de horas disparando sin parar a los platos, cambiando continuamente de puestos, mi yerno, el nieto mayor y yo; ni que decir tiene que yo era el peor tirador de los tres, pero aun así derribé bastantes platos, no se puede tener buena puntería habiendo practicado solo dos veces en mi vida y menos cuando has perdido facultades oculares, pero me defendí y no le disparé a nadie.

Una vez rotos todos los platos que se pudieron romper tras cincuenta o sesenta disparos por barba, la verdad es que empecé a tener ganas de volver a casa; ya no podré decir que nunca he roto un plato en mi vida.

HONKY TONK

Un honky tonk es un bar con espectáculo musical típico del sur de Estados Unidos; gracias a que la moderna cultura norteamericana la tenemos a mano sin necesidad de viajar, pocos serán quienes no hayan visto uno de estos en películas, reportajes, etc.

Nosotros fuimos al Billy Bob's de Fort Worth, una auténtica tradición de Texas, del que dicen es el más grande del mundo (para ellos Texas es sinónimo de Mundo, pero en este caso probablemente sea cierto), con capacidad para más de seis mil personas simultáneamente dándole al tacón, bueno al tacón, a la cerveza, a la comida y lo que se ponga por delante.

La entrada cuesta veinte dólares por cabeza, puede parecer caro, sobre todo a los que nunca vamos a bares, pero el precio se amortiza solo con poder disfrutar del ambiente de fiesta que se respira en la sala; hay tantos detalles decorativos que no sabe uno para donde mirar.

En la entrada te estampan un sello en el dorso de la mano, pregunté si era para poder entrar y salir del local sin tener que volver a pasar por caja, pero resulta que no, el sello es el pasaporte que te permitirá consumir alcohol dentro del local, sin ese sello no podrás ni tomarte una cerveza.

Lo primero fue cenar, comida típica norteamericana, nosotros pedimos costillas a la barbacoa y cerveza, todo de buena calidad y abundante aunque servido en bandejas de cartón que no me gustan nada pero es lo que hay. Por supuesto no puedes irte de Fort Worth sin probar su *chopped*

brisket que nosotros llamaríamos carne mechada porque se parece y es más sencillo de pronunciar.

Después nos acercamos al borde de la pista de baile para mirar, resulta que era la noche de Halloween y la mayoría de la gente estaba disfrazada para bailar porque había un concurso y premios para los ganadores; desde que entras por la puerta la música country es el sonido de fondo, una banda tras otra tocando y la gente bailando sin parar, muy divertido verlo porque el personal era de lo más variopinto que puedas echarte a la cara y bailan muy bien.

Dentro del honky tonk se encuentra el rodeo o *bull riding* más pequeño del mundo, ellos son así, todo tiene que ser el más grande o el más pequeño, el más... de lo que sea; a cambio de seis dólares entramos a ver el espectáculo como no podía ser de otra forma, ya conocíamos como son los rodeos porque haber estado en otro, pero la novedad era que en este estábamos mucho más cerca de los potros y toros salvajes. La gente lo vive porque son rodeos competitivos y cada cual toma partido por su jinete preferido, pero se aplaude a rabiar a todos reconociendo su valor intentando montar potros y toros que a cualquier otro nos mandarían a la Luna al primer meneo.

Por supuesto, antes de salir hay que pasarse por la tienda de recuerdos o *store* del local para llevarte algo a tu casa porque seguro que algo vas a encontrar que te guste sin descuadrarte el presupuesto, hay donde elegir.

Un local al que con gusto volvería, pero no sin antes haber recibido lecciones de baile para disfrutar a tope la velada.

HOCO

Otra tradición norteamericana que no conocíamos es el llamado HOCO o *homecoming*. Estando en Aledo se celebró uno en la *high school* y allá que nos fuimos todos juntos a vivir la experiencia, para nosotros la primera.

Para explicar lo que es he preferido acudir a internet y esto es lo que he podido leer «Es una tradición que comenzó en 1911, se celebra tanto en los institutos como en las universidades. Literalmente significa "vuelta a casa" y es una forma de recibir a los antiguos alumnos y dar la bienvenida a los nuevos. Aunque en la mayoría de *high schools* norteamericanos las clases comienzan a finales de agosto, las jornadas de *homecoming* suelen tener lugar en el mes de octubre.

Dura cinco días en los que tienen lugar actividades muy diferentes, todas ellas con un objetivo común: que los estudiantes se relacionen, se diviertan y se muestren orgullosos de su *alma máter* estudiantil. Se celebra en torno a un evento central, como un banquete o un baile y, con mayor frecuencia, un partido de fútbol americano, actividades para estudiantes y exalumnos, un desfile con la banda de música y la coronación de una reina de bienvenida (y en muchas escuelas, un rey de bienvenida)»

En nuestro caso lo vivimos en una sola tarde, en el parking del estadio de fútbol americano del instituto habían montado un picnic o fiesta popular en toda regla con carpas de diferentes promociones de estudiantes, atracciones para todos y puestos de comida; en nuestra caseta había comida y bebida a cambio de una entrada simbólica, la es-

trella era la tarta conmemorativa que desapareció en cuestión de minutos, escrito con chocolate decía «HOCO Class of 2029», entendí que esa será la clase del segundo nieto cuando finalice la *High School*, no puede negarse que son previsores. Si vivo para entonces tendré 75 años y solo d pensarlo me entran las siete cosas.

Luego entramos a ver el partido entre el equipo del instituto y el equipo rival que tocaba según el calendario de partidos de su liga (ganaron a los de Southville por 68 a 0), verlo es un decir porque los del instituto se pasaron todo el partido de pie dando saltos y solo podíamos ver la mitad del terreno de juego; el estadio estaba a reventar de estudiantes y familiares y en el descanso del partido se celebró la coronación de la reina de la fiesta y su corte de damas de honor, acompañadas de sus padres, un espectáculo al más puro estilo norteamericano que mirábamos con ojos sorprendidos. Para nuestra mentalidad resultaba todo un poco hortera, si se me permite ser sincero, sobre todo en lo referente a la vestimenta, pero muy emotivo para los protagonistas que lo viven a tope y seguramente no olvidarán ese día en su vida.

«Una cosa es conocer qué es el *homecoming* y otra muy diferente sentirlo en tu propia piel. La experiencia es lo suficientemente estimulante como para que los estudiantes lo pasen en grande y se ilusionen enormemente con las celebraciones que conlleva».

Lo que más nos llamó la atención es que chicos y chicas se intercambiaban vistosas cintas y escarapelas multicolores que nos recordaban la tradición de nuestras tunas; seguro que lo voy a contar mal, pero creo que es la forma que tienen de decirle a alguien que te gusta, lo cual puede dar

lugar a grandes chascos que también acompañarán a los rechazados por el resto de su vida.

Según tengo apuntado en mis notas ellas reciben de ellos una flor de crisantemo llamada «moms» engalanada con cintas de colores y ellos de ellas un brazalete con adornos tipo balones de fútbol americano y de ese estilo.

TORMENTAS

Estábamos avisados de que las tormentas en Texas eran dignas de verse aunque mejor hacerlo desde un sitio seguro que en campo abierto, no estoy hablando de los tornados, esos mejor no verlos ni en pintura, sino de tormentas de lluvia, truenos, rayos y relámpagos.

Conducía hacia Fort Worth para recoger a uno de los nietos del colegio, según me iba acercando a la ciudad el cielo se fue oscureciendo como si hubiera un eclipse solar total hasta hacerse prácticamente de noche, de vez en cuando se veían resplandores lejanos; desde el coche miraba preocupado el horizonte, intentando calcular si aquellas amenazadoras nubes negras se acercaban o alejaban.

Me libré a la ida, pero a la vuelta nos pilló de lleno la tormenta, la autopista se convirtió en un caudaloso río, los truenos eran tremendos, a nuestro alrededor caían rayos y solo podíamos ver bien la carretera gracias a la luz azulona de los relámpagos que, durante breves instantes, iluminaban el espacio circundante. Tengo que reconocer que iba algo tenso, pero ya habíamos vivido una tormenta parecida unos días antes volviendo de Austin y pude mantener la calma hasta llegar a casa sanos y salvos.

Porque para tormenta de las gordas la que nos pilló volviendo del viaje a Austin, era por la tarde noche y en el coche íbamos nosotros dos y varios nietos, con lo que la responsabilidad era mayor que si fuésemos solos. Al principio solo era un poco de lluvia, pero poco a poco fue arreciando la intensidad hasta convertirse en una tormenta horrorosa, la peor parte nos pilló una vez pasado Fort Worth, a

unas veinte millas de Aledo, pero al menos era territorio conocido para nosotros.

La cantidad de agua que caía complicaba mucho la circulación y en la autopista no pensaba parar porque no había donde refugiarse para dejar pasar de largo la tormenta; vimos caer rayos a ambos lados de la carretera, no sabemos dónde, probablemente en el campo aunque solo fuera por cálculo de probabilidades debido a su enorme extensión, los truenos no tenían nada que envidiar a la más estruendosa mascletá valenciana y los relámpagos te podían dejar medio ciego durante unos segundos si no estabas atento.

Más que en coche parecía que fuésemos en un barco a la deriva en plena galerna cantábrica, al poco vimos que nos adelantaba el coche de Beatriz con el resto de la familia y los seguimos de cerca procurando no perderlos de vista; desde la salida de la autopista hasta Aledo la carretera llevaba más caudal que el mismísimo Mississippi, pero navegando despacito y con buena suerte, porque lo normal sería que el coche se hubiera parado, conseguimos llegar a casa, por el camino vimos varios coches parados que no habían tenido tanta suerte como nosotros.

ÁRBOLES DE NAVIDAD

Llegó la hora de ir a comprar el árbol de Navidad porque es otra de las tradiciones norteamericanas más implantadas en las familias, una Navidad sin árbol es como un jardín sin flores; toda la familia nos preparamos para salir a comprarlo, nosotros pensamos que bajaríamos al pueblo y que en cualquier sitio los venderían, pero estábamos equivocados.

Fuimos hasta el 4D Tree Farm, no me preguntes qué significa 4D porque no te podría responder, pero aquello era una auténtica granja de árboles, una extensa finca llena de pinos y abetos plantados en años precedentes y ordenados por tipo, edad y tamaño; para asesorarnos y asegurar la elección nos acompañó un empleado rústico de la granja armado con una sierra eléctrica con la que talaría el árbol elegido.

Después de ver unos cuantos y analizar sus dimensiones, estado del ramaje y la forma de la copa para que cupiera en casa, elegimos uno y el empleado procedió a su tala en cuestión de minutos con mucha profesionalidad, seguramente que no sería el primer árbol que cortaba.

Tras pasar por caja llevamos el árbol hasta la zona de empaquetado para cargarlo en el coche, aquello era trabajo en cadena; pusieron el árbol en una cinta transportadora que en apenas un minuto prensó las ramas y envolvió el arbolito en plástico bien apretado; a continuación lo colocaron en el techo del coche y unos trabajadores procedieron a sujetarlo con cintas y cuerda para su transporte seguro.

Al llegar a casa tocaba la parte íntima y familiar del evento que consiste en colocarlo en el salón y entre todos ponerle las luces de colores y colgar los mil adornos que se guardan de un año para el siguiente, hasta dibujos de los niños, fotos y todo tipo de objetos; al cabo de una hora ya teníamos el árbol de Navidad presidiendo la casa a la espera de que unos días más tarde llegase Santa con los regalos. Hubo que sujetar al perro y al gato porque ellos también querían participar de la fiesta.

Aquí no pasa como en España que el árbol se quita cuando los vuelven al colegio, el mismo día 25 o 26 se descuelgan los adornos y las luces, se guardan en cajas para reutilizarlos la siguiente Navidad, se desmonta el árbol y se saca a la calle para que lo retiren los servicios municipales correspondientes.

Otra tradición cumplida, en este caso ya habíamos vivido anteriormente en Atlanta otras Navidades aunque a menor escala y con menos niños, pero siempre terminamos viendo y aprendiendo otras nuevas. Hay para elegir.

FORT WORTH

Se dice que Fort Worth es donde comienza el Oeste (viejo Oeste, antiguo Oeste, salvaje Oeste, lejano Oeste o la Frontera son los términos con que se denomina popularmente a los hechos históricos que tuvieron lugar entre los siglos XIX y XX durante la expansión de la frontera de los Estados Unidos hacia la costa del océano Pacífico) y nada representa mejor la herencia del Oeste que el Distrito Histórico Nacional Fort Worth Stockyards. Desde los caminos de ladrillo originales hasta los corrales de madera, cada centímetro de Stockyards cuenta la verdadera historia de la famosa industria ganadera de Texas.

Dos veces al día se celebra un desfile conmemorativo de los tiempos en que llegaban a la ciudad los grandes rebaños de vacas desde los ranchos texanos, para embarcarlos en trenes y distribuirlos por todo el país; cuando los vaqueros conducían el ganado por la Chisholm Trail hasta el comienzo del ferrocarril, tenían una última parada para descansar y abastecerse: Fort Worth.

Más allá de Fort Worth, estarían cruzando el río Rojo hacia territorio indio. Entre 1866 y 1890, los vaqueros condujeron más de cuatro millones de cabezas de ganado hasta Fort Worth y la ciudad pronto se hizo conocida como Cowtown. Cuando llegó el ferrocarril en 1876, Fort Worth se convirtió en un importante punto de envío de ganado, por lo que la ciudad construyó Union Stockyards, que años más tarde empezó a ser conocido como el Wall Street del Oeste, pero en vez de manejando dólares, bonos y demás, moviendo ganado.

En esa zona es donde reproducen a diario aquellos años sacando una pequeña manada de *longhorn* conducida por auténticos vaqueros (algunos deben ser bicentenarios pero se muestran ágiles) montando sus caballos, es un espectáculo para turistas animados por un locuaz locutor que va contando anécdotas relativas al mundo de los vaqueros y saludando al público en varios idiomas.

Una vez terminado el desfile asistimos en directo a un duelo a tiro limpio con pistolas entre el sheriff y unos bandidos en uno de los antiguos corrales de embarque del ganado, hoy dedicados al comercio; todo muy divertido y cuidado al detalle como solo los norteamericanos saben hacer. Paseando por la *stockyard* puedes encontrarte este tipo de sorpresas a cada paso, incluso fotografiarte montado en una *longhorn* que tienen allí para eso.

Otro día fuimos a Fort Worth y asistimos a un espectáculo de rodeo típicamente tejano, con las gradas a reventar en el Cowtown Coliseum para disfrutar de un espectáculo de rodeo impresionante; toros *plummer* y potros salvajes, llamados broncos, con vaqueros que salen volando despedidos de sus monturas y otros que consiguen aguantar los ocho segundos reglamentarios sin que los desmonten.

El rodeo consistía en arrear el ganado desde las praderas donde pacían las vacas hasta conducirlas y concentrarlas en un punto determinado al cual llamaban «Rodeo» para separar el ganado propio del ajeno, contarlo y marcarlo, así como para acostumbrarlo a la presencia del hombre y evitar que se volviera demasiado cimarrón, o sea salvaje.

El rodeo tiene sus propias reglas como las puede tener el toreo español, no quiero compararlas pero sí remarcar que es un «deporte» y como tal tiene un reglamento, hay mu-

chas modalidades de rodeo y cada una tiene su particularidades: potros con y sin montura, derribo de novillos, lazos por pareja, lazo de becerros, carrera de barriles y varias más que no recuerdo.

Para los niños siempre tienen alguna sorpresa reservada, los hacen bajar a la arena y les sueltan una oveja (a lo más pequeños) y una vaquilla (a los más mayores) y tienen que cogerla corriendo; quienes lo consiguen son los ganadores del rodeo infantil.

Desde luego si visitas Fort Worth no puedes dejar de visitar con tiempo y tranquilidad el Distrito Histórico porque, aparte de espectáculos con y sin ganado, hay todo tipo de tiendas, hoteles y restaurantes, como el típico Basement Bar para comer su famosa carne mechada o *chopped brisket*, allí se encuentra el museo de John Wayne y un poco más allá, en la misma calle, el Billy Bob's Honky Tonk y, no podían faltar, múltiples tiendas de recuerdos dónde, si te dejas llevar por la emoción del momento, puedes acabar llevándote una bolsa llena de ellos.

VIAJE A DALLAS

Un poco más allá de Fort Worth, viniendo desde Aledo, se encuentra Dallas, la mítica ciudad tejana; entre otras cosas porque allí fue donde asesinaron al presidente John F. Kennedy el 22 de noviembre de 1963.

La ciudad está en continua renovación, sobre la parte antigua han ido derribando edificios viejos y construyendo grandes avenidas, edificios y grandes rascacielos aunque respetando y manteniendo en lo posible algunas edificaciones consideradas históricas, recuerdo iglesias y algunos colegios.

Lo primero que hicimos fue ir a conocer el lugar del magnicidio, tras haberlo visto tantas veces en cine y televisión tuvimos la sensación de que ya hubiésemos estado allí antes; vimos la biblioteca desde dónde Lee Harvey Oswald (o quien fuera, porque todavía no está claro lo que pasó) disparó al presidente; como buenos turistas nos hicimos fotos en el punto exacto donde circulaba el coche en el momento de los disparos y visitamos detenidamente la zona, no tiene pérdida porque está marcado con una equis de color rojo pintada sobre el asfalto.

Luego dimos una vuelta panorámica en un bus turístico porque la ciudad es bastante grande y no queríamos perder mucho tiempo caminando, el bus te lleva por los sitios típicos y va haciendo breves paradas para que bajes a hacer fotos, no es nuestra forma habitual de visitar ciudades pero al ir con niños y tener poco tiempo no encontramos mejor manera que esa.

Visitamos el museo de Arte de Dallas, una visita que hay que hacer sin excusas porque merece la pena; además, simplemente pasear por el centro de la ciudad es una experiencia en sí misma, aunque hay que llevar algo de cuidado cuando te sales un poco de los límites turísticos porque hay gente extraña suelta de la que no estamos acostumbrados a ver en nuestra tierra. Mejor ir a los sitios concurridos y dejarte de experimentos.

Fuimos a comer a la calle Woodall Rodgers Fwy, donde hay aparcados diez o doce *food trucks* —camiones de venta de comida— junto al parque Klyde Warren; una experiencia agradable, compras la comida que te guste en el camión que prefieras, la oferta es variada, comida griega, italiana, mejicana, japonesa, etc. y te sientas a comerla al aire libre en las mesas de uso compartido que hay distribuidas por la zona; hay que estar pendientes porque cuando tu pedido está listo lo anuncian en voz alta y si te descuidas no comes.

AUSTIN

La excursión especial del último viaje fue pasar un fin de semana en la capital de Texas, la ciudad de Austin, considerada como la capital mundial de la música en vivo, faltaría más, a unas cuatro horas de Aledo; viajamos distribuidos en dos coches porque, aparte de ser muchos, llevamos provisiones para resistir un asedio prolongado y hacer el máximo de comidas posible en la casa que alquilaron y no gastar tanto que está la vida muy cara.

Más o menos a medio camino hicimos un alto que aprovechamos para entrar a la tienda más loca que hemos visto en todos nuestros viajes por Estados Unidos, se llama Buc-Ee's y hay que verla para creerlo, para el consumista estándar debe ser como para los árabes ir a La Meca, al menos hay que ir una vez en la vida.

La cadena de tiendas de conveniencia Buc-Ee's es conocida por el gran tamaño de sus ubicaciones —una de ellas es considerada la mayor tienda de conveniencia del mundo—, junto con las ofertas de gasolina, refrigerios, carne seca y dulce, pechuga, productos horneados y básicos, tacos, sándwiches frescos, recuerdos y artículos de viaje. La cadena también se ha hecho conocida por albergar súper cargadores de Tesla, lavado de coches, por la limpieza de sus baños (ganaron el premio al «Mejor baño de América» en 2012) y su sonriente mascota, llamada Bucky el castor.

La cola para entrar a los baños a hacer pis era más larga que la cola en línea de cajas a la hora de pagar; todo muy controlado y con empleados limpiándolo a conciencia, sin

pausa y al momento, poco faltó para que me limpiasen la gotita, si te tienen que abroncar lo hacen sin miramientos, no se andan con chiquitas, pero se agradece la limpieza.

De camino paramos a ver unas cuevas prehistóricas y un museo en una enorme base militar para hacer tiempo antes de la hora prevista de entrada a la casa, una vez que tomamos posesión de esta, nos distribuimos las habitaciones y colocamos la comida y las cosas, hicimos un rosario de visitas a parques y otros lugares típicos de ocio y esparcimiento, pero no pudimos ver el espectáculo gratuito que de marzo a octubre ofrece la colonia urbana de murciélagos más grande del mundo, no podía esperarse menos que eso, que vive debajo del puente de la Avenida del Congreso. Miles de personas se congregan cada año en torno al puente para asistir a un espectáculo extraordinario cuando al atardecer levantan el vuelo en masa para irse de caza. Otro año será, aunque lo hemos visto en vídeo.

Para comer buscamos un lugar típico de carnes a la barbacoa, The Green Mesquite que se anuncia como Barbecue & More (hamburguesas, pollo frito, costillas de cerdo y por supuesto *beef brisket*) dónde comimos estupendamente e invitó mamá por su cumpleaños; al menos aquí no te piden el DNI si quieres tomarte una cerveza.

Coincidió que ese fin de semana se celebró el Gran Premio de Fórmula 1 en la ciudad y todos los restaurantes y sitios típicos estaban llenos de gente, nos costó mucho poder encontrar sitio pero en el Green Mesquite lo resolvimos en un periquete.

Algo digno de ver es el Capitolio, sede del parlamento tejano, un edificio impresionante en todos los sentidos; incluso pudimos ir al despacho de un congresista que cono-

cían, como estaba reunido en otra ciudad su ayudante nos dejó entrar para ver el despacho y él mismo nos hizo una foto de grupo, igualito que los nuestros vaya. Allí descubrimos que el escudo oficial de Texas incorpora las banderas de los países que dominaron el estado en algún momento de su historia, como han sido España, Francia, México y Estados Unidos. También forman parte del escudo la que tuvo la efímera República de Texas y la de los Estados confederados de América, conformando las *Six Flags over Texas*, que es el lema utilizado para describir las seis naciones que han ejercido su soberanía sobre alguna de las partes de lo que hoy es el estado de Texas.

Lo tenían grabado en suelo de mármol a todo color en varios lugares del Capitolio, verlo desde los pisos superiores de la cúpula central merece la pena, ya que por su altura de 308 pies (casi 94 metros) es el más alto de los Estados Unidos.

Nos gustó mucho la visita al Zilker Botanic Garden, sobre todo porque no hubo que pagar, de las pocas cosas gratis que pueden encontrarse en esta parte del planeta, y las espectaculares vistas del *downtown* de la ciudad desde el Roberta Creenshae Bridge sobre el río Colorado.

Para rematar visitamos el Museum of the Weird o museo de lo raro que, la verdad por delante, es para echarle de comer aparte; es un museo realmente raro que a los niños les puede gustar, de ir solos creo que nunca hubiésemos entrado pero hay que probarlo todo para opinar.

HALLOWEEN

Sé que ya he contado como se celebra esta fiesta en Atlanta y en Aledo la cosa resultó parecida, de nuevo hay que decorar la casa por dentro y por fuera, comprar disfraces y toda la parafernalia que la acompaña, y prepararse mentalmente para lo del truco o trato, pero esta vez nos llevamos una sorpresa, lo que vimos no podíamos imaginarlo antes de vivirlo.

Cerca de Aledo se ha levantado un nuevo pueblo en mitad del páramo tejano, de cuyo nombre quiero pero no puedo acordarme, al que se han trasladado profesionales de otros estados que buscan en Texas su tierra prometida.

Estuvimos cenando, lo que viene siendo comer pizza y ensaladas a las seis y media de la tarde, con el sol todavía en todo lo alto, invitados en casa de unos amigos; hasta aquí todo era más o menos normal, disfrazados de lo que cada uno eligió, a mí me tocó ser Harry Potter porque los nietos tenían unas gafas de cristales redondos, una corbata de rayas y una varita mágica y me asignaron ese papel, lo acepté porque los abuelos somos así pero no de buena gana.

Al acabar de zampar fuimos en procesión a la plaza principal del pueblo, todas las casas del contorno estaban decoradas a cuál mejor y más sofisticada, en los porches ya tenían preparadas las mesas con chucherías para dar a los niños cuando se acercasen a lo del truco o trato.

Por todas partes había carros de los que se utilizan en los campos de golf, según entendí era para que la juventud que todavía no puede conducir coches se desplace por el interior del pueblo, ya que no se requiere edad mínima ni

carné de conducir. Digo yo que podrían ir andando porque el pueblo no es tan extenso y así mueven un poco el esqueleto, pero se ve que no comparten la idea y prefieren las cuatro ruedas.

El espectáculo en la plaza era total, algunos disfraces eran una maravilla, elegidos y elaborados con esmero y buen gusto; recuerdo el impacto que me causó una pareja que iba disfrazada de época, imitando a los personajes de una película de cuyo nombre no es que no quiera sino que no consigo acordarme; luego le preguntaré a Lola que seguro que se acuerda de todos los detalles (Hocus Pocus me indica la primogénita por email, titulada El retorno de las brujas en España).

La gente se felicitaba mutuamente unos a otros por los disfraces utilizados, nadie se quedaba sin su elogio excepto yo porque lo mismo me parezco a Harry lo mismo que un huevo a una castaña; me enseñaron a decir una frase de la película y yo la soltaba al primero que se me acercara, pero salían pitando, vete tú a saber lo que entenderían.

Luego recorrimos un montón de casas para admirar sus decoraciones y que los niños recogieran caramelos y regalitos; la mejor sin duda fue una que reproducía dentro de la casa el mundo de Harry Potter y sus propietarios hacían de actores, increíble lo que habían montado; además permitían la entrada y la cola llegaba hasta Wisconsin por lo menos, pero al final conseguimos entrar.

En otra casa cuyos propietarios tenían miedo del coronavirus habían montado un tubo desde el piso superior y por ahí dejaban caer las bolsas de chuches, el miedo al virus les hace estrujarse las meninges.

BEARCATS

Tengo que ir cerrando el ensayo porque empieza a parecerse a la historia interminable, y me apetece despedirlo contando el día que vi a mi nieto mayor jugando un partido de fútbol americano con su equipo del instituto en el Bearcat Stadium que es el campo de la Aledo High School donde cursará estudios el próximo año; creo que jugaban contra otro equipo del instituto de su misma edad, porque la verdad no me enteré bien.

Los Bearcat (no sé si son los osos, los gatos, los osos gatunos, los gatos osos o qué) son el símbolo deportivo de Aledo por excelencia y su nombre y el logotipo lo verás por todas partes, en sudaderas, camisetas, gorras, pegatinas en los coches, banderolas, vallas publicitarias, etc.; a nosotros el primer día de llegar al pueblo ya nos tenían preparadas unas camisetas de los Bearcats para irnos acostumbrando.

El nieto llevaba el número 41 y me pasé medio partido buscándolo con la cámara de fotos para inmortalizar su participación, pero entre que cada equipo tiene alrededor de cuarenta o cincuenta jugadores y que todos van vestidos iguales, con grandes hombreras por las protecciones que tienen que llevar bajo la camiseta y el casco me costaba mucho localizarlo, a pesar de lo cual conseguí hacerle algunas fotos, siempre de espaldas a la grada.

Estuve muy pendiente de los cambios esperando a que el entrenador le ordenara que entrase a jugar, pero se ve que esa tarde no estaba por la labor o que son tantos que el hombre tiene que hacer magia para distribuir los minutos de juego entre los del equipo; en un momento determinado

en que me despisté por atender a las nietas que me estaban volviendo loco, saltó al campo y me quedé sin verlo. Participó dos o tres veces en el partido pero, entre las dimensiones del terreno de juego, aproximadamente como un campo de fútbol, soccer lo llaman allí, y el parecido entre ellos vestidos como los soldados de las tropas de asalto del Imperio Galáctico en la guerra de las Galaxias, a mí todos me parecían igual y no conseguí verlo en acción aunque lo intenté.

Al terminar el partido, que ganaron bien, bajé a buscarlo a pie de campo para darle la enhorabuena, pero iba con los de su equipo y no quise ejercer de abuelo delante de la tropa imperial; tuve que hacerlo de vuelta en el coche.

El nivel de las instalaciones deportivas en el instituto es sobresaliente, no tiene nada que envidiar de las profesionales, no me extraña que tengan tan buenos resultados en las competiciones internacionales.

¿TENGO O NO TENGO PALABRAS?

Después de escribir doscientas y pico páginas sobre el «way of life» norteamericano va a resultar que si tengo palabras, concretamente 51.803 en el momento de poner punto final al libro.

Como podrás imaginar no he contado las palabras una por una, de eso se encarga el procesador de textos pero he puesto todo el cuidado y cariño que soy capaz de dar en situaciones normales para que expresen lo que he querido contar que no es otra cosa que mi experiencia y punto de vista personal.

Distinto será que por muchos miles de palabras que haya utilizado el resultado sea «comestible» y despierte el interés del lector, eso es algo que uno no puede controlar porque de conocer el truco para tener éxito escribiendo, en este mismo instante estaría preparando mi primer «best seller» que seguramente sería más rentable.

La realidad es que, como ya advertí al principio, escribo estos cuadernos solo para consumo de familiares y amigos que sabrán perdonarme si no les gusta el resultado, por lo que me siento en condiciones de dar libremente y sin ataduras mi visión crítica sobre los temas tratados.

Seguro que se me habrán quedado otros muchos en el tintero, quiero decir en el teclado porque usar pluma estilográfica forma parte del pasado, sin escribir y que podrían ser tan interesantes o más que los incluidos en esta edición, pero como no se me han ocurrido a tiempo o no los he sabido apreciar tendré que seguir viajando y volver más veces para ver si se me ocurre algo que añadir.

Sed felices, viajad todo lo que podáis y luego contadlo en vuestro entorno y a vuestra manera, ya sea en libro, de palabra o como queráis, pero que se sepa lo que hace la gente en otros lugares, algún día tendremos que asumir que los españoles no somos el ombligo del mundo.

Oh my God! la de tiempo que he dedicado a escribir este ensayo, espero que te haya gustado.

SOBRE EL AUTOR

A diferencia de algunos seres humanos que ya parecen viejos incluso antes de nacer, el autor llegó a este perro mundo adoptando la apariencia de un ser recién nacido en un precioso pueblo sevillano, en el que normalmente hace mucho calor por lo que es conocido como «la sartén de Andalucía», a orillas del río Genil; por motivos familiares vivió allí tan solo sus primeros cuatro años, pero fueron suficientes para deshidratarse un par de veces, que hubieran podido ser algunas más si no fuera porque sus padres, y con ellos su numerosa prole, se trasladaron a vivir a una lejana, grande y bonita ciudad a orillas del río Turia que es la tierra de las flores, de la luz y del amor, en la que sus mujeres todas tienen de las rosas el color.

A lo largo de su vida ha tenido que renacer varias veces por razones que no vienen ahora a cuento porque alargarían en demasía este, por fuerza, escueto y rápido resumen existencial; una de las primeras y más sentidas fue cuando su padre se subió a la barca de Caronte para cruzar el río Aqueronte en su camino hacia el inframundo; tras el sepelio del cabeza de familia, se trasladaron a otra ciudad, más grande si cabe todavía, a orillas del río Manzanares, que es la cuna del requiebro y del chotis y en la que en México, no te sabría decir por qué, «se piensa mucho en ti», empezando lo que sería un correcalles de once años por distintos orfanatos e instituciones, incluyendo dos en un pueblo gallego a orillas del río Sar, ¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!, gastronómicamente reconocido porque algunos de sus pimientos pican y otros non, hasta desembocar, por razones solo achacables a su juventud, divino

tesoro, y falta de criterio, en la universidad; como era de esperar, dados sus antecedentes, el idilio complutense no cuajó y la abandonó apenas acabado el primer cuatrimestre; no encontrando en ella las apacibles y cristalinas aguas en las que soñaba navegar, su relación no llegó a buen puerto.

Una amistad adolescente con personas de pensamiento radicalmente diferente al suyo le influyó para truncar su supuestamente sólida vocación militar y, en contra del ferviente deseo familiar, se matriculó, para sorpresa de propios y extraños, en la facultad de Filosofía y Letras, hasta que se percató de que ni la una ni las otras eran de su incumbencia; frustrado por su falta de acierto, intentó con todas sus fuerzas formar parte de la milicia en una inmortal ciudad aragonesa a orillas del río Ebro, caudalosa corriente de agua que misteriosamente guarda silencio al pasar por el Pilar porque la Virgen está dormida y no la quiere despertar, pero tampoco esta vez hubo entendimiento, viéndose forzado a buscar su obligado y personal futuro en cualquier otra cuenca fluvial, la primera que le saliera al paso y le permitiera proseguir viaje; de este modo, tras abandonar por voluntad propia la rígida nave militar, probó a sentar la cabeza programando complicados ordenadores en el recién creado departamento de informática de un moderno banco, justo en la orilla opuesta de sus sueños juveniles.

En general los bancos resultan incómodos para sentar la cabeza pero, al tenerla tan dura, aguantó allí tres quinquenios consecutivos intentando convertirse en un bancario de provecho, algo que tampoco consiguió porque, a medio camino, a su naturaleza de carácter inconformista, le apeteció alejarse del despiadado mundo de las finanzas para

plantar la esquiva semilla de la fortuna en otros campos productivos que se perfilaron inesperadamente en el horizonte como posible respuesta a sus inquietudes.

Tras un vertiginoso paso por la consultoría de organización, un inesperado golpe de timón propició que su nave desembocase en el complejo mundo de las telecomunicaciones, pasando los siguientes años encerrado entre las cuatro paredes de amplios despachos que casi siempre estaban comunicando; aquél nuevo mundo tampoco parecía ser el suyo, aparentemente todo iba como la seda pero nuestro autor fue haciéndose mayor sin darse cuenta de su precoz envejecimiento hasta que, a la provecta edad de 52 años, sus despiadados cómitres decidieron que la empresa no era lugar para viejos; le pidieron que colgase la corbata, cosa que hizo con gusto porque le apretaba el cuello, devolviera todo lo que no fuera suyo, lo cual hizo sin apenarse por la pérdida gracias a su escaso apego por lo material, y se retirase a descansar del mundanal ruido a orillas de algún río menos caudaloso y exigente; ¿dónde vas a navegar mejor que en tu casa, eligiendo tu propio rumbo sin tener que darle cuentas a nadie? le sugirieron, los muy cabrones, un viernes a última hora de la mañana antes de ponerlo de patitas en la calle sin contemplaciones.

De forma tan imprevista como poco honorable acabó en insospechado naufragio la larga singladura de su azarosa vida laboral, zambulléndose de lleno en la orilla de las oscuras y procelosas aguas de una siniestra oficina del paro, merced a un masivo expediente de regulación de empleo; sin venirse abajo, agradecido a la suerte, desde entonces pasa sus temporadas de asueto, que son las más del año, disfrutando ampliamente del cálido sol, la hermosa costa, la huerta feraz y los buenos alimentos en una antigua y

luminosa ciudad mediterránea, capital comarcal, cuyo territorio es modestamente regado por los ríos Alberca, Girona y Racons, bajo la imponente sombra protectora del macizo del Montgó, o viajando por el mundo para visitar a sus hijos y nietos que fluyen sus propias vidas en los márgenes de lejanos ríos, como puedan ser el Trinity, el Hikichi o el Aniene; el resto del tiempo discurre plácidamente en su domicilio fiscal a orillas del Manzanares, sin terminar de saber lo que es canela fina ni armar la tremolina, procurando navegar desapercibido, libre de ataduras, en silencio, sin molestar ni que lo molesten.

Mientras aguarda, sin mostrar prisa alguna, la hora suprema de afrontar su inevitable desembarco final en la mar, salpimienta su existencia entregado a múltiples aficiones de todo tipo, entre las que escribir, correr y viajar sin duda ocupan lugares preferentes, sin desmerecer otras muchas actividades complementarias con las que enreda y se entretiene mientras pasa el rato.

Como nuevo miembro de la temida, quizás por desconocida, tercera edad, ya que el tiempo no perdona y pasa para todos, también acude al consultorio médico cuando se precisa y los achaques lo requieren, aunque de momento y por fortuna no lo está necesitando ni es algo que eche de menos, aunque tampoco podría ir a consulta de precisarlo porque la sanidad pública no está para nada ni para nadie desde que se declaró la pandemia del coronavirus, enfermedad que tuvo la mala suerte de contraer a pesar de estar tres veces vacunado.

Por dicha o por desgracia rondo ya los setenta años y soy plenamente consciente de que tarde o temprano los inevitables achaques acabarán saliendo a mi encuentro,

presentándome factura y preparándome a poquitos para iniciar mi propio viaje al más allá donde quiera que esté; no los temo especialmente y les diría aquí os espero comiendo un huevo si no fuera porque últimamente los huevos me sientan fatal, serán cosas de la edad.

Como escribió magistralmente el poeta y hombre de armas castellano Jorge Manrique: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar, que es el morir: allí van los señoríos, derechos a se acabar y consumir; allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos; y llegados, son iguales los que viven por sus manos y los ricos».

Este libro se terminó de editar
el seis de mayo de 2023

Nadie regresa de sus viajes siendo
el mismo que era antes